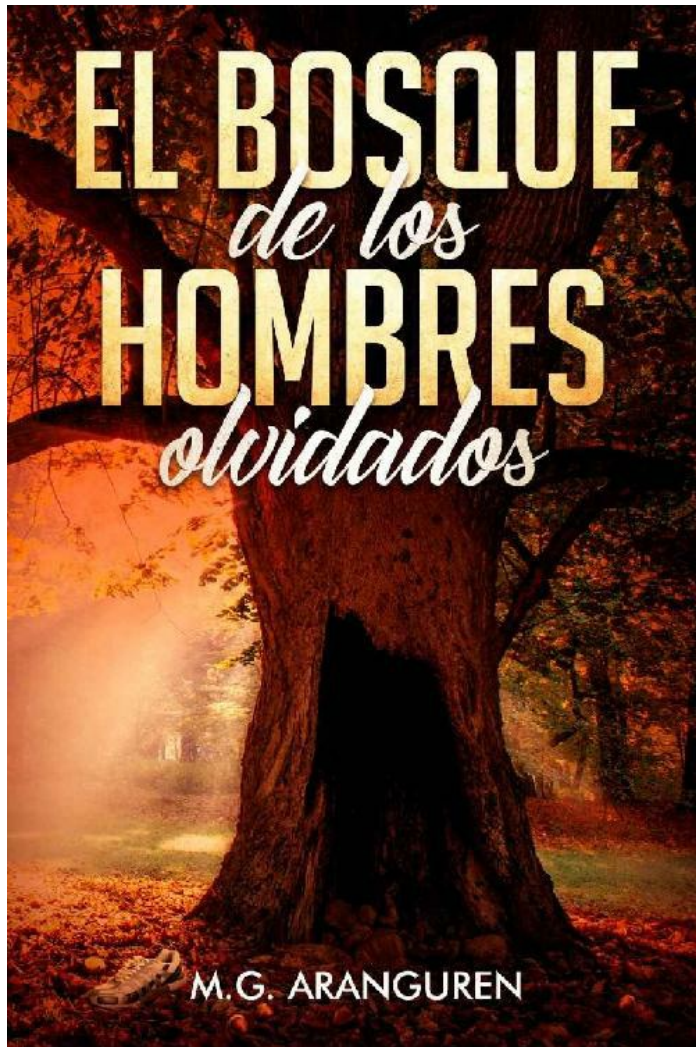




**EL BOSQUE**  
*de los*  
**HOMBRES**  
*olvidados*

**M.G. ARANGUREN**





© 2018, M.G. Aranguren

Título: El bosque de los hombres olvidados

Primera edición: noviembre 2018

Todos los derechos reservados. Bajo licencia Safe Creative.

Esta publicación no puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna o por cualquier medio, incluido fotocopias, o cualquier medio electrónico o mecánico sin el permiso del escritor o del editor, ya sea en parte o en su totalidad.

Todas las historias y los personajes son ficción y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

*“Somos cada uno nuestro propio demonio,  
y hacemos de este mundo nuestro propio infierno”  
Oscar Wilde*

*Agradecimientos*

*A **Ángeles**, por guiarme por el mundo de las sombras.*

*A mi hermana **Blanca**, por su paciencia lectora.*

*A mi **madre**, por existir.*

Capítulo uno

El despertar

Capítulo dos

Aurora

Capítulo tres

Primera mañana en el bosque

Capítulo cuatro

Una espera interminable

Capítulo cinco

Los recuerdos

Capítulo seis

Rodrigo

Capítulo siete

La autopsia

Capítulo ocho

La noche

Capítulo nueve

La gruta y el zorro

Capítulo diez

Indicios

Capítulo once

La cena

Capítulo doce

El rescate

Capítulo trece

La terapia

Capítulo catorce  
La habitación 515

Capítulo quince  
Las cicatrices de Marta

Capítulo dieciséis  
Cada vez más cerca

Capítulo diecisiete  
Las evidencias

Capítulo dieciocho  
Todo principio tiene un fin

Capítulo diecinueve  
Caso cerrado

Capítulo veinte  
Una semana después

## Capítulo uno El despertar

Se despertó entre la maleza, hecho un ovillo, como un cachorro de animal recién parido y abandonado en mitad de la nada. Su cuerpo estaba cubierto de pequeños regueros de sangre y permanecía tumbado, semidesnudo, con la ropa hecha jirones.

Al volver en sí trató de ponerse en pie, pero sus escasas fuerzas se lo impidieron. Sintió que una punzada de dolor le subía por la pierna hasta alcanzar la rodilla provocándole una fuerte sensación de desasosiego. Una mueca de sufrimiento desdibujó por completo su cara. Al momento, notó una arcada que pugnaba por expulsar hacia el exterior el contenido que albergaba su estómago y, un ligero mareo, le hizo intuir que iba a desmayarse de nuevo. Entonces exhaló una bocanada de aire y procuró respirar acompasadamente hasta lograr que la desazón que se había instalado en su vientre se atenuase. Debía encontrar algo con lo que entablillar su pierna e intentar caminar o, seguramente, moriría.

Echó un vistazo a su alrededor. La oscuridad de la noche lo cubría todo y le era difícil distinguir cualquier objeto que pudiera serle de utilidad. Solo el resplandor de la luna proyectaba un ligero haz de luz sobre el terreno. Agazapado entre la hojarasca, logró reptar por el suelo hasta llegar a la base de un árbol cercano. Allí apoyó la espalda contra la superficie rugosa del tronco. No resultaba cómodo, pero era el único sitio próximo donde descansar unos minutos e intentar poner en orden sus ideas.

Los sonidos del bosque llegaban hasta sus oídos como serios avisos de una amenaza que se cernía sobre él de manera inminente. Necesitaba algo con lo que sujetar su pierna y, también, encontrar un apoyo que le sirviera de sostén al caminar.

Sus ojos comenzaban a acostumbrarse a la penumbra. En realidad solo uno de ellos podía hacerlo, ya que el otro estaba tan amoratado e hinchado que le era imposible abrirlo con normalidad.

Por la forma de las hojas y del tronco, el árbol que le sujetaba la espalda debía de ser un roble. Algunas ramas estaban caídas sobre la tierra



como consecuencia de las violentas ventiscas desatadas a lo largo de las últimas semanas. Una de las ramas, con forma de cayado, le serviría como bastón. Rasgó un par de tiras del tejido de su camisa y dispuso otras dos ramas, una a cada lado de su pierna, en posición paralela. Después ató a su extremidad las telas que había cortado, una la afianzó con un nudo a la altura del muslo e hizo lo mismo con la otra, anudándola por encima del tobillo. Eso bastaría para inmovilizar algo la rodilla. A primera vista, no parecía que hubiera rotura, tan solo eran perceptibles una fuerte inflamación, algunas heridas y un leve esguince.

El relente de la noche hacía que la humedad le calara hasta los huesos. Volvió a intentar ponerse en pie, esta vez, y gracias a la ayuda del improvisado bastón, logró enderezarse. Sería mejor no alejarse mucho del árbol hasta que no amaneciera. Suponía que la luz del día le daría alguna pista de qué hacía allí y, sobre todo, de cómo salir de aquel infierno, si es que lograba sobrevivir al frío y a los animales nocturnos.

Al tantear el árbol, pudo distinguir un hueco en uno de los lados del tronco. Calculó que la cavidad era lo suficientemente grande como para meter parte de su cuerpo dentro y resguardarse de las bajas temperaturas y, aunque refugiarse en el estrecho agujero le hacía presa fácil para las alimañas, no creía que allí hubiera ninguna especie animal tan peligrosa como para desistir de pasar unas horas al cobijo que la naturaleza le proporcionaba. Acondicionó el fondo del hueco con un buen montón de helechos para hacerlo así más comfortable. Asimismo, apiló algunas ramas en el exterior y se introdujo, no sin dificultad, en el orificio. Al hacerlo se vio en la obligación de dejar su pierna herida fuera de la cavidad, no podía doblarla y, de todas formas, el espacio era insuficiente para introducirse por completo en su interior.

Desde dentro de aquella boca enorme que parecía estar sumida en un eterno bostezo, consiguió clavar en la tierra cinco de las ramas que había recolectado. Las afianzó en sentido vertical, por fuera del agujero, como una verja de protección ante posibles ataques y, a pesar de que su pierna, en el exterior, era un buen reclamo para insectos, culebras, musarañas y todo tipo de bichos, ya se sentía algo más seguro.

Aún notaba un fuerte dolor en la rodilla y, el ojo, cada vez más abultado, le molestaba bastante. Cada vez que realizaba el esfuerzo de abrirlo era como si alguien le asestara un puñetazo que le partiera en dos la cara. Esta

sensación le refrescó la memoria, aunque no lograba recordar con claridad los detalles y se sentía demasiado cansado y aturdido para pensar. Tal vez, si lograba dormir un poco, recuperase las fuerzas. Estaba claro que, en plena oscuridad y en su estado, era absurdo intentar buscar una salida, gritar, o realizar cualquier movimiento en mitad de la noche. Lo único que le quedaba por hacer era descansar y esperar a que clarease el día.

Poco a poco se fue sumiendo en una especie de duermevela. El lecho de hojas y la protección que le proporcionaba la madera lograron aplacar el frío. Sin embargo, no habrían pasado más de cuarenta y cinco minutos cuando un ruido le despertó por completo. Al mirar a través de los improvisados barrotes, vio unos pequeños ojos brillantes que lo observaban en actitud amenazante. La cabeza era enorme, casi del mismo diámetro que el agujero del árbol. El cuello era también robusto. En total mediría más de un metro y medio y debía de pesar, al menos, cerca de setenta kilos. Permanecían el uno frente al otro, como retándose en un duelo por mantener la mirada. Se fijó un poco más y pudo observar otro par de ojos brillantes y, al lado, otro par que se sumaban a los anteriores. Una enérgica embestida logró que una de las ramas protectoras cayera al suelo dejando una vía de acceso libre hacia el hombre. Entonces, otro ejemplar de menor tamaño empezó a propinarle fuertes pisotones sobre la pierna herida. El hombre sintió que un latigazo le recorría el cuerpo hasta alojarse en su nuca. Le fue imposible ahogar un alarido de dolor que más se asemejaba al gruñido de un oso intentando ahuyentar a sus enemigos, que a un quejido humano. Con aquel sonido, los tres jabalíes se alejaron del lugar al trote, asustados. En la huida, el hombre creyó reconocer a un cuarto individuo y, por lo que era capaz de intuir, el aspecto que este lucía resultaba diferente al del resto de los animales. A juzgar por su silueta, se trataba de un zorro que, al parecer, había permanecido apartado del grupo, como un curioso espectador que contemplaba la escena.

Dudó por un instante de si las gotas saladas que cubrían su rostro eran de sudor, o de si tal vez fueran sus propias lágrimas que se escapaban trémulas de sus lagrimales, igual que un grifo averiado deja gotear con insistencia el agua. La mezcla de padecimiento y miedo que sentía, a partes iguales, provocaba que cada vez le resultara más insoportable la permanencia en el bosque y, lo que era aún peor, la estancia en el interior de aquel estrecho agujero.

Cuando volvió a reinar la calma, a lo lejos distinguió el aullido de un lobo y, algo más próximo, lo que parecía ser el ulular de un búho. Sacó el brazo al exterior para recolocar la rama que el jabalí había tirado al suelo y la hincó en la tierra con toda la fuerza de la que aún disponía. Estaba temblando, pero esta vez no era de frío, sino de temor. Le costó volver a conciliar el sueño, pero al fin logró dar una cabezada antes de que los primeros rayos de sol se colaran entre las hojas para mostrar lo que se adivinaba como un exuberante espectáculo de luz y color.

Progresivamente fue recobrando la lucidez en mitad de aquel caos, a pesar de que tenía el cerebro completamente abotargado y se sentía como si estuviera bajo los efectos hipnóticos de algún narcótico. O pensó que, tal vez, su aturdimiento solo fuera consecuencia de la conmoción cerebral provocada por los golpes. Esta era otra posibilidad que parecía sacada de la más pura lógica y que, de hecho, se le antojó como el pensamiento más real de todos los que hasta ahora habían pasado por su cabeza. Mientras tanto, su mente continuaba vagando entre los recuerdos, recuperando imágenes y juntando las piezas necesarias para reconstruir lo ocurrido durante las horas previas.

Recordó los mensajes en el móvil, el trayecto en el coche, el engaño de Aurora, la cita con Rodrigo, la pelea. Todo empezaba a cobrar sentido.

Se echó las manos a la cabeza y volvió a notar el martilleo feroz de los latidos que le oprimían el cerebro, así como el dolor intenso que ya colonizaba cada milímetro de su cuerpo.

## Capítulo dos Aurora

La mañana estaba siendo tranquila. El inspector Ponce revisaba algunos casos que tenía pendientes, nada de excesiva importancia. Hacía meses que encima de la mesa del policía no llegaban más que casos de hurto, algún robo de vehículos, trapicheos de drogas, las habituales denuncias vecinales por ruidos, alteraciones del orden público u otras minucias. Nada hacía presagiar que aquella mañana fuera a ser distinta de las demás hasta que, por la puerta de la comisaría, entró una mujer con visibles síntomas de nerviosismo.

—¡Mi marido ha desaparecido! ¡Tenéis que hacer algo! ¡Buscadlo antes de que le ocurra algo malo!

—Tranquilícese, señora. Acompañeme, por favor. Yo soy la oficial Susana García y estoy aquí para ayudarle en lo que sea necesario. Siéntese en esa silla y cuéntenos despacio qué es lo que ha sucedido —dice la oficial mientras aferra a la mujer por uno de sus hombros, en un gesto de empatía, a la vez que señala una de las sillas ubicadas al fondo de la estancia.

—Mi marido no ha venido esta noche a dormir a casa. Ya sé que diréis que eso es normal. Que pensaréis que está de juerga, o con sus amigos, pero yo sé que eso no es así. Le ha ocurrido algo, ¡estoy segura!

—Vamos, hágame caso y tranquilícese. Siéntese aquí. ¿Quiere un vaso de agua? ¿Una tila? —pregunta la oficial García mientras trata de calmar a la mujer.

—Sí, un poco de agua, gracias.

—López, ¿puedes traer un vaso de agua para la señora, por favor? —solicita a uno de sus compañeros—. Si le parece —habla esta vez mirando directamente a los ojos de la mujer—, yo le haré unas preguntas y usted me las va respondiendo. Así ponemos un poco de orden cronológico a lo que nos quiere contar sobre la presunta desaparición de su marido.

—De acuerdo. Y, te lo ruego, no me trates de usted, me pone nerviosa y me hace mayor.

—Por supuesto. No hay problema —accede la oficial de policía—. Bueno, como ya te he dicho antes, mi nombre es Susana y, ahora, si me lo

permities, te voy a hacer algunas preguntas.

Justo en ese momento, López aparece con un vaso de plástico en una mano y un botellín de agua en la otra. El policía gira su muñeca sobre el tapón y se oye el clic que indica que se ha roto el precinto. Llena el vaso hasta la mitad y se lo ofrece a la mujer. Esta se lo agradece con una lacónica sonrisa y se lo bebe casi de un solo trago.

—Gracias, López. Déjanos solas.

—Si necesitáis cualquier cosa, estoy aquí al lado —se ofrece el agente encaminándose hacia su mesa de trabajo.

—Veamos —dice Susana con intención de retomar la conversación con la mujer—, ¿cuál es tu nombre?

—Me llamo Aurora Riu Montreal.

—Perfecto, Aurora. Y dices que tu marido no ha ido esta noche a dormir a casa, ¿es así?

—En efecto. Así es.

—¿Es la primera vez? Quiero decir, ¿esto había sucedido ya antes?

—¡Jamás! Ya te he dicho que no, que le ha pasado algo. ¡Estoy convencida de ello! —exclama mientras vuelve a llenar el vaso, esta vez hasta el borde, para después beber el agua, en pequeños sorbitos, hasta apurar la última gota de líquido.

—¿Recuerdas cuándo y a qué hora lo viste por última vez, Aurora? —continúa la oficial con las preguntas.

—Fue ayer, serían algo más de las cuatro y media de la tarde. Lo sé porque pocos minutos antes había terminado el hombre del tiempo de dar la predicción meteorológica en la televisión y esa sección suele acabar alrededor de esa hora. Después empieza una serie que nos gusta mucho a los dos y que, siempre que podemos, vemos juntos.

—Entiendo —dice la oficial García a la vez que realiza algunas anotaciones en un cuaderno de espiral que se encuentra sobre el escritorio.

—Yo estaba en ese momento en la cocina y sentí su teléfono móvil vibrar varias veces —prosigue Aurora con su relato—. Entonces él fue al dormitorio y, al volver, me dijo que tenía que irse. Yo le pregunté que a dónde iba a esas horas y con quién, pero no me contestó. Ni siquiera me miró. Se cambió de camisa, cogió las llaves del coche y salió de casa. Esa fue la última vez que lo vi.

—Y, ¿qué es lo que te hace sospechar que su ausencia no es por

voluntad propia?

—Llevaba un par de días en los que se mostraba huraño, muy irritable, como enfadado conmigo y con el mundo. Me contestaba de malas formas y no parecía el mismo de siempre. Yo le veía mandar mensajes a escondidas. Si le preguntaba a quién escribía, él me contestaba que no me preocupara, que era un tipo que solicitaba una mercancía. Al parecer el hombre la reclamaba como suya, aunque en el albarán de entrega constaba otro destinatario.

—¿A qué se dedica tu marido, Aurora? —interrumpe la oficial.

—Es transportista. Camionero. Pero últimamente hace repartos con la furgoneta.

—Ajá, comprendo. Y, ¿por qué hablaba este cliente directamente con él? ¿Es esa una práctica habitual de la empresa para la que trabaja?

—Es la chica de la oficina, o su jefe, si es un cliente importante, quienes se encargan de estas cosas. Él solo recoge el camión una vez ya está cargado y lo lleva al destino. O va con la furgoneta a recoger los paquetes y hace la entrega. Depende del tipo de trabajo que esté realizando. La situación económica y laboral es desastrosa y, como es de suponer, no rechaza ninguna de las ofertas que le llegan —contesta la mujer mostrando un gesto de preocupación en la cara.

—De cualquier forma, tampoco parece un asunto demasiado preocupante, me refiero al hecho de que un cliente realice una queja o interponga una reclamación, eso es algo muy usual en cualquier empresa —argumenta la policía dejando entrever sus dudas.

—Tal vez hasta ahí no fuera para dar la voz de alarma —razona Aurora con la mirada baja—. Pero cuando descubrí que la pistola no estaba en el cajón del dormitorio, tuve la certeza de que algo grave ocurría y de que mi marido estaba metido en algo turbio.

—¿Tu marido había adquirido un arma?

—Sí, eso parece. La descubrí por casualidad. Fue un día, hace semanas, haciendo limpieza en nuestra habitación. En un principio no le di importancia, supuse que era para ir protegido en el camión. Tanto es así que hasta se me olvidó preguntarle después.

—¿Se te olvidó preguntar a tu marido por qué había comprado un arma sin decirte nada? —aduce la oficial sin disimular su sorpresa.

—Sí, bueno, sé que otros compañeros tienen una y la llevan en la



guanteras. Cuando duermen en el camión en las áreas de descanso de las carreteras pasan miedo. Los tiempos ya no son lo que eran, ahora hay que tener mucho cuidado, pasan cosas horribles en los viajes.

—Aun así, me parece extraño que no se lo mencionases, Aurora.

—Ya te he dicho que, en ese momento, no le di mayor importancia. El caso es que cuando salió ayer de casa, me acordé de ella. Fui al dormitorio y miré en el cajón, la pistola había desaparecido. Fue entonces cuando me di cuenta de que sucedía algo que no era normal y de que, fuera lo que fuese, era peligroso.

—¿Crees que él sería capaz de utilizarla contra alguien? —pregunta la oficial García.

—No lo sé, nunca nos hemos visto en una situación tan desesperada. Imagino que si está en riesgo su vida, sí haría uso de ella. Igual que lo haría cualquiera que se sintiera mortalmente amenazado, supongo.

—¿Crees que él estaba en una situación desesperada? —la policía emite esta pregunta en un tono neutro y entornando un poco los ojos, como escrutando a su interlocutora.

—No lo sé.

—Aurora, ¿hay algo que no me estás contando?

—No quiero meterle en más líos, es mi marido, un buen hombre, de verdad, una persona mucho mejor que yo. Él me lo ocultaba, pero yo lo sabía, algunas veces transportaba drogas. Pequeñas cantidades, ¿entiendes? No es un narcotraficante ni nada de eso. Solo sacaba algún dinero extra con ello. Tiene una edad complicada; cada vez le llaman menos para hacer viajes con el camión. A veces pasa temporadas sin trabajar y la economía doméstica se resiente —se confiesa la mujer dejando escapar un sollozo—. ¿Crees que lo que le ha pasado tiene que ver con ese mundo? ¿Con las drogas?

—No lo sé, Aurora. No lo sé —responde Susana moviendo de un lado para otro la cabeza—. ¿Cómo se llama tu marido? Comprobaremos si el arma está registrada a su nombre y si tenemos archivado algún dato relevante en su ficha policial.

La oficial hace un gesto a su compañero para que se acerque hasta la mesa en la que se encuentran las dos mujeres.

—Se llama Arturo Obleas Martos —responde Aurora como si de repente recordara la respuesta a la pregunta que la oficial le ha formulado.

—Comprueba estos datos, López. Mira a ver si tenemos alguna

información que nos pueda ser útil —solicita la oficial a su colega a la vez que le entrega una hoja de papel que acaba de arrancar de su cuaderno de notas— si encuentras algo, házmelo saber enseguida.

—Me pongo con ello —responde él mientras se dirige a su mesa para teclear los datos en el ordenador.

## Capítulo tres

### Primera mañana en el bosque

El día había amanecido cubierto de una densa niebla. A pesar de ello, el paisaje que se mostraba ante los ojos de Arturo se adivinaba espectacular. Comprobó sus heridas. Una de ellas parecía haberse infectado. Un halo rojo rodeaba la lesión y comenzaba a acumularse una sustancia purulenta en su interior.

De pronto sintió una necesidad perentoria de beber agua. Sabía que, a medida que avanzara el día, la obligación de ingerir líquido iba a ir en aumento, sobre todo cuando comenzara a caminar y el calor apretase. Por fortuna, la niebla aún permitía que algunas hojas conservaran gotas del rocío de la mañana. Se apoyó en la rama que hacía las veces de bastón y se acercó hacia unas hojas que brillaban bajo los tenues rayos de sol que se colaban entre la bruma. Sacó la lengua y comenzó a chupar las gotitas que permanecían intactas en la superficie en un acto desesperado de paliar la sequedad de su boca. Así fue lamiendo, una a una, las hojas que encontraba a su paso. Sabía que el cuerpo de un hombre podía resistir tres días sin consumir agua antes de morir deshidratado, pero de lo que no estaba tan seguro era de cuánto tiempo podía aguantar su mente, sabiendo que no tenía nada con lo que aliviar esa sensación de ahogo, esa angustia que suponía notar cómo la lengua se queda pegada al paladar y obstruye la garganta, impidiéndote respirar.

A Arturo le resultaba difícil abrirse camino entre la maleza y, para hacérselo aún más complicado, a cada paso encontraba zarzas y ramaje que entorpecían la marcha. Además, el suelo se veía repleto de bellotas caídas de los árboles, como un manto marrón de irregulares canicas. Desconocía si el fruto era comestible, pero supuso que sería mejor arriesgarse. Ya llevaba muchas horas sin ingerir nada y consideraba vital coger fuerzas para andar y localizar la salida de aquel laberinto.

No sin dificultad, Arturo logró recolectar un buen número de bellotas. Colocó en el suelo una piedra plana y utilizó otra más grande y puntiaguda para machacar la cáscara y extraer el fruto. Cuando tuvo unas cuantas bellotas peladas, se las metió en la boca de golpe y las comenzó a masticar.

El primer impulso fue el de escupir el amasijo áspero y agrio en que se había convertido lo que acababa de morder. Los taninos liberados dejaban un fuerte sabor amargo en la boca, sin duda su ingesta era más placentera cuando se tomaban en un buen vino fermentado en barrica de madera de roble, pero el fruto del árbol era el único alimento a la vista, así que, sin pensarlo dos veces, se lo tragó.

La alimentación a base de bellotas provocó que enseguida apareciera de nuevo la sed. Arturo pensó que lo más sensato sería moverse de allí e intentar encontrar alguna fuente de agua, como un río, un arroyo, una cascada o, quizás, con suerte, un manantial.

La niebla ya se había disipado y en el cielo azul solo quedaban unas pocas nubes que parecían querer evaporarse bajo los efectos de los rayos solares. No tenía ni la más remota idea de qué hora sería. Ahora se arrepentía de haber dejado a un lado las propuestas de sus amigos, esos a los que tanto les gustaba ir los domingos al monte y de los que él se reía. «*Al monte solo van las cabras*», se burlaba cada vez que le hablaban de los beneficios de disfrutar de la naturaleza. Tal vez ellos, en esas caminatas, le hubieran adocinado sobre cómo orientarse, cómo averiguar la hora, o cómo buscar los recursos necesarios para sobrevivir en la montaña. Incluso podría haber conocido las propiedades antiinflamatorias de las bellotas, cosa que en este momento desconocía. Pero la realidad era que en este preciso instante se encontraba en el bosque, solo y desorientado, sin ningún conocimiento que le ayudara a subsistir en un entorno hostil como lo era aquel.

La pierna estaba tan hinchada que apenas podía caminar. Decidió transitar por lo que parecía un sendero. Si existía un camino, significaba que alguien había atravesado ese lugar antes y, por tanto, esa senda debía conducir a algún lugar conocido. Con la esperanza de encontrar a alguien o de que alguien le encontrara a él, Arturo deambuló por el bosque, desorientado, durante horas.

Las gotas de sudor, que recorrían de arriba abajo su cuerpo, escocían las heridas como si echaran sacos de sal sobre ellas.

A pesar de estar ya bien entrado el otoño, el calor apretaba y la marcha se volvía cada vez más adversa. Arrastraba la pierna como un preso condenado a trabajos forzados atado a una bola de hierro. La superficie rugosa de la rama, en la que iba apoyado, provocaba que en su mano comenzaran a brotar las primeras ampollas. Desesperado y entre lamentos

comenzó a proferir gritos de auxilio.

—¡Necesito ayuda! ¡Estoy aquí! ¡Por favor, que alguien me ayude!

Durante varios minutos repitió con insistencia las mismas frases pidiendo socorro.

—¡Socorro! ¡Estoy perdido! ¡Ayuda, por favor!

Pero nadie respondía a sus súplicas. Tan solo el revuelo de pájaros sobre su cabeza le hacía constatar que alguien le escuchaba, aunque ese público no le sirviera de mucho.

Tras descansar a la sombra que le proporcionaba un árbol que aún se negaba a entregar sus hojas al otoño, prosiguió la marcha en dirección hacia lo que aparentaba ser un claro en el bosque. Ahora el camino se volvía empinado, pero Arturo pensó que era mejor caminar hacia arriba, ya que así podría tener una visión más amplia desde lo alto. Creyó que esto le daría la oportunidad de otear el horizonte para ubicarse mejor y trazar así algún plan que le permitiera regresar a la ciudad.

Poco le duró la confianza de haber elegido el camino correcto. Cuando su pierna empezó a doler como si un lobo le hincara los dientes, lamentó su decisión. Tenía que haber intentado ir ladera abajo, ya que quizás yendo en esa dirección resultaría más lógico encontrar una carretera o una explanada donde la gente acampase o hiciera excursiones. Sin embargo, ahora se ubicaba en medio de un sitio nada ideal para propiciar su vuelta al hogar; ni en un alto para observar el terreno y hacerse así una idea de la mejor opción para abandonar el bosque, ni en terreno llano para buscar una carretera o unos excursionistas sobre los que llamar la atención y ser rescatado.

Su intestino comenzaba a causarle serios problemas, sentía fuertes retortijones que le obligaban a doblar su cintura una y otra vez, como en un baile ritual de los indios Arapahoes. Probablemente no había sido muy inteligente atiborrarse de bellotas, o puede que simplemente fuera el hambre, que golpeaba con los nudillos las paredes de su estómago reclamando su ración habitual de alimento.

Cuando el hombre ya se había abandonado a los peores presagios, le pareció escuchar el sonido del agua. Fue entonces cuando sus cinco sentidos se pusieron alerta. Trató de localizar de dónde provenía aquel mágico eco que alcanzaba a sus oídos. Creyó que si lograba ascender por la colina, descubriría el lugar de donde brotaba el preciado líquido.

Tenía la boca seca y pegajosa, hacía horas que notaba calambres en las piernas y, además, un intenso dolor de cabeza sacudía con fuerza sus sienes. Hacía ya rato que había orinado por última vez dándose cuenta de que la orina era de un color oscuro y un olor tan fuerte que echaba para atrás. Esto, con mucha probabilidad, indicaba que la deshidratación ya se estaba haciendo patente. Por eso, encontrar algo con lo que paliar la sed había pasado de ser un simple objetivo a convertirse en un propósito de importancia vital.

A pesar de los esfuerzos que hacía, le resultaba imposible seguir ascendiendo con la pierna tan inflamada. Aun así, decidió subir arrastrándose por el terreno. Como un reptil fue aferrándose a la tierra, clavando las uñas en ella y empujándose con la ayuda de su pierna sana. Las ampollas, formadas por el apoyo de sus manos en la rama que hacía de bastón, explotaron como globos de agua lanzados contra el suelo. Un líquido blanco dejó paso al rojo intenso que dejaba al aire la piel en carne viva. Se le nublaba la vista, pero esta vez no era la niebla, sino la consciencia que provocaba que Arturo estuviera a punto de perder el sentido. Se quedó allí postrado, inconsciente sobre la tierra marrón que aparecía teñida de pequeñas gotitas de sangre que, a aquel hombre aparentemente olvidado, se le escapaban, como su propia vida, de las manos.



## Capítulo cuatro

### Una espera interminable

Un halo de gravedad envolvía la jefatura de policía. Aurora se negaba a abandonar el lugar hasta que alguno de los agentes no tomara cartas en el asunto y se pusiera manos a la obra para encontrar a su marido. Mientras tanto, la oficial Susana García había avisado al Grupo de Homicidios y Desaparecidos para que indagaran sobre el suceso, aunque estos, ajenos a todo lo que rodeaba al caso, ni siquiera se habían dignado a personarse aún en la central.

Ante la insistencia de la mujer y a que algunos indicios resultaban bastante sospechosos, Susana había decidido continuar con la investigación por su cuenta hasta que llegasen los del G.H.D. Para ello, llamó varias veces al teléfono de Arturo, pero tras marcar una a una las teclas que conformaban su número, siempre obtenía la misma respuesta: «el móvil al que usted llama está apagado o fuera de cobertura». Por otro lado, Susana sabía que, hasta que no llegaran sus compañeros, era imposible emitir una orden para rastrear la señal del teléfono móvil, algo que lograrían hacer gracias a los repetidores que la compañía telefónica tenía repartidos por la zona. Dicha comprobación podría arrojar alguna pista de hacia dónde se dirigió el hombre o, en el mejor de los casos, hasta podrían establecer el lugar donde se hallaba en estos precisos momentos, todo esto siempre que el terminal de Arturo tuviera el geolocalizador activado o hubiera realizado alguna llamada durante el trayecto.

El inspector Ponce, informado de la situación que se estaba viviendo en su departamento, observaba a Aurora desde detrás de las persianas que, a medio abrir, le ocultaban tras el cristal de su despacho. Según parecía y por lo que Susana le había contado, existían algunos cabos sueltos que resultaban bastante inciertos y que le hacían dudar, a ella y a su instinto, de que este fuera un caso rutinario de ausencia temporal del hogar familiar.

Mientras, las dos mujeres, ajenas al movimiento febril de la comisaría, continuaban con su charla.

—Aurora, necesito que me describas la ropa con la que Arturo iba

vestido ayer, cuando salió de casa —solicita Susana con intención de seguir avanzando en sus pesquisas.

—Pues... —comienza a relatar Aurora mientras hace una breve pausa, como rebuscando los datos en su memoria, para describir con exactitud sus recuerdos—. Arturo vestía unos pantalones color beige. Yo le acababa de planchar una camisa blanca y él llevaba puesto un polo azul, pero se lo quitó y se vistió con la camisa de tela. Me resultó extraño porque, si no trabaja de tarde, él siempre prefiere estar con ropa cómoda en casa y, si va a trabajar, nunca usa camisa, siempre viste camisetitas o polos para ir en el camión o en la furgoneta. Lo que seguro que no se cambió fue de calzado, eso lo recuerdo con claridad. Se dejó puestas las zapatillas deportivas que suele utilizar para conducir, las blancas de piel con rayas negras y grises a los costados. Le vi coger un jersey de ochos de color negro, de los de cuello en pico. No sé lo que llevaba puesto encima porque no le vi salir y el armario con los abrigos está en el vestíbulo, tendría que mirar allí para asegurarme de qué es lo que falta.

La oficial Susana García apunta en el cuaderno cada una de las prendas que Aurora le va describiendo. A medida que lo hace piensa que, más tarde, debe poner algo de orden en las anotaciones que a lo largo de la conversación han llenado varias hojas de su libreta.

—¿Tienes una fotografía de Arturo? —pregunta la agente una vez que todo el asunto de la descripción de la ropa ha quedado debidamente anotado.

—Sí, siempre llevo una en la cartera. No es muy reciente —comenta de pasada mientras se afana en buscar su billetera dentro del bolso—, pero está igual que ahora, no ha cambiado mucho. ¡Ah, sí! ¡Aquí está! —celebra Aurora entregando una pequeña fotografía de carnet a la oficial García.

Al mismo tiempo que Susana observa la foto de Arturo y reclama a López su presencia para que haga un par de copias a color ampliadas de la misma, el inspector Ponce recibe una llamada.

Pocos instantes después, Raúl Ponce abre la puerta de su despacho y, con un gesto de la mano derecha, indica a Susana que acuda a hablar con él.

Levantándose de la silla, la policía se disculpa con Aurora por dejarla sola unos minutos. Antes de irse, le ofrece otro vaso de agua que la mujer acepta con un leve asentimiento de cabeza.

—¿Cómo va el tema de la desaparición? —pregunta el inspector cuando Susana cierra la puerta tras de sí.

—Verás, jefe —comienza la oficial a exponer los hechos—, la verdad es que este asunto me tiene un poco descolocada. No hay indicios suficientes como para pensar que la desaparición ha sido involuntaria, aun así, mi instinto me dice que hay algo oculto detrás de todo esto. El hecho de que el hombre haya salido de casa armado y de que no conteste a las llamadas... Parece que se citó con alguien, pero no sabemos con quién. Todo está en el aire, pero mi olfato de policía no suele fallarme.

—Lo sé. Es más, me acaban de informar de que un pastor ha encontrado el cadáver de un hombre en una zona boscosa. Aún no tenemos demasiada información, pero podría tratarse del marido de la mujer que tenemos ahí fuera sentada. Yo salgo ahora mismo para allí. Los de la Científica, Robles y la forense ya están efectuando la inspección ocular y recogiendo pruebas antes proceder al levantamiento del cadáver. Procura que no se filtre la noticia y, sobre todo, que ella no se entere de nada hasta que tengamos algún dato más concreto.

—Entendido, jefe. Ni una palabra a Aurora.

—Eso es, te llamaré en cuanto pueda.

Tras la marcha del inspector, la oficial García permanece unos minutos en el despacho antes de volver al lado de Aurora. Durante esos minutos, la policía contempla a la mujer desde la protección que le dan las persianas de la oficina de Ponce. Al observarla, la encuentra examinándose las uñas con mirada distraída. Aún está en shock, piensa Susana, y eso que ni se imagina el cariz que están tomando los últimos acontecimientos.

La oficial regresa al lado de la mujer y se acomoda en la misma silla que ocupaba hacía solo unos instantes.

—Muy bien, Aurora. Vamos a continuar con algunas preguntas que pueden ayudar en la investigación.

—¿Investigación? —pregunta Aurora abriendo mucho los ojos—. ¿Ya han puesto en marcha una investigación? ¿Han tenido noticias de mi marido?

—No, no, claro que no. Me refiero a «nuestra» investigación, la que tú y yo estamos llevando a cabo a lo largo de toda la mañana —refiere la oficial García en un intento de tapar el pequeño desliz que acaba de cometer.

—Ajá. De acuerdo. Y, ¿en qué más puedo ayudar?

—Veamos. ¿Qué coche usó tu marido? Hemos comprobado que tiene una furgoneta y un utilitario. Los dos están matriculados a su nombre.

—Sí, así es. Yo diría que utilizó la furgoneta. Al menos esas fueron las llaves que se llevó. Pero no lo vi montarse, por lo que no puedo afirmar que realmente fuera ese vehículo el que utilizó. Ni siquiera puedo confirmar si cogió el coche o se fue a pie —contesta Aurora mostrando cierta cautela en su respuesta.

—Entiendo. Y tú, ¿sueles conducir ambos coches? —reanuda la policía sus preguntas sin quitarle el ojo a la pantalla del móvil por si entra algún mensaje de Robles o del inspector.

—No. Jamás he conducido la furgoneta, ese es el vehículo del trabajo de Arturo. Pero sí que utilizo el otro de manera habitual.

—¿Hay alguien a quien tu marido tuviera especial animadversión?

—No, para nada. Él es un gran tipo. De hecho siempre ha tenido un elevado sentido de la solidaridad, una especie de vocación dirigida a ayudar a las personas.

—Sin embargo, había comprado una pistola.

—Sí, ya te lo he dicho. Había comprado una pistola para estar más protegido en el camión.

—Pero tú no sabes realmente para qué la compró. Nunca se lo llegaste a preguntar —le presiona la oficial García más por la necesidad de ganar tiempo hasta que llegaran noticias de lo que estaba sucediendo en el bosque, que por el mero hecho de sonsacar alguna información a la mujer.

—No me cabe ninguna duda sobre ello. Estoy convencida de que la obtuvo para ese fin, ¿para qué otra cosa iba a ser? ¿Qué estás insinuando? —contraataca Aurora al sentirse agredida por el comentario vertido por la oficial.

—No insinúo nada. Me limito a exponer los hechos y estos son que él no tenía el arma en el camión, tal y como era de esperar si es que la quería para protegerse en los viajes. Muy por el contrario, la guardaba en casa, en un cajón de la cómoda. Con eso más parece que quisiera protegerse de alguien que pudiera haceros daño en el interior de vuestro hogar —sigue arremetiendo contra la versión de Aurora.

—No, nada de eso. Quizás se la llevaba cada vez que salía de viaje y la volvía a traer a casa cuando regresaba, la verdad es que no lo sé.

La conversación se ve interrumpida por una llamada entrante que el agente Robles efectúa al móvil de Susana. Esta se disculpa de nuevo ante la mujer y se aleja de ella para entrar una vez más en el despacho del inspector

Ponce. Allí podría hablar con mayor confidencialidad, fuera de miradas no deseadas y de oídos pendientes de conversaciones ajenas.

—Hola, Susana. Soy Robles.

—Sí, lo sé. Dime, ¿qué habéis descubierto?

—Pues no tengo muy buenas noticias —informa el agente al otro lado del teléfono—, hemos encontrado un cadáver en el bosque.

—Sí, algo me ha adelantado el jefe. ¿Hay algún indicio de la causa de la muerte? —se interesa ella.

—Habrá que esperar a la autopsia, aunque la causa parece clara, un balazo en la cabeza y, en apariencia, es reciente.

—¿Un suicidio? —aventura Susana.

—Tengo mis dudas acerca de ello. Pero eso no es todo, aún hay más.

—Vamos, no te hagas de rogar y cuéntame lo que sea de una vez, que me tienes en ascuas —dice impaciente la oficial García.

—El cuerpo que hemos encontrado no es el que esperábamos.

—¿Estáis seguros de eso? —pregunta Susana.

—Aunque no tenemos la identificación del hombre, sí, estamos bastante seguros. La forense y los de la Científica están de acuerdo en que es probable que se trate de un homicidio. Aunque estarás de acuerdo conmigo en que es un poco precipitado afirmarlo. Ahora mismo solo se trata de una suposición. El cadáver tiene una bala incrustada en la cabeza, sin orificio de salida. El rostro está algo desfigurado, por eso no tenemos la certeza al cien por cien de que no sea Arturo Obleas, aunque ninguno de los rasgos físicos ni la indumentaria que viste se corresponden con lo descrito por su mujer, lo he confrontado con los datos que le has facilitado a López. Tampoco lleva documentación alguna encima. Cuando cotejemos las huellas dactilares con las de la base de datos esperamos poder confirmar su identidad y filiación.

—Vaya, pobre diablo.

—Aún hay una última sorpresa —prosigue la voz al otro lado de la línea—. La pistola con la que se efectuó el disparo estaba allí mismo, al lado del muerto, y adivina de qué modelo y calibre es.

—¿Del mismo que la descrita por la mujer de Arturo Obleas?

—¡Bingo! Has acertado.

## Capítulo cinco

### Los recuerdos

Cuando Arturo recobró el sentido, apenas le quedaban ya fuerzas para continuar andando. Rasgó otro trozo de su camisa utilizando los dientes y vendó con él su mano herida. Le resultaba imposible caminar sin apoyarse en la rama y, a la vez, le resultaba imposible apoyarse en la rama con las lesiones, en carne viva, que tenía bajo la piel rugosa de las ampollas. Su situación era verdaderamente descorazonadora.

Esperó acostado en la tierra con el anhelo de que el dolor se aplacara. Comprobó que el golpe del ojo aún le impedía abrirlo totalmente, aunque por la pequeña rendija que existía entre los párpados verificó que su visión no estaba dañada. Cerró el ojo sano y, a oscuras, trató de neutralizar la angustia y abatimiento que lo embargaban. Entonces volvió a pensar en qué le había llevado hasta ese lugar. Aquellos malditos mensajes de texto y aceptar la proposición de Rodrigo habían sido el detonante de todo.

Arturo recordaba ahora con claridad porqué había acudido hasta ese paraje. «*Debemos vernos, a solas. Es importante. No me falles*». Ese era el mensaje que le había escrito Rodrigo la tarde anterior. Él no tuvo más remedio que aceptar la propuesta y, por eso, los dos se citaron en el robledal. Hacía meses que venían intercambiando mensajes, cada vez más largos y en un tono que no dejaba lugar a dudas acerca de los sentimientos que ambos se provocaban.

Antes de esa tarde, se habían visto una única vez y de manera fortuita, mucho antes de que la pesadilla comenzara a adueñarse de sus vidas.

El marido de Aurora se sentó sobre una enorme piedra cubierta de musgo y se dispuso a recordar la escena. Echó la cabeza hacia delante, apoyó los codos en sus rodillas y cerró con suavidad los ojos. Recordó cómo ocho meses antes, él y su mujer estaban haciendo la compra en un supermercado del barrio al que solían acudir habitualmente. Rodrigo los observaba desde el coche que había estacionado en el aparcamiento, pero esto ellos no lo sabían. Cuando Rodrigo se dispuso a entrar en la tienda, el matrimonio ya estaba saliendo al exterior. Caminaban en dirección a su vehículo cargando con las pesadas bolsas de la compra.



—¿Aurora? ¿Eres tú? —dijo Rodrigo.

—¡Madre mía! ¡Menuda sorpresa! —exclamó Aurora mientras dejaba las bolsas apoyadas en el suelo.

—¡Qué bueno verte! ¿Cuándo fue la última vez que coincidimos? Ya ni me acuerdo —habló él con la mano puesta en la barbilla.

—Creo que no nos habíamos visto desde nuestra graduación —rememoró ella—. Este es Arturo, mi marido —dijo de pronto.

—Un placer —correspondió Rodrigo con una serie de toquitos en el hombro—. Pero oye, no os entretengo, que vais cargados. Me alegra mucho haberte visto, Aurora. Espero que la próxima vez no se dilate tanto en el tiempo.

—A ver si organizamos una cena toda la cuadrilla y nos ponemos al día —propuso ella tras pensárselo durante unos segundos.

—¡Perfecto! Mira, apúntate mi número de teléfono, así me tienes localizado.

—Vaya, espera un momento. Me he dejado el móvil en casa.

Entonces Arturo recuerda cómo Aurora introdujo con total naturalidad la mano en el bolsillo delantero de su pantalón, sin esperar respuesta, ni autorización para ello. De allí sacó el móvil mientras él permanecía a su lado cargando con los kilos de fruta, verdura y cervezas que ambos habían comprado.

—Mira, mi teléfono es el cinco, nueve, siete, treinta y dos, quince, noventa y nueve —informó Rodrigo a la mujer para que esta introdujera su número en el terminal.

—Muy bien, ya te tenemos fichado, ja, ja, ja —rio Aurora.

—Toma, ahora marca el tuyo aquí y así lo guardo yo en mi agenda también, que no me fio de que me llaméis para la cena esa —dijo él con cierto resquemor en la voz, a la vez que le tendía el teléfono a Aurora para que teclease allí su número de contacto.

—No te preocupes, esta vez es seguro que estás invitado —afirmó ella mientras presionaba las teclas del terminal de Rodrigo—. Ahí lo tienes, en la A de Aurora, la primera de tu lista.

Tras sostener aquella breve conversación, los tres se despidieron con promesas de mantener el contacto. Sin embargo, los hombres no se habían vuelto a reencontrar hasta unos meses después, cuando ambos se citaron en el bosque.

Con los ojos aún cerrados, Arturo podía escuchar el eco de cada una de las palabras que se cruzaron durante aquel fatídico encuentro, y la actitud más que extraña de su mujer tras dejar atrás a Rodrigo.

Trató de bloquear estos recuerdos para poder concentrarse de nuevo en el sonido del agua. Comenzaba a oscurecer y cada vez le resultaba más difícil guiarse entre la espesura de los árboles. Recobró el aliento y, a duras penas, continuó el camino hacia lo alto del empinado sendero. A medida que iba subiendo, el murmullo del agua se tornaba más intenso. Se hallaba cerca, muy cerca. Podía percibir cómo la humedad que brotaba de la corriente iba inundando las células olfativas que permanecían activas en su pituitaria. El aire le regresaba impregnado de un olor característico, como el aroma que deja la lluvia al caer sobre la hierba recién segada.

Al llegar a lo más alto, todo su ánimo se tornó en decepción. Ante sus ojos aparecía una gran cascada, sí, pero esta se hallaba al otro lado de un barranco que asomaba peligrosamente a sus pies. Por un momento valoró la posibilidad de arrojarse al vacío y esperar que la corriente, que se adivinaba al fondo, lo acogiera en sus aguas como una madre que arrulla a un hijo entre los brazos. Desechó la idea de inmediato, la altura era enorme y la muerte segura. A pesar de todo, aún le quedaba una pizca de esperanza. Gracias a esa pequeña porción de fe, reunió el valor suficiente para continuar con la marcha.

El sol se estaba poniendo y en el cielo iban apareciendo espesas nubes que, como mujeres parturientas, deseaban romper aguas de forma inmediata. Los truenos así lo anunciaron y, sin necesidad de dilatar el útero, ni el tiempo, unos inmensos goterones comenzaron a inundarlo todo. Poco a poco la lluvia se volvió más intensa y los relámpagos iluminaron el terreno ejerciendo de espontáneos flashes que inmortalizaron ese momento en la retina de Arturo, para revelar una fotografía que, a todas luces, se presentaba poco halagüeña.

El hombre echaba en falta el agujero que la noche anterior le había servido de refugio. El cansancio le hacía imposible desandar los kilómetros recorridos durante el día y tampoco creía que fuera capaz de encontrar el camino de vuelta. A pesar de que había sido previsor y había ido clavando el bastón en la tierra con la perspectiva de crear a cada paso unas marcas que le indicaran la ruta de retorno al árbol, lo más seguro era que la tormenta, que estaba cayendo con fuerza, ya las hubiera borrado.

Juntó las dos manos, como haciendo una ofrenda a algún dios. En

estas circunstancias cualquier deidad le hubiera valido para reconfortar su azorado espíritu, pero aquel gesto nada tenía que ver con la paz de su alma, sino más bien con el empeño de calmar su sed de agua. Formó así una especie de cuenco de piel humana y recogió las gotas de lluvia que caían sobre sus dedos. Fue bebiendo con avidez los pequeños charcos que se formaban en la concavidad de sus manos, consciente de que tardaría mucho en volver a tener la ocasión de mojar sus labios de nuevo.

Se hallaba completamente empapado. Sabía que guarecerse de la tormenta bajo un árbol le ponía en peligro. No hacía mucho que había leído en una revista que esta era la peor opción para resguardarse de una tormenta eléctrica. Si un rayo lo alcanzaba, la persona que estuviera debajo de él podría morir aplastado por una rama o por el flujo de corriente eléctrica que atravesaría el tronco del mismo. Sin embargo, las opciones de Arturo para no mojarse eran mínimas, por no decir nulas. La realidad era que los árboles constituían los únicos elementos que le brindaban la posibilidad de cobijarse del aguacero.

El hombre era incapaz de parar de tiritar debido al principio de hipotermia que estaba sufriendo. Esto le hizo suponer que, allí mismo, iba a acabar exhalando el que sería su último suspiro. Sin poder hacer nada por remediarlo, sus razonamientos divagaron torpes, atenazados por las bajas temperaturas, y le llevaron a realizar un breve repaso de su existencia. Fue Aurora quien se coló allí, entre sus cavilaciones, para alzarse como única protagonista. Evocó el día en que la conoció, la insistencia de él para que fueran juntos al cine, las continuas negativas de ella que no lograban desalentarlo, sino más bien todo lo contrario. El reto de conquistarla poco a poco se fue convirtiendo en una especie de desafío. Mimaba cada detalle, cada encuentro, cada llamada, cada paso que daba, hasta que ella, casi sin darse cuenta, fue cayendo en la red que tan cuidadosamente él había tejido. Andaba explorando aquellos recuerdos cuando de improviso, y sin quererlo, la imagen de Rodrigo se volvió nítida: el encuentro en el supermercado, sus palmaditas en el hombro, los mensajes, la cita en el bosque, los insultos, la pelea, los golpes, la sangre y, de repente, la nada.

Cada vez le costaba más conservar los ojos abiertos, aunque era consciente de que dormirse no era una alternativa válida. Debía mantenerse despierto e intentar moverse para evitar que su sistema circulatorio se parase y dejara de funcionar. Mientras tanto, las nubes, ajenas al sufrimiento de

Arturo, seguían vaciando su cargamento de agua.

Su pulso era débil. Intentó ponerse en pie como pudo y, al alzar la mirada, entonces fue cuando lo vio. En lo alto de un peñasco, allí le aguardaba el zorro. Parecía el mismo que había estado la noche anterior observando la escena con los jabalíes. Se mostraba erguido en el montículo, con las orejas alerta. Aparentaba tener una especie de halo protector que lo recubría, como si su pelaje fuera capaz de repeler las gotas de lluvia que estaban anegándolo todo. Se le veía poderoso, ágil y fuerte. El animal dio media vuelta y, antes de ponerse en marcha, giró su cuello para mirar hacia el lugar en que se encontraba Arturo parado. Cuando el zorro comenzó a andar, y sin saber muy bien porqué, Arturo lo siguió hasta la boca de entrada de una cueva excavada en la roca. El hombre dudó de si debía adentrarse en ella. Finalmente, se introdujo en la oscuridad de la gruta y se dejó caer extenuado, temblando como consecuencia de la humedad que hacía que sus escasas ropas quedaran pegadas al cuerpo, como una segunda piel de hielo. Acurrucado en el suelo, de pronto sintió el alivio del aliento cálido que el animal se esforzaba por aplicar a su rostro. Allí mismo, junto al animal, tuvo la necesidad de despedirse de todo en voz alta antes de que la más absoluta penumbra envolviera su mundo con un celofán de color negro.

## Capítulo seis Rodrigo

La noticia de la aparición de un hombre muerto en mitad del bosque ya había aparecido en todos los medios digitales. La oficial García pensó que sería mejor comunicárselo a Aurora antes de que ella misma lo descubriera y se hiciera alguna idea equivocada. A fin de cuentas, la persona que habían encontrado no era su marido y, omitiendo el pequeño detalle de la pistola encontrada junto al cadáver, Susana aún podría hacerle albergar ilusiones de que el asunto no tuviera nada que ver con Arturo. Más adelante, cuando la investigación estuviera más avanzada, le irían dando la información a cuentagotas, para no cometer errores y evitar entorpecer cualquiera de las hipótesis que la policía estuviera barajando.

Antes de nada, Susana telefoneó al inspector Ponce para notificarle su decisión y que este aprobara la maniobra.

Raúl Ponce se caracterizaba por sus éxitos policiales. Se trataba de uno de los mejores investigadores de todo el país, pero también era conocido por todos su carácter severo y disciplinado. No le gustaban los oficiales y agentes que actuaban por su cuenta, con el único propósito de destacar o ganarse alguna medalla ante las altas instancias. Él siempre abogaba por el trabajo en grupo y por compartir los triunfos con el equipo. Cada uno de los compañeros era una pieza indispensable del engranaje para la resolución de cualquier caso. Su máxima era «*Caminando juntos, llegaremos todos, si lo hacemos solos, alguien quedará en el camino*». Por eso odiaba las individualidades, fueran por el motivo que fueran. Sin embargo, y a pesar de ello, su popularidad traspasaba fronteras y, contrariamente a sus deseos, su fama era reconocida a nivel individual y no de conjunto, tal y como a él le hubiera gustado.

—Jefe, he hablado con Robles y me ha puesto al corriente del caso — anuncia la oficial García a través de la línea telefónica.

—Sí, el asunto se va complicando. En el lugar de los hechos hemos encontrado dos casquillos de bala. Según indica la forense, el rigor mortis alcanza la mandíbula, los brazos y las piernas. Eso parece indicar que cuando le hemos encontrado llevaba ya entre ocho o diez horas muerto, claro que las

bajas temperaturas que estamos padeciendo estas noches hacen que el cuerpo se haya mantenido en buenas condiciones y puede que esto haya provocado algún error en el cálculo inicial. El cuerpo está en el Anatómico y pronto tendremos resultados más fiables —informa mientras se toma unos segundos de reflexión antes de continuar—. Los de la Científica han recogido muestras de la sangre que había en el suelo para compararlos con el ADN del hombre y cerciorarse de que no existen restos biológicos de alguna otra persona o animal. También le han tomado las huellas dactilares. Ya tenemos su nombre, se trata de Rodrigo Suárez Lemán.

—Vaya, pues sí que hay un montón de novedades —reflexiona Susana tratando de asimilar toda la información que acaba de recibir—. ¿Y dices que hay dos casquillos? ¿Hemos encontrado las dos balas? ¿Sabemos si son de la misma pistola?

—Como te digo, cuando la forense examine el cadáver más exhaustivamente tendremos datos más sólidos, pero en principio parece que solo una de las balas está alojada en la cabeza del finado. La otra bala aún no hemos logrado encontrarla. Uno y otro casquillo fueron encontrados a unos cuantos metros de distancia entre sí. Tengo a todos nuestros hombres peinando el bosque en busca de cualquier pista que nos pueda ayudar a resolver este caso.

—De acuerdo. En el departamento seguimos sin tener noticias ni localizar a Arturo Obleas. Los del G.H.D. ya han llegado; están reunidos con el comisario Méndez. Parece que van a investigar las señales telefónicas y han pedido una orden para requisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de la zona. En un principio hemos localizado todas las cámaras de tráfico, comercios y bancos que están en el cuadrante desde la casa de Arturo Obleas hasta el camino donde ha aparecido el cuerpo, por si los dos casos pudieran estar relacionados, ya que ha aparecido sobre el terreno una pistola con las mismas características que la que, al parecer, pertenecía a Obleas y, además, este parece que se había citado con alguien. Tal vez ese alguien fuera el tal Rodrigo Suárez.

—Muy bien, Susana, infórmame de cualquier cosa que te llame la atención, aunque sea insignificante. Océpate de ampliar la búsqueda a las grabaciones que puedan existir desde el domicilio de Rodrigo Suárez hasta el bosque, a ver si localizamos el vehículo en el que fue y averiguamos si iba solo. Ahora llamaré al comisario para ponerle al corriente.

—Una cosa más, jefe —dice Susana antes de que se le olvide el verdadero motivo por el que ha realizado la llamada.

—Dime. Te escucho.

—Creo que es el momento de comunicar a Aurora el asesinato de Rodrigo Suárez. La mujer aún permanece en dependencias policiales, más pronto o más tarde, se va a enterar de la noticia. Puede que saque conclusiones precipitadas y crea que todo esto tiene que ver con su marido. Si la prensa se entera y empieza a publicar que hay un muerto y un sospechoso de asesinato suelto por ahí, o se inventan que son dos los muertos y empezamos a hablar de asesinatos en serie y esas historias... Ya sabes cómo es la prensa, la opinión pública se nos va a echar encima y todavía estamos a ciegas con este asunto.

—Tienes razón, Susana. Entonces, ¿qué propones? —inquire el inspector Ponce a sabiendas de que Susana ya tiene calculado el siguiente paso a dar.

—Pues creo que lo mejor es que se lo cuente yo antes de que se entere por las redes sociales o cualquier familiar o amigo cercano, pero se lo diré como un hecho aislado, sin mencionarle para nada que la pistola de Arturo ha aparecido junto al cadáver. Después le diré a López que la acompañe a casa y que se quede haciendo guardia en los alrededores si es necesario.

—¿Crees que eso será suficiente para contener su nerviosismo y que no hable con la prensa y se disparen los rumores?

—Haré todo lo posible porque confíe en nosotros y nos deje actuar. Le contaré que los del G.H.D. ya están investigando el teléfono de Arturo y que tenemos efectivos ocupados en su búsqueda. Pero le haré ver que lo mejor es que se vaya a casa y esté tranquila, le diré que lo más sensato es que espere allí por si Arturo vuelve o se pone en contacto con ella. Yo estaré atenta a sus movimientos y me comunicaré constantemente con la mujer para tenerla controlada. Tú no te preocupes por nada —asegura la oficial García a su superior, convencida de sus palabras.

—Está bien. Pero te quiero *full time* investigando a Rodrigo Suárez y a Arturo Obleas. Necesito saber cuál era el hilo de conexión entre ellos dos. Así que deshazte lo antes posible de la esposa y que se encargue López de ella.

—Ahora mismo, jefe.

Susana se dirige hacia Aurora con el semblante serio. No quiere

asustar a la mujer, pero sí quiere darle el tinte justo de gravedad al hallazgo de un hombre muerto en extrañas circunstancias, para no generar desconfianza.

—Aurora, me han notificado que ya tenemos a un equipo especializado en desapariciones al frente de la búsqueda de tu marido. Ya verás como muy pronto obtenemos resultados. Te iremos informando de cualquier nuevo descubrimiento que hagamos —la oficial hace un alto en su explicación para ver el efecto que causan sus palabras—. Ahora es mejor que te vayas a casa, se ha hecho tarde y llevamos horas en comisaría. López te acompañará.

—Pero yo prefiero quedarme aquí y seguir los pasos que deis desde primera línea. No puedo estar sentada en el sofá del salón, con los brazos cruzados, sin hacer nada, me comen los nervios y la incertidumbre —se queja la mujer poniéndose de pie frente a la oficial de policía.

—Verás, nosotros tenemos que ocuparnos de otro caso. Esto que te voy a decir es absolutamente confidencial, pero en deferencia a ti te adelanto que un pastor ha encontrado el cuerpo de un hombre muerto en el bosque.

—¿Cómo? ¿Muerto? —chilla la mujer antes de que la oficial García pueda terminar su explicación—. ¡Es Arturo! —clama la mujer fuera de control.

—Aurora, por favor. Baja la voz y relájate. Hemos comprobado la identidad del hombre y no es Arturo, puedes estar tranquila. Ya hemos avisado a sus familiares y no tiene nada que ver con vosotros —la engaña Susana al sentir que la situación se le está yendo de las manos—. Escucha, López te va a llevar ahora hasta casa y yo estaré en contacto permanente contigo, ¿de acuerdo? Puede que Arturo haya vuelto ya a vuestra vivienda o que esté tratando de localizarte. Es mejor que estés allí por si hay cualquier novedad. Los del Grupo de Homicidios y Desaparecidos se pasarán por tu domicilio para continuar recabando datos. Te prometo que vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para encontrar a Arturo lo antes posible y, antes de que te des cuenta, lo tendrás de vuelta en casa. Ahora vete y trata de descansar un poco, debes de estar agotada.

—¿Me lo prometes? —es toda la pregunta que Aurora es capaz de formular.

—Tienes mi palabra —afirma Susana antes de indicar al agente López que lleve en el coche patrulla a Aurora hasta su vivienda y que esté pendiente



de cualquier cosa que ella necesite.

El zeta rueda silencioso por la avenida. Lleva la sirena y las luces policiales apagadas para no llamar la atención. Sin embargo, la noticia de la muerte violenta de Rodrigo ya es *vox populi* y la gente anda por las calles revuelta, por ello, cualquier coche policial es escrutado sin disimulo para saber si en la parte trasera pudiera ir algún sospechoso del asesinato.

Al volante, López se plantea si no hubiera sido mejor coger uno de los vehículos de camuflaje. Eso les hubiera permitido circular por la ciudad más libremente.

De hecho, en cuanto Aurora se baja del vehículo policial, las cortinas y persianas de todo el vecindario comienzan a moverse como lo hace una compañía de ballet, con un ritmo acompasado: ahora una, después la otra, una cierra, la otra abre, dos ojos miran, una boca susurra, un dedo señala y cinco silencian un suspiro, algunos se acomodan las gafas, los más incrédulos van a buscar sus prismáticos, en el parque se detienen los juegos y los padres agarran de la mano a sus hijos. La ciudad se paraliza para dejar paso a esa mujer rubia de mirada felina y al policía que le abre la puerta del vehículo como a una estrella de cine, más que como a una posible sospechosa.

El afán por escudriñar a través de las rendijas las vidas ajenas se acrecienta al ver a Aurora en compañía de un agente uniformado que no solo la escolta hasta el portal, sino que se adentra en el edificio y monta con ella en el ascensor.

Las habladurías y especulaciones ya se han disparado. Poco tiempo tardará alguno de los habitantes del edificio en subir, o bajar, dependiendo de la altura en la que se encuentre su piso, a casa de Aurora. Una llamada al timbre, una mirada inquisidora y un cuello flexible que mira hacia el interior de la vivienda para averiguar si el agente de policía aún sigue dentro. Del otro lado, un forzado gracias por preocuparte, todo está bien y un portazo en las narices. Después, llamadas en las otras puertas con los pies en puntillas para no hacer mucho ruido, siseos en la escalera y puertas que se cierran por dentro dando dos o, si es menester, tres vueltas a la llave. Mejor prevenir que lamentar, dicen levantando las cejas.

## Capítulo siete

### La autopsia

El cuerpo de Rodrigo yace sobre la mesa metálica de la morgue, con los ojos abiertos y en posición de decúbito supino.

La doctora Paula Mazas está realizando la necropsia. Para ello recoge muestras del tejido humano que ha quedado adherido bajo las uñas de la víctima. Reúne asimismo datos de las lesiones que se ven a primera vista, como varios hematomas en el tórax y la región lumbar. También se aprecia una herida abierta en la ceja derecha que originó un gran sangrado y que, muy posiblemente, fue originada por el fuerte impacto de un puño, tal y como se desprende de las marcas halladas en la piel del fallecido.

En la región craneal y, de manera más concreta en la zona parietal izquierda, se distingue un orificio de bala. Para establecer la localización exacta del proyectil, la doctora Mazas procede a realizar un estudio radiológico del cráneo. En las imágenes se aprecia la existencia de un cuerpo extraño que posteriormente extraerá para que sea examinado por los compañeros de balística.

Una vez analizados todos los datos externos, Paula prepara el material de disección y se dispone a abrir el abdomen de Rodrigo con objeto de realizar la autopsia. Esto le ayudará a establecer la hora de la muerte, a descubrir si el hombre había ingerido algún alimento antes del deceso, a saber si padecía alguna enfermedad, o a hallar cualquier otro dato que pudiera resultar relevante para la investigación que se está llevando a cabo en la comisaría del inspector Raúl Ponce.

A Paula siempre le había entusiasmado la medicina forense. Tras aprobar el examen M.I.R., la joven anunció a su familia y amigos qué especialidad había decidido estudiar. Al enterarse, todos ellos estuvieron de acuerdo en que era una auténtica locura, ninguno comprendía esa pasión que mostraba Paula por diseccionar cuerpos y andar entre sangre y vísceras. Sin embargo, ella se enorgullecía de su profesión, argumentaba que era como resolver jeroglíficos y que, gracias a las pruebas que obtenía de los análisis de los cuerpos, se resolvían asesinatos o incluso se podían llegar a descubrir remedios para enfermedades que de otra manera resultarían incurables. A

veces, en tono de chanza, replicaba a los que la tachaban de chiflada explicándoles que esa era la mejor rama de la medicina, pues a ella nunca se le moriría un paciente.

Paula estaba a punto de hacer una incisión al cadáver cuando el teléfono móvil sonó desde el interior del bolsillo de la bata impermeable que llevaba puesta. Tras apartarse de la mesa de trabajo y desprenderse de los guantes de corte, respondió a la llamada.

—Hola, Raúl. ¿Aún estás en la oficina?

—Hola, Paula. Sí, estamos revisando las imágenes de las cámaras por si localizamos el vehículo en el que se desplazó Rodrigo Suárez hasta las proximidades de la pista forestal. Y también estamos tratando de encontrar a algún familiar, pero hasta ahora la búsqueda ha sido infructuosa, parece que el pobre diablo estaba solo en este mundo.

—Vaya, no son muy buenas noticias. Pues te diré que yo me encontraba a punto de comenzar con la autopsia. Me has pillado cuchillo en mano. El estudio me llevará casi toda la noche.

—Uf, esa imagen no me resulta muy sexy —resopla Ponce al imaginarse a Paula pertrechada con la ropa y los utensilios adecuados para efectuar la autopsia—. Entonces, todavía es pronto para tener algún hilo del que tirar, ¿no? —pregunta a sabiendas de que seguramente Paula ya barajaba alguna idea sobre la posible causa de la muerte.

—En efecto, Raúl, aún es pronto —replica ella en tono de regañina—. Pero ya sé que me vas a tirar de la lengua hasta que te cuente algo. Así que te voy a ahorrar el trabajo de gastar saliva y así también me ahorro yo el cabreo.

—Esa es mi chica —contesta jocoso.

—A ver, si no encuentro nada raro, la causa de la muerte, con toda probabilidad, es el proyectil que tiene alojado en el cerebro. Diría que fue disparado con un arma corta, de pequeño calibre, como la encontrada junto al fallecido, y tanto las quemaduras como los granos y restos de pólvora hallados indican que el disparo no se efectuó con el cañón apoyado directamente sobre la epidermis, lo que en medicina forense llamamos a boca tocante, sino que se ejecutó a escasos milímetros de la cabeza. Además, se aprecia una trayectoria extraña si analizamos el ángulo de torsión de la muñeca al efectuar el disparo.

—¿Qué quieres decir con eso? —se interesa Ponce.

—Pues que muy probablemente o alguien le ayudó a apretar el gatillo

o le obligaron a hacerlo y por eso resultó un tiro algo forzado.

—Muy interesante. ¿Y no pudo hacer el disparo otra persona? ¿Alguien que se encontrara a escasos centímetros de él? —pregunta el inspector.

—Hay restos de pólvora en su mano izquierda. Eso nos hace suponer dos cosas, la primera que fue él mismo quien realizó el disparo y, la segunda, que era zurdo. Luego también tenemos la evidencia de que el arma apareció a pocos centímetros del cuerpo, casi en la mano, una distancia impropia de alguien que al desvanecerse suelta la pistola dejándola caer desde una cierta altura. Más parece que cuando efectuó el disparo, el hombre ya estaba en el suelo.

—Pero había dos casquillos, puede que él solo efectuara el primer tiro, de ahí la pólvora en su mano, y que fuera otra persona quien disparara la segunda bala, o viceversa —reflexiona el hombre.

—Eso ya te lo dejo a ti. Que para eso eres el policía, ¿o quieres que te lo ponga todo en bandeja? —bromea ella.

—Está bien, está bien, doctora, veo que tendré que emplearme a fondo para que luego no me restriegues por las narices que eres tú quien hace todo el trabajo —le responde él divertido con la situación.

—Por cierto, ¿hay alguna novedad sobre el otro hombre? ¿El dueño del arma?

—No, sigue desaparecido y sin dar señales de vida. Lo que sí hemos encontrado son dos vehículos en las inmediaciones del bosque. Al parecer uno corresponde a Rodrigo Suárez y el otro es la furgoneta de trabajo de Arturo Obleas. Eso nos hace pensar que los dos hombres se encontraron allí, o al menos que habían quedado en aquel lugar. Los de la Científica están revisando los automóviles. Hemos puesto controles policiales en las carreteras, por si hubiera huido en otro coche y hemos mandado personal especializado en rastreo para continuar la búsqueda en el bosque, por si el presunto asesino aún estuviera internado en el robledal, quién sabe, tal vez herido, o escondido.

—Bueno, veo que tú también tienes mucho trabajo por delante y que la noche va a ser larga para ambos —asevera la mujer.

—Sí, eso parece.

—Entonces te dejo, que tengo un cadáver esperando.

Paula vuelve a colocarse los guantes de corte y agarra un cuchillo de

grandes dimensiones para realizar un tajo que va desde el esternón hasta el pubis de Rodrigo. La incisión deja al aire las costillas y los intestinos. La doctora continúa con su labor y secciona las costillas para explorar los pulmones. Tras comprobar el buen estado de estos, Paula extrae y mide los restos de sangre hallados en la cavidad abdominal. Según puede certificar, hay una rotura del bazo que ha resultado dañado a consecuencia de una fuerte percusión en la zona lumbar. Por las señales que presenta el cuerpo parece que para ello se haya utilizado un objeto largo, cilíndrico, de superficie irregular y bastante grueso, tal vez pudiera tratarse de una rama de grandes dimensiones. Paula prosigue con el examen forense e inspecciona los riñones, la vesícula, el hígado y el contenido del estómago, para continuar después con el protocolo habitual examinando el resto del cuerpo hasta seccionar el cráneo y extraer de allí el proyectil.

A medida que la doctora va realizando la exploración, la mujer dicta en voz alta todos los detalles a su ayudante, quien permanece en silencio en la sala mientras toma fiel nota de cada palabra. Al terminar el trabajo y, tras devolver todos los órganos al interior del cuerpo, Paula deja a su asistente que suture la incisión, ella se encuentra demasiado cansada y necesita tomarse un respiro.

A pesar de lo intempestivo de la hora, la forense aún espera tener algo de tiempo para pasarse por casa, tomar una ducha rápida, regresar a la oficina y acabar el informe para poder entregarlo esa misma mañana. Al menos un informe preliminar. Al día siguiente seguiría con la inspección del cadáver y con la rutina del formulismo administrativo. Ahora se le superponían las letras si intentaba leer o escribir algo y, como si todo el formol del laboratorio se hubiera liberado de repente, notaba irritación en los ojos, piel, nariz y garganta. Estaba claro que necesitaba descansar. Tras efectuar el ritual de desinfección y despedirse de su ayudante, Paula conduce hacia casa manteniendo a duras penas la concentración en la carretera.

## Capítulo ocho

### La noche

Mientras Rodrigo es abierto en canal en la sala de autopsias, Aurora da vueltas en la cama de matrimonio que ahora le resulta demasiado grande para ella sola. Las sábanas se le enredan entre las piernas formando una especie de bola de tela que la mantiene tan presa como lo hacen sus propias preocupaciones.

Es la segunda noche que Arturo pasa fuera de casa. Aurora lo imagina malherido en alguna cuneta, pidiendo auxilio sin que nadie le oiga y, aunque esa imagen que ella dibuja en su mente no dista mucho de la verdad, todavía se queda corta con lo que en realidad Arturo está padeciendo. La mujer no se puede hacer una idea, ni de lejos, de la auténtica desesperación por la que atraviesa su marido en la soledad de una gruta oscura y húmeda, con el cuerpo lleno de heridas, alguna de ellas con aspecto de estar infectada y sin nada a la vista para beber o poder comer.

Aurora se levanta de la cama y, con los pies descalzos, recorre el pasillo que le lleva hasta la cocina. Al notar el contacto de sus pies desnudos con las baldosas, siente una especie de espasmo. Enciende una luz y, al otro lado de la ventana, le parece ver una silueta que se esconde entre las sombras. Mira rápidamente a través del cristal por si fuera Arturo que estuviera tratando de acceder al edificio, pero al descorrer la cortina y asomarse al exterior, solo aprecia un coche patrulla apostado al otro lado de la acera.

Probablemente se trata de López que hace guardia en las proximidades de la vivienda, aunque, por la postura que ha adoptado el agente en el interior del vehículo, a Aurora le da la impresión de que se encuentra dormido. Se siente tentada de hacer algo de café y bajar un termo al policía, pero de inmediato recuerda sus problemas de relación con los hombres y, más aún si cabe, con todos aquellos que le brindan cierta protección.

Tal y como le había explicado su psicoterapeuta, no podía enamorarse de todo aquel que le sugiriese una figura paternal. Estaba más que demostrado que esa carencia afectiva solo causaba sufrimiento a los que estaban a su alrededor y, lo que era aún más doloroso, a ella misma.

Decide dejar a un lado estas reflexiones y hacerse una tila que le calme los nervios. Cuando el agua ha comenzado a hervir, suena el timbre de la puerta de entrada. Aurora pega un respingo y se le acelera el corazón. El agua, que bulle en el cazo, se ha rebotado provocando que unas pequeñas burbujas bailen encima de la placa de vitro-cerámica encendida. Gira el mando hasta apagar el fogón y retira el recipiente del calor. Aún con los pies descalzos, se asoma a la mirilla para ver quién ha llamado. Al otro lado distingue una figura más alargada de lo normal, un efecto óptico provocado por la convexidad de la lente. A pesar de ello, alcanza a ver con claridad el uniforme de policía que a López le sienta tan bien. A diferencia que al resto de sus compañeros, a él le queda como un traje hecho a medida.

La mujer abre la puerta y, en efecto, allí se encuentra el agente vestido con su ropa reglamentaria. De su cinturón cuelgan los grilletos y la pistola, elementos que le dan un aspecto muy sensual y que a Aurora le hacen estremecerse. López es ciertamente un tipo muy atractivo.

—Buenas noches, Aurora. Disculpa que te moleste a estas horas de la madrugada, pero he visto luz y he pensado que tal vez no te encontrabas bien —aduce el policía aún en el rellano de la escalera.

—Ho... hola —balbucea la mujer.

—¿Está todo en orden? ¿No se habrá puesto alguien en contacto contigo?

—No, por supuesto que no. Si hubiera tenido cualquier novedad respecto a Arturo hubiera avisado a la oficial García, tal y como ella me indicó.

—Entonces solo es una mala noche, ¿no? —pregunta el agente exhibiendo la mejor de sus sonrisas.

—Sí, la ausencia de Arturo se me está haciendo muy dura. Y lo peor de todo es la incertidumbre. El no saber.

—Es normal —la tranquiliza el hombre.

—¿Quieres pasar a tomar algo? Estaba preparando una infusión y fuera hace frío —dice la mujer invitando al agente a traspasar el umbral de la puerta.

—Pues si te soy sincero, no me vendría nada mal una taza de café. Si no es molestia —acepta él de buen grado.

—No, para nada. Si vas a estar ahí fuera protegiéndome, prefiero que estés bien despierto.

López se adentra en el interior de la vivienda. Aunque es la segunda vez que visita la casa, su curiosidad de policía hace que se fije en más detalles que durante la primera ocasión. La verdad era que unas horas antes él estaba más pendiente de apaciguar a Aurora que de inspeccionar el salón o las fotografías que se encontraban expuestas en el aparador.

En la academia les habían enseñado que los retratos que existen en una casa aportan datos significativos sobre la personalidad de los habitantes y de sus circunstancias contextuales. Hasta se puede distinguir, de manera subjetiva, el estilo de vida o aficiones del dueño de la vivienda con tan solo fijarse en qué lugar están sacadas las instantáneas, la disposición de las mismas en la estancia, los integrantes, la cantidad de ellas, así como el mobiliario que utiliza, los colores aplicados a las paredes, etc. El hogar de las personas es una fuente inagotable de datos a explorar que, en determinados procesos policiales, o en psicología, arrojan mucha información acerca de la persona que se está investigando o tratando.

En el caso de Aurora, la decoración era minimalista. Los muebles, casi todos en tonos claros, eran de líneas rectas, ni una sola curva se apreciaba en toda la casa, incluso el inodoro y el lavabo eran rectangulares; tal vez esto indicara un rechazo hacia formas más femeninas. Las paredes, de colores neutros, estaban desprovistas de adornos. Ni siquiera una alfombra adornaba el parqué de madera con el que estaba recubierto el piso. Las estanterías sujetaban algunos libros, pero en su mayoría estaban vacías. A simple vista, bien pudiera parecer que aquel no era considerado un auténtico hogar, o al menos no un domicilio definitivo. Aunque esos indicios también podrían señalar que los individuos que habitan la casa lo hacían en régimen de alquiler y, por lo tanto, nunca adoptarían la querencia por el espacio en el que conviven de igual manera que lo haría el propietario. Pero si, por contra, quien está residiendo allí es el dueño, es muy posible que o bien se trate de una persona desarraigada, con evidentes y notables desafectos, o con pocas perspectivas de permanecer largo tiempo en el mismo lugar, lo que haría presuponer que los moradores son de naturaleza voluble y algo inmaduros.

López se fijó en la gran cantidad de marcos de fotos que se hallaban encerrados en una enorme vitrina que presidía la sala. Esa era la única pieza que destacaba sobre los escasos enseres que había en la habitación.

En la mayor parte de los retratos aparecía un hombre rubio, bien parecido, de complexión fuerte y que jugaba con dos niños de corta edad, un



chico y una chica. En todas las imágenes los tres aparecían sonrientes. En varias de ellas, los pequeños parecían contar con una corta edad, en otra se mostraba a uno de ellos soplando las velas de su quinto cumpleaños mientras su hermana aplaudía radiante, en muchas se les podía ver en la piscina aprendiendo a nadar, o en la comunión, que al parecer celebraron de forma conjunta ambos hermanos, y así se podía contemplar una interminable muestra biográfica hasta llegar a la edad de doce o trece años. Los muchachos se llevarían poco más de un año entre ellos, casi parecían gemelos, pensó López. Al otro lado de la vitrina se exhibían otro estilo de fotos, estas reflejaban a un matrimonio con su único hijo, se mostraban también los momentos de la graduación del muchacho o de ellos tres juntos, de vacaciones, en diferentes países y décadas. López dedujo que esa parte correspondía a la familia de Arturo y que las anteriores eran las que pertenecían a Aurora.

El policía andaba sumido en estas meditaciones cuando la mujer se acercó sosteniendo con las dos manos una bandeja en la que transportaba el azucarero, una lechera de cerámica en tonos azules y dos tazas a juego, una de ellas contenía la tila de Aurora y la otra un café para él.

—¿Quieres el café solo o con leche? —pregunta solícita.

—Con unas gotas de leche, por favor.

—¿Azúcar?

—Solo una cucharada, gracias, muy amable —responde el hombre haciendo gala de una refinada educación.

—Y, dime, agente López, ¿por qué estás apostado en mi casa durante toda la noche? ¿La policía cree que estoy en peligro? ¿O es que tal vez la oficial García cree que soy peligrosa? —dice ella como si le divirtiera la situación, aunque las ojeras y el rastro que habían dejado las horas de insomnio delataban el verdadero estado de ansiedad que arrastraba la mujer.

—No, Aurora. No pienses ninguna de las dos cosas. Solo queremos que te encuentres bien y que si hay noticias de Arturo seas la primera en saberlo —contesta López poniendo su mano sobre la de ella.

—Tú no dejarías que me pasara nada malo, ¿verdad? —dice Aurora más como un ruego que como una simple pregunta.

—Claro que no, para eso estamos la policía. Nosotros trabajamos al servicio del ciudadano y velamos por su bienestar —afirma el agente—. No dejaremos que os pase nada malo ni a ti, ni a Arturo.

—Muchas gracias —agradece la mujer antes de dar un sorbo a su infusión.

—Conmigo aquí, estarás segura, puedes estar tranquila —afirma el agente mientras sopla sobre la humeante taza de café que le acaba de servir Aurora.

## Capítulo nueve

### La gruta y el zorro

Reina la noche en el bosque y casi ninguno de los animales descansa. Prácticamente todos se encuentran alerta, pendientes de no caer en las fauces de depredadores y aves carroñeras.

En la cueva, los zorros tampoco duermen. Observan el cuerpo de Arturo, inerte, en el suelo. Uno de ellos, el que se encuentra recostado a su lado, se esfuerza en lamerle con cuidado las heridas. La aplicación de la lengua sobre los cortes favorece la cicatrización de las lesiones de una manera casi milagrosa. Además, esta acción tiene un efecto analgésico que, de forma sorprendente, consigue mitigar la sensación de dolor. Al mismo tiempo, otros dos zorros se van turnando para colocarse sobre el pecho del hombre. Su instinto salvaje y su inteligencia animal hacen que, a lo largo de toda la noche, luchan por traspasarle el calor necesario y lograr así su supervivencia.

Tras largas horas de semiinconsciencia, los rayos solares asoman tímidamente entre las copas de los árboles, sin embargo, en el interior de la cueva, aún parece noche cerrada.

Por fin Arturo había recobrado el conocimiento, aunque todavía se hallaba algo desorientado y, por lo que podía intuir al intentar emitir alguna palabra, sufría cierta dificultad en el habla. Afortunadamente, su sistema circulatorio volvía a bombear sangre con relativa normalidad. Las pulsaciones también habían aumentado, junto a su ritmo cardíaco, con el objetivo de generar el calor y la energía suficientes para lograr su recuperación. Gracias a ello, poco a poco consiguió mover sus entumecidas manos, primero las falanges de los dedos, después las muñecas y, una tras otra, las demás articulaciones.

No alcanzaba a saber cómo había podido sobrevivir a las inclemencias del tiempo y menos aún cómo había logrado superar su más que debilitado estado de salud. Recordaba a la perfección la tromba de agua caída, los truenos, los relámpagos que partían el cielo y las riadas que se formaron en las veredas como torrentes sanguíneos de fango y lodo.

Buceando en sus recuerdos le pareció rescatar de su subconsciente la figura de un zorro guiándole hasta la cueva, no obstante y aunque la penumbra apenas le dejaba ver el interior, constató que en ese lugar no había nadie más que él mismo.

Salió de allí como pudo, gateando con la pierna herida estirada. El tenue calor del sol reconfortó sus huesos y enseguida se sintió algo más recuperado. Observó con sorpresa que algunas de las heridas que el día anterior aún permanecían abiertas, no solo se habían cerrado, sino que presentaban un aspecto mucho más saludable.

Intentó pensar en positivo, si había logrado sobreponerse a tal cantidad de infortunios, eso debía de significar algo, tal vez que el rescate estaba ya próximo. Solo tenía que aguantar un poco más y lo lograría. Pero la realidad era que las fuerzas le flaqueaban más de lo que él hubiera deseado. Aquel era el tercer día que pasaba en esa zona boscosa y en algún lugar, no muy lejos de allí, la esperanza le había dejado desamparado.

Se preguntó si Aurora habría denunciado su desaparición. Quizá debería de haberle contado sus intenciones antes de alejarse de casa, e informarle de que iba a encontrarse con Rodrigo.

Sentado sobre un tronco y permitiendo que la solana le calentara el rostro, Arturo hizo memoria. El último día que vio a su mujer se sentía realmente enfadado, como nunca lo había estado antes. Los mensajes enviados por Rodrigo habían rebasado todos los límites permitidos, era un acosador y Arturo no estaba dispuesto a seguir tolerando ni un día más las vejaciones de ese malnacido.

Maldijo con todas sus ganas el día que Aurora se lo topó en el supermercado. Arturo no podía imaginar que después de aquel encuentro, alguien como él, que siempre había sido pacífico hasta la médula, llegaría a desearle a otro individuo la muerte. Cientos de veces, ofuscado por el desespero que le confería la situación, había ideado distintas fórmulas de aniquilar a aquel desecho de la sociedad como a una vulgar cucaracha, pues eso es lo que era, pura escoria. Lo odiaba por lo que le había hecho pasar a Aurora y más aún lo odiaba por haber provocado en él aquellos sucios sentimientos.

Cuando se citaron en el bosque, poco podía sospechar Arturo que, para Rodrigo, todo se trataba de un maquiavélico juego.

Mediante un sinfín de mensajes, ese desalmado le fue indicando un

itinerario que le llevaba a adentrarse cada vez más y más en el robledal. A pesar de que Arturo no era un hombre acostumbrado a orientarse fuera de la ciudad, no sintió temor, solo ansiaba verse frente a frente con ese monstruo que les estaba destrozando la vida y poder acabar con esta pesadilla de una vez para siempre.

Al cabo de más de media hora de caminar entre árboles, Arturo se encontraba totalmente perdido. En el lado opuesto, Rodrigo, hombre experto en rutas, continuaba enviándole mensajes, divirtiéndose a costa de la poca destreza de la que Arturo hacía gala y el mal trago que estaba pasando. A medida que transcurrían los minutos la ira de Arturo iba en aumento, transformándose en una furia desatada, muy difícil de dominar. Cuando Rodrigo decidió que ya era suficiente y tuvo a bien detener el juego, los dos hombres, que se hallaban ya muy alejados de la civilización, al fin lograron reunirse. Nada más verlo, Arturo perdió los estribos; se abalanzó sobre Rodrigo con los ojos inyectados en sangre. Le agarró por las solapas con más fuerza de la que él recordaba tenía y le puso la cara a pocos centímetros de la suya. Notó el aliento de Rodrigo que desprendía inconfundibles efluvios de alcohol. Sentía náuseas y cerca estuvo de no poder evitar el vómito; el olor que emanaba, su rostro, sus aires de superioridad, todo en él le provocaba verdadero asco.

—¡Déjanos en paz! —gritó Arturo fuera de sí.

—¿Y si no? —se mofó el otro con un gesto de desprecio absoluto.

—Si no, ¡acabaré contigo! —respondió Arturo con voz temblorosa.

—Ja, ja, ja. ¿Quién, tú? ¿Y cómo lo vas a hacer? Recuerda que soy yo quien tiene las pruebas sobre tus escarceos con las drogas. Que, por cierto, ni para eso sirves. Para estar en este negocio, muchacho, hay que estar a la altura, no se puede ser un pusilánime cobarde como tú.

—¡Cállate! —bramó el hombre desesperado.

—Tranquilo, Arturito, tranquilo. ¿Es eso lo que le dices a Aurora? ¿Le dices que se calle cuando estáis en la cama? ¿Es por eso que prefiere estar conmigo? ¿Porque yo le dejo que gima de placer y lo hace? Y vamos que sí lo hace, disfruta como una ramera.

—¡Te voy a matar! —exclamó al borde del llanto.

—Vamos, por favor, esto ya es demasiado para mí —admitió Rodrigo dejando los ojos en blanco—, pero si estás llorando, ja, ja, ja. Eres realmente patético —se burló con menosprecio.

Tras esas palabras, Arturo le sostuvo la mirada. Sentía un rencor profundo, casi infinito, hacia ese camello sin escrúpulos. Primero fueron los mensajes poniéndole el caramelo en la boca, un trabajo sencillo, transportar unas bolsitas, un dinero rápido y fácil. Antes de eso, solo tuvo que encandilar a Aurora, una presa muy cómoda, con problemas afectivos graves, algo que él ya sabía.

—Te vas a arrepentir de cada una de tus palabras, ¿me oyes? Y de todos tus actos, ¡te lo juro! —le escupió Arturo a la vez que soltaba las solapas del abrigo que aún tenía aferradas con sus puños, blancos por la presión ejercida.

—¿De veras? Chico, pues a mí Aurora me dice que le gusta lo que le digo y cómo se lo digo —explicó mientras se recolocaba la ropa—. Y mucho más le gusta lo que le hago, dice que nunca antes nadie se lo había hecho igual.

—¡Eres un sádico! Solo sabes hacer daño —le recriminó Arturo.

—¿Tú crees? Pues cuando trato de dejar a tu mujer, entonces es ella la que llora y me suplica que vuelva a su lado —respondió Rodrigo con desdén, sabedor de que sus palabras infligían mucho daño, a pesar de no ser ciertas—. Supongo que ya sabes que tu chica es una cualquiera, una mujer de esas que se van con el primero que les baila el agua, igual que hizo contigo. Deberías haberla cuidado más, Arturito, y tendrías que haberla atado en corto en vez de llevarla a tanto psicólogo, los comecocos no sirven para nada, solo para volverte loco de verdad.

—¡Qué sabrás tú de cuidar a nadie! Te teníamos que haber denunciado. Pienso hacerlo, tus amenazas ya no me asustan.

—Chssss, Arturo, vaaaamos, no te excites. Yo le estoy dando a tu mujercita todo lo que tú has sido incapaz de aportarle durante estos años de aburrido y tedioso matrimonio —adujo Rodrigo mientras caminaba alrededor de Arturo, quien permanecía de pie, sin moverse ni un solo centímetro.

—Eres un ser despreciable. Estás enfermo —contestó apretando los dientes.

—Oh, vaya, pobrecito, ¿no me digas que vas a volver a lloriquear? —dijo Rodrigo chasqueando la lengua—. Verás, te voy a hacer un favor. Te diré lo que le hace falta a Aurora. Ella lo que necesita es un tío fuerte, un adulto que sepa cómo tratarla, que la mantenga en su sitio, a raya, que le enseñe lo que está bien y lo que está mal, que le lleve hasta el clímax del

placer, aunque para ello, a veces, se rebasen ciertos límites y se utilicen ciertas sustancias —explicó como si fuera un maestro que está impartiendo un máster a uno de sus aprendices.

Arturo, presa de la ira, introdujo su mano en el bolsillo para palpar el arma. Sintió el frío acero bajo sus dedos. Acarició el gatillo y se detuvo unos instantes antes de considerar si sería capaz de disparar un tiro, entre ceja y ceja, a aquel ser depravado.

Fue entonces, tras unos instantes de silencio, cuando Rodrigo notó que Arturo rebuscaba algo en uno de los bolsillos. Sin imaginar siquiera qué era lo que manipulaba, continuó burlándose de él.

—¿Qué buscas? ¿Un pañuelo dónde depositar tus lágrimas, nenaza? —dijo para terminar la frase explotando en una gran risotada.

La reacción inmediata que provocó esa carcajada fue que Arturo sacase el arma y apuntase directamente al pecho de Rodrigo, quien no pudo ocultar su sorpresa. El hombre, incapaz de esconder su desconcierto, dio un paso atrás en una clara actitud de defensa. Pese a todo, solo tardó unos segundos en recomponerse y comenzar a andar en dirección a Arturo con una medio sonrisa en la boca que lo hacía parecer todavía más trastornado.

—Vaya, vaya, vaya. Y yo que pensaba que no habías roto nunca un plato —confesó soltando unas pequeñas gotitas de saliva con cada palabra que pronunciaba, como si fuera un perro rabioso.

—Pues ya ves, a lo mejor no soy tan cobarde como tú te pensabas —respondió Arturo envalentonado por el arma que sostenía, sin darse cuenta de cuánto le temblaban las manos.

—Cuidado criatura, que te puedes hacer daño con ese juguetito que tienes entre tus temblorosos dedos, ja, ja, ja. Definitivamente, eres patético —rio antes de dar un fuerte empujón a Arturo quien, sin lograr sujetar la pistola, lanzó un tiro al aire antes de que el arma cayera al suelo.

La respuesta no se hizo esperar y ambos hombres se enzarzaron en una encarnizada pelea. Arturo logró encajar un gancho directo en la ceja de Rodrigo que le provocó una profunda brecha. La sangre brotaba de la herida a borbotones, esto provocó que Rodrigo riera aún más alto, con la cara completamente ensangrentada, mientras continuaba asestando puñetazos a Arturo. Parecía un demente o, más bien, lo era.

Los golpes y arañazos se sucedían uno tras otro mientras los dos rodaban por el suelo. En uno de los lances, Arturo notó cómo se le doblaba el

tobillo. El desequilibrio hizo que no pudiera esquivar el rechazazo que Rodrigo se disponía a propinarle. El ímpetu fue tal que los dos hombres salieron despedidos, precipitándose unos metros, cuesta abajo, por un terraplén. Después de eso, Arturo no recordaba nada, solo que un tiempo después se había despertado solo, de noche, cubierto de sangre, perdido en mitad del bosque y con la ropa hecha jirones.



## Capítulo diez

### Indicios

Las investigaciones que el inspector Ponce venía llevando a cabo habían arrojado datos muy interesantes. Por la mañana temprano, reunió a su equipo de confianza en su despacho para revelarles las novedades relativas al caso.

—Chicos, tenemos resultados. Hemos podido comprobar que Rodrigo Suárez y Aurora Riu se conocían desde hacía mucho tiempo. De niños ambos fueron al mismo instituto y, por lo que he podido averiguar, Rodrigo era el chico malo de la clase.

—Entonces, hay un vínculo entre ellos dos —afirma la oficial García atenta a la exposición que está planteando su jefe.

—En efecto, aún no sabemos si Arturo Obleas también conocía a la víctima con anterioridad a los hechos. Lo que sí parece ser cierto es que ambos hombres se encontraron en el bosque hace tres días —dice realizando un breve inciso para que todos tengan tiempo de asimilar la información—. He enviado a dos agentes al instituto para que interroguen al director, a ver si logramos sacar algo en claro sin levantar mucho revuelo. Les he pedido también que se hagan con un listado de los antiguos alumnos de la promoción del año de la víctima —expone Ponce quien, con un leve gesto, pasa la palabra al agente Robles.

—También hemos efectuado diversas indagaciones sobre Aurora y parece que tiene algunos problemas de índole psicológica. Así mismo, hemos echado un vistazo a sus antecedentes familiares y son bastante inquietantes. Su madre murió siendo ella una cría, en un accidente de tráfico; Aurora iba en el vehículo que conducía su progenitora, pero logró salir ilesa del percance sin un solo rasguño. Sin embargo, la madre murió prácticamente en el acto. Por otro lado, tenemos a su hermano pequeño que se suicidó por causas que en este momento desconocemos, entonces contaba tan solo con la edad de trece años, un chiquillo. Aurora tenía catorce y, para más *inri*, dos años después, a su padre le diagnosticaron un cáncer que acabó con su vida en un tiempo récord, tres meses. Vamos, una existencia nada fácil como podéis

imaginar. Entenderéis que todo esto dejó a Aurora muy tocada y perdida — argumenta el agente haciendo una pausa mientras observa a su auditorio, para ver el efecto que sus palabras están causando entre ellos—. El inspector y yo mismo iremos a hacer una visita al psicoterapeuta de la mujer, aunque lo más probable es que no obtengamos excesiva información debido al deber de guardar la confidencialidad del paciente, por lo del código deontológico y el secreto profesional, pero es posible que, a pesar de ello, obtengamos alguna pista fiable —concluye Robles.

—García —dice Raúl Ponce dirigiéndose a la oficial que se halla sentada en primera fila—, encárgate de que López traiga a la mujer de Arturo Obleas lo antes posible a la comisaría, tendremos que hacerle unas cuantas preguntas.

—Sin problema, jefe —responde la oficial.

—Hablaré con el juez para que emita una orden de registro de la vivienda del matrimonio. La forense ha encontrado restos de tejido humano bajo las uñas del cadáver. Veremos si podemos comprobar que el ADN encontrado corresponde con el de Arturo Obleas o es el de otra persona. La Policía Científica se encargará de recoger las muestras, pelos o saliva del cepillo de dientes de Arturo, cualquier cosa que nos sirva para contrastar su código genético —informa el inspector Ponce.

Ante la mirada atenta de sus compañeros, el agente Robles prosigue con la recapitulación de los indicios obtenidos hasta ese momento.

—Aún estamos comprobando las imágenes de las cámaras de seguridad, pero podemos afirmar que, tanto Rodrigo como Arturo, iban solos en los automóviles que utilizaron para desplazarse hasta el bosque, al menos hasta donde nos dejan ver las cámaras de tráfico. En varios puntos del trayecto se les pierde la pista y, aunque no lo podemos verificar, parece claro que ambos hombres se dirigían al mismo punto de encuentro.

Tras cruzar una mirada, el inspector Ponce y el agente Robles estuvieron de acuerdo en que ya era hora de concluir la charla.

—Muy bien, esto es todo por ahora. ¡Vamos! ¡A trabajar! —ordena el inspector dando por finalizada la reunión—. Tú no, Susana. Espera un segundo.

—Iba a encargarme de que López trajera a la mujer a declarar —dice la oficial García.

—De eso mismo iba a hablarte. Quiero que lleves el interrogatorio de

Aurora Riu tú en persona, y que me informes directamente a mí, esté donde esté, me buscas, me llamas, me sacas de la cama, lo que haga falta, ¿entendido? —le comunica el inspector a la vez que camina hacia la salida sin esperar respuesta.

De manera inmediata, la oficial García se pone en contacto con López quien hace tan solo unas horas ha dejado la vigilancia de la casa de Aurora. La oficial le traslada las últimas noticias y el encargo de traer a Aurora a la central.

Tal y como ha advertido el inspector, el agente solo deberá indicar a la mujer que hay novedades sobre el caso y que se requiere su presencia en la comisaría para hacerle partícipe de estas. Hasta que la mujer no se encuentre en las dependencias policiales, no se le notificará el hallazgo del cadáver de Rodrigo. Es entonces cuando se procederá a realizar el interrogatorio.

Habría transcurrido poco más de una hora desde que López fuera a recoger a la mujer de Arturo Obleas cuando Susana ve entrar al policía, acompañado de Aurora. El agente mantiene su mano apoyada en la espalda de la mujer, como si la estuviera empujando hacia el interior del edificio, sin embargo, este gesto trasluce más una muestra de protección que de exigencia.

—Susana, ¿qué está pasando? —pregunta Aurora nada más ver a la oficial.

—Hola, Aurora. Me gustaría comentarte los avances de la investigación y algunas novedades que tenemos respecto a la desaparición de Arturo.

—¡Dios mío! ¿Son malas noticias? —se adelanta la mujer temiéndose lo peor.

—Aún no hemos podido localizar a tu marido.

—¿Entonces?

—Ven, acompáñame. Vamos a entrar en aquella sala, estaremos más cómodas —dice Susana señalando una puerta al final del pasillo.

Ambas mujeres caminan a la par. Detrás va López que les sigue los pasos, como escoltándolas. Al llegar al cuarto de interrogatorios, Aurora se vuelve y le regala al hombre una sonrisa de agradecimiento prácticamente imperceptible.

—¿Puede quedarse él también? —pregunta la mujer haciendo referencia al agente López.

—Eh, sí, claro. Supongo que no hay ningún problema en ello.

Los tres entran en el pequeño habitáculo de muros grises. En una de las paredes, un gran espejo ocupa casi todo el espacio. En el centro de la estancia, una mesa de acero preside la sala. La oficial García cierra la puerta e invita a Aurora a sentarse. Cuando esta lo hace, Susana toma asiento frente a ella y López se posiciona quedándose de pie apoyado en una de las esquinas, detrás de la oficial García y de cara a Aurora.

—Verás —comienza a hablar la oficial—, como ya te adelanté ayer, ha aparecido un hombre muerto cerca del embalse de Ulla.

—Sí, pero me dijiste que no se trataba de Arturo.

—Y no es tu marido, pero creemos que puedes conocer a la víctima.

La mujer levanta la vista para mirar a López en un intento de mantener contacto visual y obtener una señal de complicidad que no llega.

—¿De quién se trata? —pregunta a la espera de una contestación rápida que sacie su curiosidad.

—Es Rodrigo Suárez Lemán.

—¡Rodrigo! —exclama Aurora a la vez que con las dos manos se tapa la boca que deja abierta durante unos cuantos segundos, como en un acto reflejo.

—Entonces —prosigue hablando la oficial—, ¿nos confirmas que le conocías?

—Sí, hace unos meses que retomamos el contacto. Fuimos juntos al instituto —recuerda la mujer con la mirada perdida—. Y, ¿dices que ha aparecido muerto? ¡Qué tragedia! Pero... ¿cómo ha sucedido? —pregunta dirigiendo primero la vista hacia la oficial García y después hacia el agente López.

—Eso, lo siento, pero por el momento no te lo podemos desvelar. Ahora lo importante es que nos ayudes y nos cuentes cómo era Rodrigo, cómo fue vuestro reencuentro, cuándo fue la última vez que lo viste, si Arturo y él se conocían...

Ante la avalancha de preguntas, la mujer se queda como colgada en el tiempo. Rebusca una vez más entre sus recuerdos del pasado y relata a Susana el episodio del supermercado. Le cuenta cómo por casualidad se tropezaron con Rodrigo después de hacer la compra y cómo quedaron en llamarse y juntarse para realizar una cena con los antiguos compañeros de clase. Aurora revela a la policía que más o menos dos meses después de aquel encuentro, se organizaron para realizar la fiesta en un restaurante ubicado en

Alierta.

En ese punto, la oficial García conmina a Aurora a que le facilite los nombres de los amigos que acudieron a la reunión, tendrían que interrogarlos a todos.

A medida que Aurora avanza en su relato, reconoce que con posterioridad al doce de abril, día en que se celebró la cena, se había visto con Rodrigo en alguna que otra ocasión, pero evitó, en la medida de lo posible, dar mayores explicaciones acerca del propósito de las entrevistas.

A la pregunta sobre si su marido y el fallecido se conocían, la mujer explica que ambos hombres no habían mantenido más contacto que aquella breve conversación en el aparcamiento del supermercado.

Por más que indagaba, la oficial García se encontraba en un laberinto sin salida. No parecía que aquel interrogatorio fuera a revelarles nada importante hasta que uno de los agentes tocó a la puerta y entró en la sala. Con una escueta disculpa se dirigió hacia la oficial para entregarle una carpeta con el anagrama de la Científica. En su interior había un informe que lo cambiaba todo.

Por lo que Susana acertaba a leer, se habían descubierto nuevos datos que daban un vuelco a la investigación. Unos de los moldes de las huellas tomadas en el lugar de los hechos arrojaban serias dudas sobre su pertenencia a Arturo. El número de pie no coincidía con el del sospechoso, la diferencia de tamaño era notable, él calzaba un cuarenta y uno y, las huellas encontradas, correspondían a un número cuarenta y tres. Además, las trazas de material desprendidas de uno de los zapatos también eran distintas, mientras que Arturo, según había declarado su mujer, llevaba calzado deportivo de piel, el análisis forense dictaminaba que la persona que estaba con Rodrigo en el bosque aquel día llevaba un zapato de ante. A esto también había que añadir que la hendidura en el terreno reflejaba que el dueño o dueña de la huella tenía un peso superior al que en un principio, tal y como constaba en el historial médico de Arturo, era el suyo. Aunque bien pudiera ser que este peso significara que el sospechoso o sospechosa acarreará algún lastre sobre uno de sus hombros, ya que la carga no era equilibrada en ambas pisadas.

Por lo tanto, estas nuevas pistas apuntaban hacia una insólita e inquietante perspectiva; en el bosque, aquel día, había una tercera persona.

## Capítulo once

### La cena

Con estos inesperados datos en la mano, la oficial García retoma el interrogatorio, ahora está más interesada que nunca en conocer a los que asistieron en el mes de abril a la cena que tuvo lugar en el pueblo de Alierta. De pronto, todos ellos se habían convertido en posibles sospechosos del asesinato de Rodrigo Suárez Lemán.

En este punto la oficial García, sentada frente a la mujer de Arturo, pone en marcha la investigación desde un nuevo enfoque.

—Aurora, es muy importante que retrocedamos al pasado día doce de abril y nos digas si sucedió algo extraño entre los asistentes y, sobre todo, cómo interactuaron ellos con Rodrigo —recalca la policía.

—Bueno, trataré de recordar, pero éramos quince y se hicieron pequeños grupos. El ambiente fue distendido, lo pasamos bien, aunque es verdad que más de uno no estaba de acuerdo con que hubiera invitado a Rodrigo a asistir al convite.

—Háblame de eso —se interesa la oficial—. ¿Por qué no estaban de acuerdo?

—Pues él no era muy popular. Más bien todo lo contrario. En el instituto no se portó de forma correcta con los compañeros y algunos aún le guardan rencor.

—¿Podrías ser un poco más específica?

—En clase iba de líder, o estabas con él o eras su enemigo, solo existían esas dos opciones. Y más te valía estar de su lado o podías pasarlo mal —recuerda Aurora algo apesadumbrada.

—Perdona que insista —dice la oficial García—, pero me gustaría que fueras más clara, ¿a qué te refieres con pasarlo mal?

—Había dos o tres chicos mayores que él que le seguían el juego, eran como su séquito, hacían todo lo que él les mandaba y eso incluía pegar alguna paliza o realizar extorsiones.

—¿Palizas y extorsiones? —repite la oficial con un ligero tono de alarma en su voz—. ¿Qué tipo de extorsiones?

—Al principio no eran cosas muy peligrosas, ya sabes, robar el

almuerzo de los pequeños, encerrar a las chicas bajo llave en el armario ropero, arrancar las hojas de los deberes de los cuadernos de los demás... Cosas de chavales, pero luego se volvieron más salvajes, se les empezó a ir la olla. Su cuadrilla se iba a fumar a los baños y si alguien les importunaba en ese momento le ocasionaban quemaduras en la piel con el cigarro encendido. De hecho, Marta, una de las chicas que vino a Alierta, se puso muy nerviosa al ver a Rodrigo. Ahí mismo se levantó la manga de la camisa para mostrarme una señal que tenía en el antebrazo, era una cicatriz, no me hizo falta que me diera ninguna explicación, yo ya sabía quién se la había causado.

—Y, ¿cómo reaccionó él cuando vio a Marta? ¿Se acercó a ella? ¿Hablaron? —indaga la oficial.

—Sí, los vi hablando en un rincón casi al principio de nuestra llegada al restaurante. Marta parecía acalorada, probablemente estaban discutiendo, supongo que le estaría echando en cara su actitud para con ella cuando los dos eran solo unos colegiales.

—¿Llegaste a oír algo de la conversación?

—No, estaban en un lugar apartado, lejos del resto del grupo. Estuvieron conversando unos minutos, después no los volví a ver juntos en toda la noche —puntualiza la mujer para dejar sentado que no podía aclarar nada más al respecto.

—De acuerdo. Y, ¿hubo alguien más que se sintiera abiertamente molesto por la presencia de Rodrigo? —prosigue la oficial con sus pesquisas.

—Sí, Ane e Iker también manifestaron su fastidio por tener que compartir mesa con él. Recuerdo que, por aquellos años, a Iker le pintó con espray una cazadora recién estrenada. Era un regalo que le habían hecho con motivo de su decimoquinto cumpleaños. Rodrigo le dibujó unos genitales en la parte de atrás de la prenda. Cuando Iker se lo recriminó, él tuvo el valor de decirle que era un afortunado, que era un lujo tener una indumentaria con una ilustración firmada por un Suárez Lemán. Después se dio media vuelta y él y sus secuaces se fueron riendo.

—¿E Iker no denunció el suceso al director del instituto, a algún profesor o a sus propios padres?

—Pues verás, Rodrigo y sus matones le amenazaron con darle una buena tunda si abría la boca, y las amenazas de esos camorristas no se podían tomar a la ligera, así que Iker no dijo nada. El chico, durante el camino de regreso a casa, se deshizo de la cazadora tirándola en un contenedor para

evitar males mayores. Cuando subió a casa le dijo a su madre que la había perdido. Asumió toda la culpa sin acusar a nadie.

—¿Y Ane? ¿También sufrió acoso por parte de Rodrigo? —continúa investigando la oficial García, segura de que la respuesta sería afirmativa.

—Lo de Ane fue todavía peor. La seguían a todas partes, la increpaban continuamente, no la dejaban en paz y todo porque jugaba al fútbol y siempre estaba con los chicos. Una vez llegó a clase con el pelo completamente mojado y los labios amoratados. No quiso contarnos qué había pasado, pero todos sabíamos que le habían sumergido la cabeza bajo un grifo abierto en el lavabo, no era la primera vez que utilizaban esa práctica para sembrar el miedo.

—Parece increíble que nadie tomara cartas en el asunto. En el instituto tenían que llegarles rumores a los profesores o a los tutores — reflexiona la policía.

—El padre de Rodrigo era un hombre influyente y, aunque el colegio estaba más o menos al tanto, al no haber denuncias por parte de los agredidos, era difícil hacer algo al respecto. Existía una especie de pacto de silencio para que no pasaran cosas más graves. Ya sucedían bastantes. Además, poco a poco el grupo de Rodrigo iba ganando adeptos, en último curso contaba con decenas de seguidores —Aurora toma aire, como si hubiera gastado antes todo el que le restaba en los pulmones, para después proseguir con el relato—. Escondían la ropa a los chicos mientras se duchaban y estos tenían que recorrer desnudos el patio buscando sus calzoncillos y sus pantalones. Sacaban fotos a hurtadillas a las parejitas que pillaban besándose o metiéndose mano, lo hacían con una polaroid de esas que revelaban las fotos al instante, luego les decían que se las enseñarían a sus padres si no hacían lo que ellos les ordenaban —Aurora se sujeta la cabeza con las dos manos, apoyando los codos sobre la mesa, como si el peso de su narración recayera por completo sobre sus hombros—. La coacción era incesante, pero a mí, tengo que confesar que, en aquel momento, Rodrigo me daba lástima. Le veía como un ser inmensamente infeliz. Pensaba que se trataba de un problema de falta de interés y cariño por parte de su familia. Incluso en alguna ocasión traté de acercarme y hablar del asunto con él y, aunque a veces parecía receptivo, siempre acababa de la misma manera, cometiendo alguna otra vileza.

La oficial García hace un alto en la conversación y aprovecha para



llenar los vasos con el agua de la jarra que se encuentra sobre la mesa. Necesita tomarse unos minutos de descanso. Hasta ella empieza a sentir desprecio por Rodrigo y eso va contra las normas, es policía y no debe perder de vista su objetividad. Para ello, desecha de su mente esos controvertidos pensamientos mientras se dispone a continuar ahondando en el tema.

—Entonces, según lo que nos has contado, en esa reunión también había algún cómplice de las fechorías que realizaba Rodrigo en aquellos años.

—Bueno, sí, digamos que la mayoría de los que estábamos allí fuimos encubridores. Nos unimos a él para no estar contra él, por temor.

—¿Qué quieres decir? —insiste la oficial.

—Que nosotros solo proporcionábamos coartadas, por decirlo de alguna manera. Todos habíamos sufrido de una forma u otra las vejaciones de Rodrigo y, aunque teníamos muy claro que no estábamos dispuestos a pasar a la acción, sí le cubríamos las espaldas si eso hacía que nosotros nos mantuviéramos a salvo. Éramos muy jóvenes y teníamos pavor a las represalias.

—¿Eso significa que te pusiste de su lado? —pregunta la oficial con extrañeza.

—Yo, Raquel, Ainhoa, Gorka, Álvaro... Casi todos acabamos participando en aquello.

—Y, ¿por qué le invitaste a ir a la reunión si todos teníais algo en su contra? —le interpela Susana con sincera curiosidad.

—Porque pensé que se podría enterrar el pasado, que podríamos redimirnos, que aquello haría que todo acabara de una vez —razona Aurora con los ojos brillantes.

—No lo entiendo, ¿cómo ibas a lograr eso?

En ese momento, las facciones de Aurora se tensan y aparece un mohín que transforma su rostro. Se remueve en su asiento y mira hacia López que ha permanecido en silencio durante todo el interrogatorio. La mujer le echa una mirada que parece reprobarle que se mantenga ahí, ajeno a todo, indiferente a su sufrimiento.

—Lo que yo no entiendo es por qué estamos aquí, ocupándonos solo de alguien que ya está muerto mientras mi marido sigue perdido ahí fuera, quién sabe en qué estado. ¿Es que no pensáis hacer nada? —dice Aurora roja de indignación, en un inequívoco acto de censura hacia ellos.

—Tenemos a medio cuerpo de policía buscando a tu marido, Aurora, de veras, estoy segura de que muy pronto vamos a tener noticias.

—Sí, ayer también me dijiste lo mismo —le interrumpe la mujer—. Pero el caso es que aquí estamos, sin saber nada de él y, vosotros dos, perdiendo el tiempo con estas preguntas y sin mover un solo dedo para encontrarle —dice con furia mientras se levanta con tanto vigor que la silla cae al suelo provocando un gran estruendo en la estancia.

El agente López reacciona al instante y se apresura a recolocar el asiento en su sitio. La mujer parece haber expulsado toda la rabia que llevaba contenida y es ahora, con un ligero temblor de hombros, cuando deja que las lágrimas caigan sobre sus mejillas de forma liberadora.

—Está bien, Aurora, dejémoslo por el momento. Si te parece, López te acompañará hasta tu domicilio —propone la oficial García en un vano intento de calmar las aguas.

—Salid a buscar a Arturo, eso es todo lo que necesito —puntualiza la mujer antes de atravesar la puerta y dejar al agente López y a la oficial García plantados.

Los dos policías intercambian una mirada y asienten con la cabeza, comprenden a la perfección la actitud airada de la mujer. Rodrigo muerto. Su marido en paradero desconocido. Su vida anterior. Parece que para Aurora el camino siempre estuviera repleto de obstáculos. No debía de ser nada fácil vivir así.

Mientras los dos policías se encuentran aún en la sala de interrogatorios, los agentes encargados de entrevistarse con el director del instituto piden permiso para entrar.

—¿Se puede? Venimos de estar con Floren Biurrún, el director del instituto donde estudiaron Aurora Riu y Rodrigo Suárez —dice uno de ellos.

—Sí, claro. Adelante. ¿Qué habéis podido averiguar? —contesta Susana.

—Pues que Biurrún es director desde hace unos pocos años, pero es antiguo alumno y recuerda bien a Rodrigo. De todas formas, nos ha puesto en contacto con el anterior director, pero es una persona muy mayor, nos ha costado sonsacarle algo de información. El hombre está postrado en una silla de ruedas y parece querer olvidar algunos capítulos de su vida pasada, sobre todo en lo que concierne a Rodrigo.

—Vaya, es una lástima, la verdad. Pero, ¿contamos con algún dato

relevante del que podamos echar mano? —insiste la oficial.

—Tanto Biurrun como el exdirector coinciden en que Rodrigo Suárez era una especie de mafioso. Tenía absolutamente a todo el mundo atemorizado y eso incluye también a algunos profesores a los que, al parecer, también extorsionaba. El padre de Rodrigo era un pez gordo en una empresa financiera, movían mucha pasta. Por lo que hemos averiguado, Rodrigo pagaba una buena suma de dinero a algunos de sus seguidores y además andaba metido en asuntos de menudeo de drogas, de esa forma lo tenía todo controlado, a unos mediante chantajes, a otros con la marihuana y la heroína, y a muchos porque les costeaba todos los vicios que unos chicos de esa edad pudieran imaginar.

—¡Madre mía! ¡Menuda pieza! —clama la oficial sin poder contener su perplejidad por la perspectiva que estaba tomando el proceso que se traía entre manos—. La cuestión es que hemos pasado de tener un sospechoso fiable a tener decenas de sospechosos y, sobre la mesa de la forense, a una víctima que ha pasado a desempeñar el papel de verdugo.

—Y tenemos a un desaparecido perdido vete tú a saber dónde, no lo olvides —apostilla el agente López.

—Cierto, cierto, de eso tampoco me olvido —confirma Susana.

## Capítulo doce

### El rescate

Esa mañana de otoño, el sol quemaba el rostro de Arturo casi tanto como lo hacía el recuerdo del episodio padecido con Rodrigo en el bosque. Se sentía sin los arrestos suficientes para soportar un día más entre aquellos árboles de copas inmensas, que se desprendían de sus hojas para quedar desnudos a la intemperie. Así se sentía él, despojado de todo aquello que amaba: su libertad, su mujer y su dignidad. En lo más profundo de su alma, deseaba que todo acabara pronto, aunque terminar significara hacerlo del peor modo posible.

Apenado por sus circunstancias, a Arturo le resultaba imposible desterrar de su mente estas reflexiones tan taciturnas. Andaba en esta lucha con su subconsciente cuando, de repente, un ruido extraño, proveniente del cielo, borró de un plumazo todo el pesimismo y dolor acumulados. Arturo aguzó el oído. Parecía el sonido de un rotor. Prestó más atención y dedujo que tal vez fueran las aspas de un helicóptero que golpeaban el aire en cada giro que propulsaba al aparato. El hombre alzó la vista para intentar cerciorarse de si estaba en lo cierto. Al levantar la cabeza, los rayos de luz le cegaron, el obstinado sol del mes de octubre le exigió utilizar una mano a modo de visera, obligándole a colocarla por encima de sus cejas para conseguir así un poco de sombra. Gracias a este gesto, logró divisar la nave que estaba sobrevolando el bosque igual que lo hacía un águila antes de capturar a su presa. Con esperanzas renovadas, Arturo tiró la rama que había utilizado como muleta hasta entonces y, con las dos manos en alto, intentó llamar la atención de los tripulantes. Comenzó a chillar sin darse cuenta de que el ruido de la hélice y la distancia que los separaba acallaban sus gritos.

Ante sus ojos, el helicóptero viró y poco a poco se fue alejando del lugar en el que Arturo aún continuaba agitando los brazos al aire. El desamparo y la desesperación volvieron a hacer mella en él. Había estado a un paso de ser rescatado y, ahora, veía cómo su única oportunidad de regresar a casa se esfumaba convertida en un diminuto punto dibujado en el firmamento azul de la mañana. Por más que se había empeñado en hacerse

ver, el piloto de la nave había continuado su camino sin prestar la menor atención a su esfuerzo. Aun así, Arturo pensó que, probablemente, Aurora habría denunciado ya su desaparición a la policía y que, por ese motivo, le andaban buscando. Si eso era verdad, era indispensable sosegar y buscar un modo de hacerse visible desde el cielo, estaba seguro de que no abandonarían su búsqueda y pronto lo encontrarían.

Para ello, decidió amontonar unas ramas y unas bellotas y, con ellas, formar la palabra «SOS» en una zona que estuviera algo más despoblada de árboles. Apoyado en su bastón fue trasladando poco a poco las ramas, en un esfuerzo ímprobo que no recelaba en agotar hasta la última gota de energía que aún, el escuálido cuerpo de Arturo, guardaba en reserva.

Había adelgazado varios kilos en los tres días que llevaba vagando y sin una mísera proteína que llevarse al estómago. De seguir así, no le quedaría más remedio que alimentarse de hierbas, gusanos u hormigas. La perspectiva no se le hacía muy atractiva, pero hasta donde le alcanzaban sus escasos conocimientos del medio, creía que esa era la única posibilidad que le quedaba de mantener la energía. Los mosquitos eran los que, sin demostrar un ápice de piedad, habían dado buena cuenta del banquete que les proporcionaba el cuerpo de Arturo. La ingente cantidad de picaduras que exhibía en los centímetros cuadrados de piel que envolvían su esqueleto así lo atestiguaban.

El calor del mediodía iba desplegando sus tentáculos hasta aferrarse al maltrecho caparazón de huesos en el que Arturo se había convertido. Entretanto, el hombre continuaba en su ajetreo de un ir y venir de ramas y bellotas dispuestas en el suelo para conformar aquellas tres letras que le facilitarían la vuelta al hogar.

Tras mucho trabajo, al fin había logrado realizar una especie de ese con la que iniciar la señal de socorro, a pesar de que lo sinuoso de las curvas que componían la letra le había dificultado en extremo su ejecución. Cuando se disponía a elaborar la siguiente letra fue cuando intuyó que algo estaba pasando a unos cuantos metros de donde él se encontraba. Paró su faraónica obra de grafías terrestres y trató de distinguir, de entre todos los murmullos del bosque, aquel que sonaba de manera distinta a los que, durante estos tres días de exilio, había aprendido a reconocer con meticulosa perfección. Sí, no cabía duda alguna, había uno que no era de los habituales. En efecto, en la lejanía se escuchaba un sonido que Arturo todavía no acertaba a identificar

qué era. Poco a poco aquel eco se fue volviendo más vivo y así él también se sintió del mismo modo, revitalizado. Se escuchaban ladridos, efectivamente, eran perros.

Una sensación extraña acompañó a los minutos de espera reconvertida en una amalgama de sentimientos entre los que se encontraban la ilusión y el miedo. La primera, inherente a la esperanza de que los animales trajeran aparejada la llegada del hombre tras ellos y, por tanto, la consecución del rescate. El segundo, más aferrado a su mente, por si solo se tratase de alguna jauría hambrienta que, al percibir el olor repugnante de días de sudores e higiene ninguna, se hubiera sentido atraída por el aroma de la sangre reseca y la transpiración de aquel ser humano.

Ante tal incertidumbre, a Arturo solo se le ocurrió esperar a que llegara el momento de descubrir qué le deparaba ese futuro que se antojaba inmediato. Se colocó de pie al lado de una inmensa letra marrón elaborada de madera y frutos, a pecho descubierto, sin tomar precaución alguna ante el posible peligro, con los ojos cerrados, rezando las oraciones que aún recordaba de las plegarias que su padre le había enseñado cuando solo era un niño: «Padre nuestro que estás en los cielos... »

Las voces de los canes le hicieron taparse los oídos. Hacía tantas horas que no percibía un sonido tan hiriente que aquellos ladridos le taladraban los tímpanos. A sus pies, los aullidos se acallaron y fueron sustituidos por voces en la lejanía. Solo entonces Arturo fue capaz de abrir los ojos para ver a los perros marcando el terreno del trofeo encontrado. Al fondo se intuían las siluetas de los policías que corrían hacia él, como en un paisaje onírico donde todo se ralentizaba, la cámara lenta de los pasos que les acercaban, sus bocas, oquedades que emitían incongruentes palabras, como una radio a la que se le estuvieran acabando las pilas, el lenguaje de la extenuación, del aflojar las fuerzas porque todo ha terminado, pero uno se da cuenta de que no hay fuerzas que aflojar porque ya no queda ninguna. Y entonces llegan montones de brazos que se dirigen hacia un solo punto, ese que ocupa el bulto deteriorado en el que Arturo se ha convertido, pares de manos que tienden su ayuda para comprobar su estado. Botellas de agua que se le ofrecen como maná, pero que sus dos manos con solo diez dedos no abarcan, hasta que alguien, por fin, pone orden y echa a todo el mundo hacia atrás y a Arturo se le vuelve el espacio dejado como una bombona de oxígeno, igual que alguien que ha estado sumergido en el agua, a punto de

ahogarse, con los oídos llenos de líquido, escuchando voces acuosas, con los pulmones sin aire, a punto de reventar y, cuando logra sacar la cabeza a la superficie, inhala todo el aire que boca y nariz son capaces de inspirar de una sola vez, como si en ese gesto se le escapara la vida, como si con ello, sin embargo, volviera a nacer.

—¡Arturo! Tranquilo, ya estamos aquí, estás a salvo, ya ha acabado todo, muy pronto estarás en casa —escucha que le dice un hombre uniformado mientras le echa por encima de los hombros una especie de manta, aunque Arturo no llega realmente a distinguir muy bien qué es.

A su alrededor todo es ajeteo, un agente premia a los perros con golosinas mientras les acaricia y les da unas palmadas enérgicas en el lomo: —buen trabajo— les dice. Otros se afanan en ayudar a los del servicio médico, que andan más retrasados en la llegada, a alcanzar el lugar en que se halla el hombre. Una vez allí y aún sin aliento, se concentran en sus funciones para saber en qué estado se encuentra el herido. Arturo se deja llevar, les presta su dedo índice para que lo introduzcan en una especie de pinza gris metálica que según ha creído entender llaman pulsioxímetro. Larga palabra para un cerebro falto de lucidez como el suyo, reflexiona. De manera dócil, Arturo se deja hacer, mira el punto de luz que sale de una linterna y que le apunta directamente a los ojos, primero ilumina uno, después el otro, vuelta al primero y más tarde nuevamente al segundo. Tras la inspección ocular, un círculo negro se queda bailando en la córnea. —Siga mi dedo— oye que alguien le dice mientras él obedece mirando a derecha y a izquierda. —Está deshidratado— comentan ellos como si hablaran de alguien que no estuviera en ese mismo lugar. Nota un pinchazo en la vena, Arturo mira a la chica que se arrodilla a su lado, con los ojos de un hombre maduro que ha envejecido tanto que se ha convertido en octogenario. Entre todas aquellas personas, Arturo desliza una mirada hasta los ojos de la mujer en busca del consuelo de quien le está salvando la vida. El gotero transfiere el suero y la vena recoge el fluido para transportarlo por el intrincado submundo de tuberías humanas. Entretanto, otras manos anónimas colocan una férula en su magullada pierna. —Parece un milagro que esté vivo, no sé cómo se ha salvado con estas heridas— dice una voz carente de rostro y que pertenece, según acierta a adivinar, a una imagen borrosa que se ondula como un genio que pugna por salir de su lámpara. Arturo mira confuso al personaje de cuento y sonrío, la morfina está haciendo su efecto.

Acercan una camilla y alguien, otra persona de semblante borroso y sin nombre, le informa de que le van a tumbar sobre ella. Al unísono, un par de hombres cuentan hasta tres y el cuerpo de Arturo se eleva del suelo, se siente volar, los brazos le cuelgan por fuera de la camilla y el traqueteo hace que los mueva como un muñeco desmadejado, en un sube y baja que simula una despedida del bosque, un adiós con la mano al entorno que sin pretenderlo le había acogido esos días, a los árboles que le dieron refugio, a las ramas que sostuvieron sus pasos, a las bellotas que llenaron su estómago, a las nubes que calmaron su sed y a él, el zorro que desde lo alto del cerro le mira partir, el animal que sanó sus heridas y le dio el calor suficiente para subsistir.

El armazón que lo transporta es muy duro y se le clava en los huesos —debería de estar acolchado— piensa mientras emite lastimosos quejidos que se despistan entre conversaciones ajenas, pautas de traslado y planes de salvamento.

El trayecto es largo y complicado, en algunos tramos los hombres resbalan sobre el inestable terreno y a punto están de volcar la camilla. Los gritos que alertan de los desniveles y las instrucciones sobre las precauciones a tomar suenan atronadoras, pero Arturo ya no las oye, los opiáceos lo mantienen dormido, arrullado por una sensación conocida, casi hipnótica, la misma que en su juventud le producían otro tipo de drogas, aquellas que le mantenían alejado de los problemas, las mismas que le acercaban a su total autodestrucción, las que le apartaron de la familia y los amigos de siempre, las que le enseñaron la existencia de palabras que acarreaban peores sensaciones que significados: ansiedad, dependencia, irritabilidad. Emociones semejantes a las que le empujaron a cometer algún que otro delito para poder pagarse una dosis, tiempos duros, tiempos que creía olvidados, tiempos que tan solo están enterrados y que cualquiera puede exhumar de una sola palada.

La ambulancia se pone en marcha rumbo al hospital más cercano. Las sirenas anuncian la prisa, la urgencia por llegar a destino, las luces rojas y azules de los coches patrulla los escoltan mientras Arturo sigue inmerso en una nebulosa de narcóticos, ajeno a la velocidad y a la expectación que el convoy va dejando tras de sí en la carretera.



## Capítulo trece

### La terapia

El inspector Ponce y el agente Robles esperan en una sala próxima al despacho del doctor Perviú. Una enfermera, de edad cercana a la de la jubilación y vestida con unos zuecos blancos y un uniforme azul, les ha atendido una vez que ellos han mostrado sus placas. Según les ha indicado la mujer, el especialista está ocupado con un paciente y aún le quedan alrededor de diez minutos para finalizar la sesión, habrán de aguardar ese tiempo si quieren ser atendidos.

El habitáculo, que más se asemeja a una sala de estar que a una sala de espera, está amueblada con un par de butacas orejeras tapizadas en tonos crudos y motivos florales. La estancia se encuentra iluminada por una tenue luz que proviene de una lámpara con tulipas que pende del techo y cuya luminosidad se ve reforzada por una lámpara de pie de madera, de las que se usan para lectura. En la mesita que separa ambos asientos hay una caja de *kleenex* y unas revistas especializadas en psicología, como si ambos elementos estuvieran estrechamente ligados. Las paredes se ven pintadas en color garbanzo y una magnífica y gruesa alfombra persa, en tonos ocre y granates, cubre la mayor parte de la tarima del suelo, por lo demás, la habitación está vacía de gente. Los pacientes que llegan a la consulta entran por una puerta y al finalizar la sesión salen por otra, por una que se halla ubicada al otro lado de la consulta del psicoterapeuta, de esta forma se logra mantener el anonimato de las personas que acuden a la terapia impidiendo el contacto visual entre ellas.

Varios títulos a nombre de Carlos Perviú adornan las paredes. Un doctorado, unos cuantos másteres, uno de ellos en psicología forense, algunos diplomas de cursos de psicología jurídica y uno de experto en intervención clínica sobre adicciones. Por lo que se puede apreciar, Perviú es un hombre con amplia formación académica. Enmarcados también se pueden leer algunos artículos publicados en prensa, unos hablan de él como ponente en congresos de talla internacional, otros, con su firma al pie, hablan de estudios sobre los trastornos, y aún hay muchos más en los que se puede ver a Perviú

fotografiado en diferentes eventos y entrevistas. Los dos agentes se quedan sorprendidos de la categoría que ostenta el hombre con el que se van a entrevistar. A cualquiera que no fuera a aquel lugar por asuntos médicos le daría cierta aprensión presentarse frente a un profesional de tan altos vuelos sin temor a sentirse observado con lupa y analizado hasta el más recóndito de sus secretos.

Andaba el inspector leyendo uno de los artículos colgados de la pared cuando la enfermera abrió la puerta para notificarles que ya podían pasar al despacho. Sin lograr ocultar cierta desazón, Ponce recogió su abrigo del reposabrazos del asiento donde lo había dejado y, tras hacerle un gesto a Robles, siguieron a la mujer por el estrecho pasillo que les guiaba hasta una puerta que permanecía entreabierta.

El despacho era una habitación elegantemente decorada, con muebles de caoba y un sofá y un diván que debían de costar una fortuna. Allí, sentado tras una mesa de estudio cuya superficie se hallaba revestida en cuero verde, se encontraba Perviú. La primera impresión que tuvo Ponce fue algo extraña, no sabía por qué, pero se lo había imaginado de manera bien distinta a la del individuo que ahora se presentaba frente a sus ojos. El psicólogo era un hombre con una altura cercana a los dos metros y que hacía gala de un pelo largo y grisáceo que le confería un aspecto de hombre maduro atractivo. Los rizos, distribuidos en estratégicos tirabuzones, le hacían parecer aún más alto de lo que en realidad era. De su rostro cabía destacar sus pobladas cejas que casi le tapaban los ojos, dos diminutos puntos de un verde esmeralda que estaban tan juntos que a veces provocaban que el inspector Ponce bizqueara al mirarle a la cara.

—Buenas tardes, caballeros —dice el doctor levantándose de detrás de la mesa para recibir a sus invitados.

—Buenas tardes. Soy el inspector Ponce y este es mi compañero, el agente Robles.

—Mi enfermera me ha anunciado que desean hablar conmigo. ¿Y bien? Ustedes dirán en qué puedo ayudarles —se ofrece el hombre mientras estrecha la mano de ambos policías.

—Pues verá, estamos investigando un caso en el que se encuentra implicada una de sus pacientes. Nos gustaría que nos diera alguna información que pudiera sernos de utilidad en el proceso —le indica el inspector Ponce sin andarse con rodeos.

—Ya veo. Pues díganme de quién se trata y veré qué puedo decirles sin vulnerar el secreto profesional —matiza el psicólogo.

—Es Aurora Riu, supongo que la recuerda pues, según nos consta, aún se encuentra en tratamiento.

—Sí, por supuesto que sé quién es. Conozco a la perfección a todos mis pacientes, no solo sus datos personales, sino también cada uno de los procesos mentales y vitales por los que están atravesando —contesta el doctor como si las palabras de Ponce le hubieran supuesto un insulto.

—En absoluto pretendíamos decir que no conociera a sus pacientes, tan solo tratábamos de confirmar que Aurora Riu acude a consulta aquí —intercede el agente Robles, quien sujeta una pequeña libreta entre sus manos para tomar nota de cualquier detalle que pudiera tener cierta relevancia.

—Pues en efecto, así es, Aurora lleva años viniendo a la clínica. Su tratamiento es algo complejo, aunque la verdad es que ha mejorado mucho desde que iniciamos la terapia. Tanto es así que llevamos bastante tiempo haciendo solo recordatorios y revisiones, llamémosle de ese modo.

—Sabemos que Aurora Riu tuvo una infancia difícil, me refiero a la muerte de toda su familia, debió de ser un trago duro para quien entonces solo era una niña. Y luego está el asunto de sus compañeros de colegio, en estos días esos temas tienen más visibilidad y están algo más protegidos, pero en aquellos años todo era distinto, ya me entiende lo que quiero decir —asevera Ponce en un intento de reconducir la conversación para, de este modo, ver hasta dónde puede tensar la cuerda con el psicólogo y sonsacarle alguna información válida.

—Verán, si ella les ha revelado circunstancias de su vida privada, me parece perfecto, eso significa que acepta lo que ocurrió en el pasado y, de esa manera, le será posible alcanzar un equilibrio con su presente, pero entenderán que yo no pueda, ni deba, darles ningún pormenor que haga referencia a la intimidad de mi paciente, no sería ético.

—Por supuesto, lo entendemos —media Robles ante la tensión que se está generando.

—Entonces, también comprenderán que a no ser que traigan una orden judicial, no puedo entrar en ese terreno personal y privado —apostilla el hombre.

—Pero sí podrá valorar si Aurora Riu sería capaz de tener, digamos, algún comportamiento que pudiera llevarle a cometer una acción de carácter

violento —insiste el inspector.

—Lo lamento, pero me es imposible contestar a ese tipo de preguntas con tanta ligereza. Estos temas son extremadamente delicados.

—Espero que entienda que todo lo que nos diga pertenece al ámbito de la investigación y, por lo tanto, será tratado como tal —continúa presionando el inspector.

—Ajá, lo entiendo —afirma mientras se reclina sobre la mesa y señala con la mano las sillas, que aún permanecen vacías, para que los dos policías tomen asiento—. De todas formas, sí me atrevo a confirmar que Aurora jamás cometería un acto de agresión contra nadie. No sé de qué le acusan o por qué la investigan, pero estoy convencido de que ella no tiene nada que ver con cualquier ataque físico que se haya producido hacia otra persona.

—No hay ninguna acusación que recaiga sobre ella —informa el inspector—. Estamos buscando al marido de Aurora, lleva días desaparecido y sin dar señales de vida —anuncia Raúl Ponce esperando que, lo que acaba de revelar, cause algún tipo de reacción en Perviú.

El psicólogo guarda silencio por unos segundos. A pesar de sentirse observado por ambos policías, el hombre no da muestras de sentimiento alguno acerca del hecho del que acaba de ser alertado.

—¿Y piensan que ella ha tenido algo que ver en esa desaparición? —pregunta al fin.

—Todavía no descartamos nada. Las particularidades de la investigación son confidenciales, nos es imposible darle más datos sobre la misma.

—Comprendo. Ustedes, como yo, también tienen que guardar secreto profesional —asiente Perviú exhibiendo lo que Ponce cree que es una sonrisa triunfal.

—Sí, eso parece —responde el inspector visiblemente molesto—. Y, en su clínica, ¿podría decirnos qué tipo de tratamientos utiliza con sus pacientes?

—¿Es eso relevante para sus indagaciones, inspector? —cuestiona el psicólogo.

—Cualquier detalle, por insignificante que parezca, puede ser importante —confirma Ponce denotando cierta impaciencia como resultado de la actitud arrogante que muestra el psicólogo.

—Muy bien —acepta Perviú—. Verán, cada paciente demanda un tipo de terapia distinto, pero las que más se utilizan en mi consultorio son el psicoanálisis y la psicodinámica, esta última es la que estamos llevando a cabo en el tratamiento de Aurora, funciona muy bien con los pacientes en general y con Aurora en particular. Sus adicciones y obsesiones se han visto corregidas de una manera tal que lo considero todo un éxito, dadas las circunstancias.

Cuando el psicólogo comienza a extenderse en la explicación de cada una de las terapias que emplea, el teléfono del inspector Ponce suena interrumpiendo el discurso del terapeuta. Tras disculparse con su interlocutor, Ponce contesta a la llamada de inmediato. La expresión de su rostro y la agitación que muestra, moviéndose de un lado a otro por el perímetro del amplio despacho, ponen en guardia al agente Robles. Algo nuevo referente al presunto asesinato de Rodrigo o a la desaparición de Arturo ha debido suceder para que el inspector no pueda templar sus nervios y haga una exhibición tan evidente de su excitación, un comportamiento este que resulta poco usual en él.

Nada más colgar el teléfono, el inspector se dirige de nuevo al psicólogo.

—Señor Perviú, muchas gracias por su tiempo y sus explicaciones. Ha sucedido algo importante y ahora debemos marcharnos, lamento mucho que tengamos que irnos de una manera tan precipitada —dice Ponce girando el pomo de la puerta e instando a Robles a salir de la consulta del especialista.

—No se preocupe inspector, su labor está ahí fuera, protegiendo a los ciudadanos. Todos, sin distinción alguna, necesitamos de esa tutela sobre nuestra seguridad. Como es natural, espero que pronto resuelvan este caso y que contribuyan con ello a devolver la paz interior a Aurora, ya ha sufrido bastante —finaliza el hombre a la vez que acompaña a los policías hasta la salida.

—Lo haremos, no se preocupe —asevera Ponce antes de pulsar el botón de llamada del ascensor.

Una vez en el exterior, los dos hombres caminan calle abajo, se dirigen hacia el coche que está aparcado en una de las vías paralelas a donde se encuentra ubicada la clínica de Perviú. Durante el trayecto, Robles espera ansioso a que su jefe le transmita la conversación telefónica que se ha producido en el interior del edificio, pero no es hasta que se introducen en el

automóvil cuando Ponce rompe su silencio.

—Han encontrado a Arturo Obleas, vivo, en el bosque.

—Eso es una magnífica noticia —manifiesta Robles con cierta reserva.

—Sí que lo es —afirma el inspector aún sumido en sus cavilaciones—. Según me ha informado García, lo han encontrado algo deshidratado, pero su estado general es bueno. Dadas las condiciones en las que ha permanecido durante estos días, perdido en el bosque, estas son las mejores noticias que nos cabía esperar.

—Sin duda —corroborra el agente—. ¿Ha sido posible interrogarle acerca de la muerte de Rodrigo?

—Aún no. Está bajo los efectos de la morfina, pero en cuanto le curen las heridas y le estabilicen, procederemos a hacerlo. Arturo es la pieza clave para desentrañar este galimatías y solucionar el caso. Creo que estamos cerca, muy cerca.

El inspector conduce el vehículo sin pronunciar palabra. Por la dirección que han tomado, Robles intuye que se encaminan hacia el hospital donde se encuentra ingresado Arturo Obleas. El anhelo por conocer los detalles del rescate hace que Robles se revuelva agitado en el asiento del copiloto. Aunque el agente teme las consecuencias de interrumpir las tribulaciones de su jefe, finalmente decide hacerle algunas preguntas. Su curiosidad de policía le empuja a hacerlo sin pensar ni por un momento en el efecto que esto pueda causar en el inspector, pues de todos era sabido que, cuando los engranajes del cerebro de Ponce echaban a andar, lo mejor era dejarlo tranquilo. Todavía se recordaba en comisaría el día que el agente Izqui se atrevió a perturbar uno de esos mutismos en los que el inspector solía sumergirse mientras, mentalmente, iba encajando las piezas para resolver un caso de asesinato que tenía en jaque a todo el cuerpo de policía por la crudeza de su ejecución y la gran complejidad de la personalidad del asesino. Después de aquello, Izqui pasó un mes entero archivando diligencias, encerrado en un despacho y debiendo aguantar el mal humor de Ponce. Pero no solo por eso era mejor no inmiscuirse en las reflexiones del jefe, sino porque la mayoría de las veces que se sumía en esa especie de trance, los resultados que se obtenían eran excepcionales. El avispado olfato del hombre, casi siempre, acababa con la identificación del culpable y la resolución del hecho delictivo que estaban investigando.

Aun así, Robles, doblegado por su curiosidad, y tras emitir un ligero carraspeo, acierta a formular las preguntas que se agolpan en su garganta pugnando por hacerse audibles.

—¿Se le ha notificado ya la aparición de Arturo Obleas a su mujer? ¿Sabemos cómo ha reaccionado ella tras conocer la noticia?

Raúl Ponce se halla tan inmerso en sus pensamientos que hace caso omiso a las cuestiones que Robles le plantea. El agente, incómodo ante su indiferencia, no se atreve a verbalizar de nuevo sus dudas. Incidir en la interrupción de las meditaciones de su jefe era tentar demasiado a la suerte. Ya se enteraría de todo en cuanto llegasen al hospital y el inspector no tuviera más remedio que regresar al tiempo presente.

## Capítulo catorce La habitación 515

Un gran despliegue de coches patrulla y todoterrenos tiñen con sus luces de colores el aparcamiento del recinto hospitalario. El revuelo de hombres uniformados es constante, unos con sus batas blancas, otros con sus pijamas azules y, la mayoría de los que pueblan el exterior del edificio, ataviados con sus atuendos reglamentarios; son agentes de la Unidad de Vigilancia y Rescate, de Seguridad Ciudadana y un par de hombres que pertenecen a la Unidad Canina. Estos últimos han intervenido en el salvamento de Arturo Obleas y, todos ellos, en pequeños corrillos, esperan impacientes que les den el parte médico y datos fidedignos sobre el caso. Los rumores corren por toda la ciudad, pero los policías saben que no deben dar credibilidad a comunicados extraoficiales. Demasiadas veces habían incurrido en errores graves por dar crédito a bulos que, de tanto oírlos, parecían convertirse en verdades y, en eso, los cuerpos policiales debían ser muy rigurosos, aunque siempre existían filtraciones y, en ocasiones, estos deslices perjudicaban seriamente la labor de los investigadores al poner en alerta a los delincuentes o al darles pistas sobre cómo defenderse ante posibles acusaciones.

En la puerta de entrada a las urgencias se puede ver a la oficial García. Allí aguarda la llegada del inspector Ponce y del agente Robles con la intención de ponerles al tanto acerca de los últimos acontecimientos.

Nada más conocerse la noticia del rescate de Arturo, Susana García había puesto en marcha el protocolo de actuación diseñado para este tipo de contingencias. La oficial, además de ser una excelente investigadora, había demostrado en multitud de ocasiones ser una extraordinaria coordinadora. Sus compañeros lo sabían y, por ese motivo, seguían a rajatabla las instrucciones que su colega les iba marcando.

—¡Hola, Susana! ¿Tenemos novedades? —se interesa Ponce nada más ver a la oficial.

—De momento, ninguna, jefe. Los médicos nos han dicho que nos avisarán en cuanto Arturo esté despierto y en condiciones de recibir visitas. Entonces nos permitirán hacerle algunas preguntas, pero ya sabes, sin agitarlo



ni cansarlo demasiado.

—Ya me imagino. ¿Sabemos si ha hablado durante el traslado con los agentes que lo rescataron?

—Al parecer no ha dicho nada. Lo han localizado en un estado lamentable, aun así el hombre estaba confeccionando una señal de socorro con ramas y bellotas, no saben ni cómo era capaz de moverse. Una de sus piernas luce una herida con un aspecto muy feo y el hombre está repleto de magulladuras que le adornan todo el cuerpo. Eso sin contar con que prácticamente no ha comido ni bebido nada en estos últimos tres días.

Desde un segundo plano, Robles escucha atentamente la conversación que el inspector y la oficial mantienen aún en el exterior del hospital. Al agente no se le escapa la ausencia de López por los alrededores. Cuando sus superiores hacen una pausa, Robles aprovecha el momento para hacer un inciso y preguntar por su compañero.

—Susana, ¿no está contigo López?

—No, la verdad es que hace ya un buen rato que ha ido a notificar a la mujer de Obleas que hemos encontrado a su marido sano y salvo, imagino que ahora estará con ella. Se ha quedado encargado de acercar a Aurora hasta aquí.

—¿Y aún no han llegado? —inquire Ponce denotando cierta extrañeza.

—Supongo que estarán al caer —replica la oficial sin dar mayor importancia al hecho de que López aún no hubiera aparecido.

Es en ese momento cuando Robles se percata de que cerca de una docena de vehículos se adentran en el recinto y de que aparcan de una manera totalmente desordenada. De su interior descienden con premura hombres y mujeres que cargan al hombro cámaras, cables y trípodes de todos los tamaños. Otros portan en la mano micrófonos con el anagrama de sus correspondientes cadenas y emisoras. Se trata de periodistas, quienes, alertados por la aparición en el bosque de un individuo relacionado con el asesinato de Rodrigo Suárez, han acudido sin pérdida de tiempo al hospital para obtener cualquier información que calme la avidez de noticias sobre el crimen perpetrado en el robledal hace solo unos días.

Los programas interrumpen sus retransmisiones habituales para conectar en directo con los corresponsales desplazados hasta allí. Cuando Robles intenta avisar a sus jefes de que una marabunta de gente se aproxima

blandiendo sus micrófonos en alto, ya es tarde para escabullirse. Raúl Ponce se encuentra rodeado de un enjambre de micros embutidos en sus esponjas promocionales para protegerlos de los ruidos del ambiente o los popeos de los entrevistados al expulsar el aire al hablar. La lluvia de preguntas cae sobre el inspector como una lapidación de palabras que hacen imposible su entendimiento. Ante la insistencia de los reporteros, el inspector se ve en la obligación de poner un poco de orden y dar alguna declaración que calme los ánimos. El agente y la oficial, que observan la escena, se muestran despreocupados. Ponce tiene una amplia experiencia para lidiar ante este tipo de situaciones.

Por lo general, es el inspector quien, personalmente, se encarga de aleccionar a los agentes recién llegados de la academia. Les instruye sobre lo primordial que es no facilitar a la prensa ningún dato que propicie las especulaciones pero, a la vez, les deja claro que es imprescindible dar un señuelo a los medios que les lleve a crearse ciertas expectativas, que les haga suponer que ellos serán los primeros concedores de los avances que surjan a raíz de las nuevas pruebas e investigaciones. Por otro lado, el inspector también es el responsable de prevenir a su equipo sobre los riesgos que correrían si se produjeran filtraciones acerca de las indagaciones que se están realizando. En el caso que les ocupa actualmente, el peligro es que alguien que forme parte del personal sanitario, algún familiar de los enfermos hospitalizados, o incluso los propios pacientes, se vayan de la lengua con algún redactor ávido de protagonismo. Para evitarlo, lo más sensato es ir racionando las informaciones de manera que los informativos y los programas de televisión tengan de vez en cuando alguna primicia que aportar a sus espectadores. Esto les permitiría salir del bucle en el que, de manera habitual, se veían envueltos los locutores y presentadores cuando tenían que rellenar de minutos los espacios informativos hablando sobre un asunto tan mediático como lo era este. Así se lograba, en cierta manera, que los redactores declinaran buscar información por medios officiosos, aunque los periodistas eran perros de presa y resultaba arduo el trabajo de contenerlos en su ambición por emitir exclusivas dirigidas a sus oyentes, lectores o telespectadores. Por eso, Ponce, tras pedir calma a los allí congregados, se dispuso a hablarles siguiendo sus propios consejos.

—A ver, un momento, por favor, un momento, guarden silencio, no hablen todos a la vez, se lo ruego. Si conservan la calma, aquí mismo les

dirigiré unas palabras —intenta negociar el inspector.

Tras ese mensaje, un buen número de micrófonos, cámaras, móviles y grabadoras apuntan directamente en la dirección en que se encuentra Raúl Ponce. El silencio logrado gracias a la expectación del momento se ve alterado por la sirena de una ambulancia que trata de acceder al recinto hospitalario. Ponce aprovecha esos segundos extra para pensar bien lo que va a decir. Una vez que la sirena deja de aullar, el inspector retoma el mando y se dirige al grupo de reporteros.

—A primera hora de esta tarde, gracias al excelente trabajo de nuestros compañeros de la Unidad Canina y de Salvamento y Rescate, hemos encontrado al hombre que llevaba tres días desaparecido y al que andábamos buscando sin descanso. Como ustedes saben, el hombre se halla actualmente ingresado en este hospital, pero podemos confirmar que su estado de salud es bueno...

Justo en ese momento los periodistas comienzan a lanzar preguntas sin orden alguno. Hablan los unos superponiendo sus frases a las de los otros, pisándose las preguntas, gritando para hacerse oír por encima de las voces de sus compañeros. Antes de que la espontánea rueda de prensa se le vaya de las manos, el inspector intenta volver a tomar las riendas.

—Por favor, les ruego que no formulen sus consultas al mismo tiempo, es imposible comprender y contestar a todas las cuestiones que me están planteando. Tan solo puedo decirles que el hombre se encuentra bien y que el motivo del ingreso es el de realizarle una revisión rutinaria y certificar así su buen estado de salud. Eso es todo por ahora. Les adelanto que aún no nos ha sido posible entrevistarnos con él, esperamos poder hacerlo en breve, en cuanto los médicos den por terminadas las pruebas diagnósticas que se le están practicando. Cuando tengamos la certeza de cuáles han sido los motivos que lo han retenido tres días apartado de su hogar y su familia, se lo haremos saber.

—¿Y qué hay de la pistola que se halló junto al cadáver? ¿Es verdad que pertenece al hombre que han localizado hoy en el bosque? —alza la voz uno de los periodistas.

Ponce maldice a la persona, fuera quien fuera, que había revelado ese dato. El asunto del arma estaba bajo secreto policial y no debería de haber salido a la luz, al menos no en este momento.

—Señoras y señores, agradezco su paciencia y su interés. Ahora

debemos entrar para continuar con nuestra labor, espero que lo comprendan —finaliza Ponce dando media vuelta y dejando a los reporteros, una vez más, con la palabra en la boca.

En el mostrador de recepción, una enfermera les notifica que el doctor Santolalla les requiere en la quinta planta para hablar con ellos. Al parecer Arturo ya se ha despertado y está en condiciones de declarar.

Los tres policías montan en el ascensor y pulsan el botón que les lleva hasta la habitación quinientos quince donde Arturo Obleas descansa para su recuperación. Las dos personas que han accedido al interior del ascensor al mismo tiempo que ellos les miran de reojo, pendientes de cualquier movimiento o comentario, por si, con ello, logran averiguar algo que contar a su pariente enfermo. No hay nada mejor para aliviar las dolencias que un buen chascarrillo.

El mecanismo hidráulico del elevador hace que el viaje hasta la quinta planta se les haga eterno. Al fin se abren las puertas metálicas y, antes de que la oficial García abandone la plataforma, a su espalda, le llega una frase que masculla una de las mujeres que aún permanece en el interior del elevador. En ella se dicta sentencia —ojalá ese asesino se pudra en la cárcel— dice. Ya no hay vuelta atrás, el juicio mediático se ha puesto en marcha.

Los tres policías caminan juntos por el pasillo central que lleva a las habitaciones de los pacientes ingresados en planta.

—Buenas noches. Soy el inspector Ponce —se presenta el policía enseñando su placa en el control de enfermería—. Nos han dicho que el doctor Santolalla quiere hablar con nosotros.

—Sí, ahora mismo le aviso —contesta la enfermera mientras abandona su lugar habitual de trabajo, detrás del mostrador.

Pasados un par de minutos, el médico que atiende a Arturo aparece por el pasillo que divide en dos la planta quinta del hospital. Tras esquivar un carro cargado con ropa de cama, toallas, esponjas, pañales y algún pijama de repuesto, y después de dejar atrás otro que contiene todo el material necesario para realizar las curas, el doctor Santolalla llega a la altura donde le esperan los tres policías. Tras estrechar sus manos e indicarles que el paciente está consciente y, tras hacerles un sinfín de recomendaciones de asepsia y cuidado, el facultativo pasa a explicarles el estado general en el que se encuentra el enfermo. Finalmente, el médico les da acceso a la habitación para que puedan dialogar con Arturo.

—Buenas noches, señor Obleas. Verá, estos son la oficial García y el agente Robles. Yo soy el inspector Ponce. Queríamos hacerle unas cuantas preguntas sobre lo que le ha sucedido estos días atrás.

—Buenas noches —responde Arturo antes de esgrimir una explicación sobre su lentitud de reflejos y su desconcierto—. Aún me encuentro algo aturdido. Todo lo que he vivido en el bosque parece un sueño, ni siquiera sé si ha pasado en realidad.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta Robles a sabiendas de que Ponce iba a ir directo al grano, sin mostrar interés alguno por el estado de salud del individuo que se encontraba postrado en aquella cama.

—Como en una burbuja, la verdad, imagino que es debido a la medicación. Pero, por otro lado, muy feliz. En algún momento llegué a pensar que iba a morir allí. Por eso, a pesar de todo, ahora me siento muy afortunado —dice Arturo con un nudo en la garganta que provoca que su voz suene algo aflautada—. ¿Han avisado a mi mujer? —acierta a decir con un brillo vidrioso en los ojos.

—Estamos en ello. Un compañero ha ido a su casa a trasmitirle la noticia personalmente. Después ha quedado en acercarla hasta la clínica, pronto estarán aquí, tranquilo —esta vez es la voz de la oficial García quien, con un aura maternal, contesta a Arturo.

—Por favor, díganle que quiero verla —implora Arturo.

—Me gustaría que nos contara qué fue lo que le hizo acudir la otra tarde hasta el bosque —interviene Ponce cortando el momento emocional que flota en el aire.

—Quedé con Rodrigo Suárez para vernos.

—¿Con qué objetivo quedaron en un lugar tan apartado?

—Fue él quien eligió el sitio donde encontrarnos. Yo tan solo quería que acabara la pesadilla que estábamos viviendo. Él me dijo que si acudía a la cita, iba a dejarnos en paz —relata con la mirada perdida en algún lugar inespecífico del suelo de la habitación.

—Dice que estaban viviendo una pesadilla, ¿se refiere a usted y a su mujer?

—Sí —confirma a la vez que trata de recolocar la almohada bajo su cabeza haciendo tambalear el gotero que sujeta la bolsa de suero.

Ante la inestabilidad del palo que sujeta el dosificador, la oficial García se ve tentada de acercarse hasta la cabecera de la cama para acomodar

a Arturo, pero la siguiente pregunta que lanza Ponce diluye de golpe el instinto solidario de la mujer.

—¿Sufría amenazas por parte de Rodrigo Suárez?

—Sí —vuelve a contestar el hombre con un monosílabo.

—¿Con qué le amenazaba, señor Obleas?

Ante la última cuestión formulada por el inspector, el silencio inunda la habitación. Tan solo las enfermeras que continúan con su labor en los pasillos y el ruido de algunos pasos deshacen la tensión que la ausencia de sonido provoca entre los presentes. El rostro de Arturo parece aún más pálido de lo que estaba cuando entraron para entrevistarse con él hacía solo unos minutos. La luz macilenta del fluorescente acentúa esa sensación cadavérica que el cuerpo depauperado de Arturo proyecta ante los ojos de los policías quienes, situados a cierta distancia de la cama, esperan una respuesta.

—Señor Obleas, hemos encontrado en su coche un paquete con kilo y medio de hachís, así como una bolsita con veinte gramos de cocaína. No creo que esas cantidades fueran para consumo propio. ¿O me equivoco? ¿Había quedado con Rodrigo Suárez para pasarle esa mercancía? ¿Tenían que ver con esto las amenazas que él vertía sobre ustedes? —escupió a bocajarro el inspector provocando el asombro de todos los asistentes al interrogatorio.

—Pero, ¿qué está diciendo? —chilla Arturo mientras intenta incorporarse en la cama y da un fuerte tirón a la vía a la que se encuentra unido como si fuera un cordón umbilical.

—Es sencillo —replica el inspector con calma—. ¿El tráfico de drogas es lo que les reunió a ustedes dos en el bosque?

—¡Esa droga no es mía! —se defiende el hombre cuyo rostro, cada vez más lívido, comienza a confundirse con el blanco de la sábana que lo cubre—. Pregúntenle a Rodrigo, ha tenido que ser él quien me la ha puesto en el coche para implicarme.

—Lo lamento mucho, pero no podemos hacerle esa pregunta a Rodrigo. Él está muerto —dice Ponce remarcando la erre al pronunciar esa última palabra.

—¿Cómo que está muerto?

—Sí, lo hemos encontrado en el mismo lugar en el que le localizamos a usted, solo que él apareció con un tiro en la cabeza —le comunica el inspector a la vez que escruta el gesto de Arturo tras anunciarle la noticia del óbito.

—¿Dónde dice que ha muerto? ¿Quién ha podido hacer algo así?

—¿De verdad que no lo sabe? —pregunta Ponce con un deje de ironía —. Su cuerpo estaba en el bosque, donde los dos mantuvieron una fuerte discusión, a tenor de los golpes que, sin duda alguna, ustedes se intercambiaron.

—No negaré que nos vimos y que mantuvimos un encuentro muy desagradable. Llegamos a las manos, sí, pero eso no significa que yo le descerrajase un tiro en la cabeza. ¡Eso no fue así!

—Muy bien, tal vez pueda decirnos entonces cómo fue —dice el inspector a la vez que avanza un par de pasos hacia la cama en la que permanece Arturo medio incorporado.

El aparato que controla el ritmo cardiaco comienza a registrar la aceleración del pulso del hombre que, a cada minuto que pasa, se muestra más nervioso y excitado. Las cifras que marcan la tensión arterial también se ven alteradas. El tórax de Arturo se mueve de manera ostensible bajo la pulcritud de las sábanas, la respiración es agitada.

Con la mirada inquisidora del policía sobre su rostro, el enfermo pasa a relatar al inspector cómo recibió un mensaje de Rodrigo citándole en el bosque a las seis de la tarde del jueves día cuatro. Reconoce que, tras cambiarse de camisa y hacerse con las llaves del coche, cogió la pistola que guardaba en un cajón de la cómoda de su habitación. Aduce que la llevó al lugar del encuentro porque sentía miedo de lo que Rodrigo pudiera hacerle, por mera protección, pero que jamás pensó utilizarla. Asimismo, les cuenta los pormenores sobre la angustia que sintió mientras conducía la furgoneta por la carretera nacional en dirección al embalse de Ulla. Una vez allí, les relata cómo empezó a recibir mensajes en el móvil. Estos contenían instrucciones que le mostraban la dirección a tomar para adentrarse en aquel terreno desconocido, instrucciones que siguió al pie de la letra hasta que se vio totalmente perdido, tan mareado y confundido que le fue imposible orientarse. Seguidamente, Arturo narra cómo, al fin, Rodrigo se hizo visible y cómo nada más acercarse, comenzaron los insultos. Cuenta entonces la escena en la que ambos hombres discutieron e intenta explicar cómo se sintió cuando el malnacido de Rodrigo empezó a insinuar que Aurora y él eran amantes y que la tenía sometida a su voluntad. Con una sombra de duda por las consecuencias que esta revelación pudieran tener, Arturo confiesa que sacó el arma en un impulso de amedrentarlo, pero sin intención de apretar el

gatillo. —Soy incapaz de hacer algo así—, se defiende. Sin embargo, Rodrigo, probablemente cegado por el miedo, se le echó encima. El arma se disparó de manera fortuita, lanzando un tiro al aire. Después de eso ambos cayeron al suelo y rodaron por el terreno. Ahí fue cuando él perdió el sentido. A partir de ese momento no lograba recordar nada más, solo que, cuando se despertó, lo hizo en mitad del bosque, malherido y envuelto por la oscuridad de la noche.

—¿Y qué hay del segundo disparo? —pregunta Ponce tras escuchar todo el relato.

—Allí no hubo ningún segundo disparo. Como ya le he dicho, el arma se disparó al aire, fue accidental, fruto de la pelea. La bala se perdió entre los árboles. Se lo juro, eso fue lo que pasó.

—Ya —dice Ponce haciendo una especie de pausa dramática antes de lanzar la siguiente pregunta—. ¿De qué se conocían el señor Suárez y usted?

—Me lo presentó Aurora a la salida del supermercado. Hacía años que no se veían, fueron juntos al colegio, ¿sabe?, de eso se conocían. Aurora no llevaba el teléfono encima aquel día y apuntó el número de Rodrigo en mi móvil, quería hacer una cena de antiguos alumnos e invitarle. Al menos eso fue lo que dijo.

En este punto de la narración, Arturo vuelve la vista hacia la ventana de la habitación antes de continuar el relato.

—Pero después de que se reunieran en Alierta, Aurora empezó a comportarse de manera extraña, estaba siempre pensativa, abatida, no sé, como consternada. Pasaba horas a solas, en silencio. Me tenía muy preocupado. Recordé que tenía el número de teléfono de Rodrigo guardado en mi móvil y se me ocurrió mandarle un mensaje para saber si había ocurrido algo extraño la noche que estuvieron de cena. Fue desde ese mismo momento cuando él comenzó a mensajearse conmigo. No debí hacerlo. Todo fue un error, un maldito error.

—Tranquilícese —acierta a decir el inspector algo preocupado por las gráficas que muestra el ecógrafo.

Antes de que el inspector retome la palabra, Robles alza la voz para preguntar por Aurora en un intento de suavizar el interrogatorio y lograr así que las constantes vitales de Arturo vuelvan a la normalidad. De seguir de este modo, pronto los desalojarían de la habitación y tardarían en obtener un nuevo permiso para visitarlo.



—¿Y a Aurora? ¿Cómo la conoció? —dijo el agente con una sonrisa tranquilizadora.

—¿A Aurora? Bueno, eso es una larga historia —replica él algo más sereno—. Los dos estábamos en un centro de rehabilitación para drogadictos. Yo hacía tiempo que había salido del hoyo. Llevaba muchos años limpio, aunque uno debe permanecer siempre alerta porque esta es una enfermedad crónica. Por aquellos años me dedicaba a tutelar a los nuevos ingresados. Era un trabajo duro, pero muy gratificante. Me encargaba de darles la bienvenida, acomodarlos y supervisar su adaptación. Esos son los momentos más difíciles, los primeros días es cuando más dudas surgen, es entonces cuando aparecen todos los monstruos. La adicción controla tu vida y es muy difícil mantenerte firme ante la decisión de dejar de consumir. Las personas que acuden allí tienen que ser muy fuertes o tener a alguien al lado que les sujete y les convenza de que realmente lo son. Esa era mi función en el centro. Las primeras semanas, por regla general, siempre son las más complicadas. La condición física tiene que ser buena para que el tratamiento llegue a buen término. A algunos de los que ingresaban, primero había que sanarlos para luego pasar al capítulo de la desintoxicación. Es un proceso muy extremo, el síndrome de abstinencia puede llegar a matarte si no estás en las condiciones y las manos adecuadas, se requiere mucha fuerza de voluntad y valentía. El enfermo se siente en el mismísimo infierno.

Los policías permanecen callados, noqueados ante el relato de Arturo, hasta Ponce se muestra sobrecogido al imaginar las desgarradoras situaciones que se llegan a vivir en esa clase de centros.

—El cuerpo no está preparado para que no le des lo que la mente le pide —continúa Arturo—. Entonces sobrevienen los vómitos, las diarreas, las alucinaciones. Debes beber mucho líquido, inflarte de sopas y caldos, de bebidas energéticas que devuelvan al cuerpo las sales y minerales que está perdiendo. Los sudores nocturnos hacen que debamos cambiar las sábanas una o dos veces por noche para mantenerles limpios y frescos, es importante que la sensación que tienen sea de bienestar dentro del caos que lleva implícito el propio proceso. De esa forma el cerebro irá asumiendo poco a poco el progreso como algo beneficioso. Solo así la mente dejará de pedir una raya o un chute para sentirse mejor. La temperatura corporal también se descontrola, los escalofríos hacen que convulsione todo el cuerpo. Por eso, nosotros, los cuidadores, somos tan importantes. En esos momentos les

preparamos un baño de agua tibia para que puedan relajarse y a la vez regular su temperatura. En algunos casos, muchos, no tenemos más remedio que recurrir a la metadona, aunque esto provoca que un gran número de ellos queden también enganchados a este fármaco y no quede otro remedio que hacer una segunda desintoxicación. Por eso tratábamos de que el itinerario fuera lo más pulcro posible, a través del uso de antihipertensivos, benzodiacepinas o analgésicos. En cuanto se hallaban algo más recuperados y con fuerzas suficientes, nos poníamos a hacer ejercicio, poco o mucho, eso daba igual, dependía de cada persona y de su estado general. El deporte es uno de los mejores remedios, se liberan endorfinas y mantiene el tiempo y la mente ocupados. Eso impide que durante esos periodos su cerebro se dedique a pensar en lo que no debe. Teníamos varios grupos de terapia, algunos organizaban clases de baile —no a todos les gusta el gimnasio— por lo que bailar era otro modo de ejercitarse de una manera divertida. Manteníamos un pequeño huerto en el jardín y, en las zonas comunes, se realizaba un taller de carpintería y otro de pintura. Desarrollar las artes también era un buen sistema para alejarse de las tentaciones. Pero, curiosamente, lo que más éxito alcanzó fue enseñarles a tocar instrumentos. Llegamos a formar una pequeña banda de jazz. Sí, como lo oyen, probablemente nos hubieran tirado huevos en cualquier escenario al que nos hubiéramos subido, pero nosotros nos sentíamos tan orgullosos de lo que habíamos logrado con todo aquello.

Ante el silencio impuesto por la nostalgia del recuerdo, Robles decide tomar la palabra para aprovechar la confianza que Arturo parece estar depositando en ellos.

—Habla de aquellos días con añoranza y con mucha emoción — comenta Robles mientras cuida de que las palpitaciones y la tensión arterial se mantengan estables—. Sus palabras traslucen la ilusión que ponía en la recuperación de los enfermos.

—En efecto, era muy fatigoso, pero satisfactorio —reflexiona Arturo entrecerrando los ojos, como si de pronto se sintiera agotado.

—Entonces, señor Obleas, usted siempre ha tenido un trato directo con el mundo de la adicción y de las drogas —dice Ponce rompiendo toda la magia que la narración de Arturo había dejado flotando en el reducido espacio que ocupaban.

El hombre, que durante unos minutos había permanecido calmado mientras contaba su historia, se tensó por completo de nuevo haciendo que

las gráficas del electrocardiograma saltaran de arriba abajo como una atracción de feria.

—¡Ya le he dicho que esa droga de la que hablan no es mía! ¡Alguien la puso allí! ¡Por Dios, esto es una locura!

—Pero su mujer nos ha confesado que usted traficaba con ciertas sustancias —insiste el inspector.

—¿Cómo?! ¿Aurora les ha dicho eso? —pregunta atónito ante esta revelación.

Las máquinas que controlan las constantes vitales de Arturo se disparan como una tetera hirviendo, los sonoros pitidos que emiten se escuchan por toda la planta. El equipo médico tarda solo unos segundos en personarse en la habitación y, con ellos, aparece el Doctor Santolalla quien exterioriza su enfado a base de histriónicos aspavientos y mandatos incontestables que instan a los policías a abandonar la habitación de manera inmediata.

—Vámonos —ordena el inspector Ponce a sus subordinados.

Cuando las puertas de doble hoja del ascensor se abren para hacer desaparecer en su interior a los tres policías, se topan de bruces con López que llega acompañado de Aurora en ese mismo momento. Habían estado tan absortos con las indagaciones que casi se habían olvidado de ellos. La reacción de Aurora, al ver en la lejanía el delirante movimiento de médicos y enfermeras que entraban y salían de una de las habitaciones dando la voz de alarma, es inmediata. Sobresaltada, la mujer deja atrás al grupo de policías y echa a correr hacia la habitación quinientos quince en la que la vida de su marido parece volver a estar pendiente de un hilo.

## Capítulo quince

### Las cicatrices de Marta

Al salir del hospital, Ponce y los suyos han olvidado por completo lo que les espera fuera. Una nube de periodistas se abalanza sobre ellos como un enjambre de avispas mostrando sus agujones convertidos en micrófonos. Esta vez Ponce no está dispuesto a perder tiempo con ellos, tiene en mente ir a visitar a Marta Calas, la compañera de instituto de Rodrigo y Aurora. Según sus informadores, la mujer sufrió quemaduras y vejaciones cuando era una niña y, tal y como había manifestado Aurora, guardaba un rencor y un odio exacerbado hacia su acosador, una inquina que el paso de los años y la madurez no habían conseguido aplacar, sino más bien todo lo contrario.

Nada más atravesar el umbral que daba acceso al aparcamiento, el asedio informativo no se hizo esperar.

—¡Inspector! ¡Inspector! ¿Qué les ha dicho el sospechoso? ¿Ha confesado el asesinato?

Raúl Ponce aún no había tenido ocasión de ver ni oír los informativos, así que no sabía qué es lo que se estaba retransmitiendo al público a través de los medios de comunicación aunque, si su amplia experiencia no le traicionaba, suponía que ya rondarían a pie de calle infinitas especulaciones sobre el asesinato que se había perpetrado en el bosque.

Antes de responder a los requerimientos de los periodistas, echó un vistazo a su teléfono, vio que tenía un par de llamadas de Paula, la forense que se encargaba del caso. Más tarde la llamaría.

La pantalla del móvil no reflejaba ningún otro mensaje que le diera pista alguna sobre lo que se estaba difundiendo en las televisiones, periódicos, emisoras de radio o redes sociales, de modo que le era imposible prever cualquier hipótesis que esos plumillas estuvieran pensando plantearle con el objetivo de ganarse algún punto ante sus superiores. Por ello, haciendo gala de una de sus máximas: «Cuanto antes te enfrentes al problema, antes lo solucionas», Ponce se coloca frente a las decenas de reporteros que, ansiosos, esperan a las puertas del centro sanitario.

—Buenas noches de nuevo. Venimos de conversar unos minutos con el individuo que ha sido localizado esta tarde en el bosque y que responde a

las iniciales A. O. M. Como ya les hemos adelantado anteriormente, el hombre está hospitalizado para hacerse un chequeo médico completo y certificar su buen estado de salud. Actualmente nos encontramos a la espera de que, ante los informes sanitarios que presumimos serán favorables, le den el alta hospitalaria muy pronto. Por otro lado, les avanzo que durante el breve indagatorio mantenido con él, hemos podido averiguar que la pistola encontrada junto al cadáver es propiedad del hombre que, en estos momentos, permanece bajo custodia policial en una de las habitaciones de este sanatorio. Aún queda por esclarecer quién efectuó el disparo, ya que no tenemos ninguna prueba que avale el hecho de que fuera este mismo individuo quien lo efectuara. Por eso, por favor, les ruego que dejen trabajar a nuestros agentes. No viertan especulaciones sobre el caso y asegúrense de que la información que trasladen sea primero confirmada por fuentes oficiales.

—Pero, ¿si no fue él? Entonces, ¿quién disparó el arma? ¿Tenía un cómplice? ¿Se sabe cuál pudo ser el móvil?

Una ráfaga de preguntas sale desde la posición que ocupan arremolinados los informadores. Es obvio que necesitan enviar nuevos datos a sus redacciones antes de que se abran los telediarios de la noche y, por ello, no cejarán en su empeño hasta lograr una noticia lo más jugosa posible.

—Eso es lo que estamos averiguando. Contamos con varias líneas de investigación abiertas, esperamos tener pronto todas las respuestas y esclarecer los hechos. Les haremos saber cualquier avance sobre el caso — promete Ponce levantando la palma derecha de su mano como si se dispusiera a realizar un juramento—. Ahora tengo que pedirles otra cosa, por favor, les insisto en que dejen trabajar a nuestros hombres y traten de no incomodar al personal del hospital que está realizando su labor humanitaria. En este centro hay muchos enfermos que necesitan tranquilidad y reposo para sanar sus dolencias, es por ellos por los que les ruego que no permanezcan en las inmediaciones. Cuando tengamos más datos, cursaremos una convocatoria de rueda de prensa y pondremos a su disposición toda la información que nos sea posible. Muchas gracias.

Mientras los policías se desplazan hasta el lugar donde tienen aparcados sus automóviles, todavía se escucha en la lejanía el bullicio de los periodistas que continúan lanzando multitud de preguntas al aire, aun teniendo la certeza de que no van obtener respuesta.

Antes de montarse en el coche para dirigirse con el agente Robles al

domicilio de Marta Calas, el inspector se gira sobre sí mismo y expone una duda que lleva un tiempo rondándole por la cabeza.

—López, ¿por qué habéis tardado tanto en llegar al hospital? Creo que hace más de una hora que la oficial García te instó a acudir a la casa de los Obleas y acompañar después a la mujer de Arturo hasta aquí.

—En efecto, así es, jefe. Pero cuando llegué allí la casa estaba vacía. Pregunté a algunos vecinos y me dijeron que hacía ya tiempo que habían visto a Aurora abandonar el domicilio a pie. Traté de comunicarme por teléfono, pero tampoco logré contactar con ella. Al fin fue la panadera, al asomarse para ver qué pasaba alertada por la visión del coche policial aparcado en la calle, quien me contó que la tarde anterior Aurora había comentado que quería acudir a visitar a su psicólogo. Al parecer la mujer se encuentra muy nerviosa y deprimida con todo lo que le está sucediendo. Fue entonces cuando decidí dirigirme hacia la consulta del doctor Perviú, por si se diera la casualidad de que Aurora rondara por allí y, antes de llegar a la clínica, tuve suerte y logré interceptarla. Le comuniqué la noticia de la aparición de su marido y de que lo habían llevado al hospital en una ambulancia. Me rogó que le llevara de vuelta a casa lo más pronto posible. Dijo que no quería presentarse ante Arturo con esa facha, aunque a mí me parecía que iba muy arreglada y me extrañó que no quisiera ir rápidamente a ver al hombre, pero accedí y la conduje de nuevo hasta su piso. Yo me quedé esperándola en el interior del coche, tardó unos minutos en volver a bajar e inmediatamente después nos vinimos para el hospital. Por eso nos demoramos tanto en llegar.

Sin emitir ningún comentario al respecto, y después de escuchar pacientemente la larga explicación del agente, Ponce ordena a la oficial García que se ocupe de disolver a todas las personas que aún merodean por el entorno del hospital. Más tarde se encargaría de llamar a la planta de Medicina Interna para interesarse por el enfermo, tenía la esperanza de que el estado de Obleas no hubiera empeorado después del intenso interrogatorio al que le habían sometido.

—¿Tienes la dirección de Marta Calas? —dice el inspector a su compañero mientras ambos se introducen en el vehículo oficial.

—Sí, no queda muy lejos de aquí —responde Robles colocándose al volante.

En el camino, el inspector recuerda las llamadas perdidas de Paula.

Ya es tarde, pero tal vez se trate de algo importante, por ello, decide marcar el número de la forense para cerciorarse de qué es lo que sucede.

—Raúl, te he telefoneado varias veces —responde ella nada más escucharse el segundo tono de llamada.

—Sí, lo sé. Lo siento. Está siendo un día complicado, salimos ahora mismo del hospital, de estar con Arturo Obleas, y vamos a hacer algunas preguntas a una compañera de instituto de Aurora Riu y de Rodrigo Suárez. Luego te cuento todo.

—De acuerdo. Te he llamado porque tengo novedades.

—¿Has encontrado algo que pueda ayudarnos?

—Hubiera preferido decírtelo en persona. Sabes que no me gusta dar este tipo de noticias por teléfono, pero visto lo visto, me parece que no tengo más remedio que meter la cena en el frigorífico y contártelo ahora.

Raúl Ponce y Paula Mazas mantienen una relación oculta a ojos de subordinados y amigos. Los dos se sienten más cómodos actuando de esta manera, ello les permite centrarse en el trabajo, sin distracciones. Además, esto les hace sentirse menos vulnerables ante situaciones tan extremas y difíciles como las que ellos enfrentan en su día a día. Era algo que habían pactado desde el inicio de su relación, hacía ya un par de años y que, los dos, llevaban a rajatabla. El juego de la clandestinidad lograba que la emoción y la pasión funcionasen mejor, un tándem perfecto.

—¿Qué tienes para mí?

—Te refieres de cena, de información o de lo que te espera cuando llegues a casa. —A Paula le gustaba poner en aprietos a Ponce cuando sabía que estaba rodeado de sus compañeros y que no podía responder como él quisiera.

—Has dicho que había alguna nueva pista. ¿De qué se trata? — responde él tratando de sonar lo más serio posible.

—Pues verás, hemos encontrado bajo las uñas del cadáver restos de ADN distinto al de Obleas, probablemente se trate de la tercera persona que se hallaba en el bosque aquel día. Y, por lo que se ve, Rodrigo trató también de defenderse de él.

—Genial, esa es una buena noticia, podremos comprobar esas muestras con las de los posibles sospechosos —dice en tono alegre a pesar del cansancio que las horas que llevaba en pie y sin ingerir apenas un sándwich y dos botellines de agua le provocaban—. Siento que ya estamos

muy cerca de resolver este caso, Paula.

—Eso espero. Estaré despierta cuando vuelvas —se despide la forense.

Ponce transmite las novedades al agente Robles que ya está aparcando el automóvil frente a la casa de Marta Calas. Son más de las diez de la noche. Ambos hombres confían en que puedan mantener, al menos, una breve conversación con la mujer que habita en aquella vivienda unifamiliar de dos plantas, muy cerca de la playa. En el segundo piso hay una luz encendida. Por lo poco que al agente Robles le había dado tiempo a investigar, Marta vivía sola en aquella casona de piedra que había heredado de sus padres hacía ya algún tiempo, así que la luz que alumbraba la estancia debía de significar que la mujer se hallaba en el interior de la vivienda.

Nada más tocar el timbre, los policías escuchan a través de la puerta los pasos de alguien que desciende las escaleras desde el piso superior. Enseguida, la puerta principal se abre dejando ver a una mujer con el pelo recogido en una coleta alta. Sus facciones son las de una mujer madura que aún conserva el reflejo de la hermosura que seguro tuvo en su juventud. Aunque está sin maquillar, su belleza es indiscutible. Ambos hombres quedan algo turbados ante su presencia y tardan unos segundos en reaccionar.

—¿Desean algo? —tiene que decir la mujer ante el mutismo de aquellos dos desconocidos que permanecen mudos bajo el dintel de su puerta.

—Disculpe. Somos el inspector Ponce y el agente Robles. Sabemos que es tarde, pero nos gustaría charlar unos minutos con usted acerca de Rodrigo Suárez.

—¡Ah, sí! Algo he oído por ahí —responde ella mostrando escaso interés por el asunto.

—¿Le importa si pasamos un momento? —insiste Ponce.

—Claro, por supuesto, adelante. Está todo un poco desordenado, iba a acostarme en breve. Ya saben, leer un rato, ver una serie policiaca, ja, ja, ja, y a dormir —comenta ella jovial.

Los hombres se adentran en la estancia, un espacio diáfano donde se puede ver una chimenea al fondo y unos sofás de cuero repletos de cojines. Apoyado en un gran soporte descansa un contrabajo, sobre la mesa también hay una trompeta, muy reluciente, como si acabara de ser limpiada. El otro lado de la pieza se abre hacia una enorme cocina que alberga una isleta en el centro, muy al estilo americano, rodeada de taburetes altos. Marta les hace



una seña para que se dirijan hacia el larguísimo sofá, con forma de ele, donde Ponce calcula que pueden caber hasta diez personas, si no son muy gruesas.

—¿Quieren tomar algo? Acabo de hacer té, pero también tengo café de esta mañana, si no les importa que sea recalentado.

—No, gracias —rechaza el inspector la amable oferta de ella—. Son solo un par de preguntas, no le quitaremos mucho tiempo.

—Muy bien. Siéntense entonces.

—Verá —continúa Ponce mientras observa como Marta Calas cruza las piernas de manera que la abertura de la bata deja expuesto uno de sus muslos—, como ya habrá leído u oído en las noticias, hace unos días apareció un cadáver en el bosque y, hoy, hemos localizado a un hombre que, al parecer, está de alguna manera implicado en esa muerte.

—Sí, lo sé. Es imposible no estar enterado de esa noticia. Todo el mundo habla de ello en la televisión, en la radio, en la oficina, en los bares, en las tiendas...

—Bueno, pues el motivo de que hayamos venido a su casa es el de informarle de que se trata de Rodrigo Suárez y de Arturo Obleas.

—Ya. Y, ¿por qué creen que la policía debe presentarse en mi casa para darme esa noticia? No soy familiar de ninguno de ellos.

—Lo sabemos. Pero la razón es muy sencilla, queremos hacerle algunas preguntas ya que sabemos que usted estuvo hace unos meses con Rodrigo Suárez, junto a Aurora Riu y otros antiguos compañeros, en una cena que celebraron en el pueblo de Alierta, en la costa.

—Ajá, en efecto, así es. ¿Seguro que no quieren tomar nada? —vuelve a insistir la mujer en su papel de perfecta anfitriona.

—No, se lo agradecemos, de verdad.

—Está bien.

—¿No quiere saber quién de los dos hombres es el muerto? —dice Ponce poniéndose en modo alerta.

—Bueno, como ya les he comentado, se rumorea sobre este caso en cada rincón de la ciudad y ya se ha confirmado que Arturo está hospitalizado, así que no hay que ser muy listo para deducir que solo queda una opción posible, es decir, que es Rodrigo el que ha aparecido con un tiro en la cabeza.

El inspector Ponce insufla una bocanada de aire para intentar no explotar de rabia. Por lo visto, a pesar de haber intentado salvaguardar la información con todas sus fuerzas, las filtraciones eran tantas que el caso

parecía una cañería rota. La información más sensible del caso estaba al cabo de la calle y él ya no podía hacer nada para remediarlo.

—Discúlpeme, señorita...

—Llámeme Marta, por favor.

—De acuerdo, Marta. No veo que esa noticia le afecte mucho a pesar de conocer al difunto y de haber estado con él no hace mucho tiempo.

—No, en absoluto. Me afecta cero —responde ella levantándose del mullido sofá para acercarse hasta la cocina donde, con calma, se sirve una taza de té antes de volver a sentarse cerca de la chimenea de gas que aún mantiene encendida.

—Parece que no le tenía un gran aprecio. De hecho, le vieron discutir con él el día de la cena.

—Por supuesto que discutimos, era un cabrón que se merecía lo que le ha pasado. ¿Ven esta cicatriz? —dice la mujer remangándose la manga de la bata que llevaba puesta y mostrando una fea cicatriz en el antebrazo—. Pues me la hicieron él y sus colegas cuando solo contaba con la edad de quince años. ¿Se lo pueden creer? Pero eso no fue lo peor, las cicatrices que llevamos la mayoría de los afectados por sus vilezas son internas. Fue una época horrorosa que solo se merece ser olvidada. Creo que ahora que él ya no está, muchos de nosotros alcanzaremos por fin la tranquilidad que llevábamos años esperando.

—Entonces, Marta, permítame que le pregunte, ¿por qué acudieron todos a la cita en el restaurante sabiendo que él iba a estar presente? Si tanto lo odiaban, si tan resentidos estaban con él, lo mejor hubiera sido no invitarle o, simplemente, quedarse en casa.

—Fue idea de Aurora, lo de invitarle me refiero. Aunque, bueno, luego decidimos entre todos que sería una buena ocasión para demostrarle lo que nos hizo sentir años atrás.

—No comprendo —interviene por primera vez el agente Robles para expresar sus dudas acerca de lo que está oyendo.

—El objetivo de aquella cena se convirtió en demostrarle a Rodrigo lo que se siente cuando uno es despreciado, vejado, manipulado, ultrajado, perseguido, acosado. Todo lo que él nos había hecho a nosotros cuando éramos críos.

—Pero Aurora nos contó que la cena transcurrió con normalidad, que se formaron grupos, pero que todo fue muy cordial.

—Claro que fue muy cordial, para todos menos para él, en principio. Disfrutamos muchísimo aquella noche, la adrenalina nos nublaba la vista, un hormigueo de placer acariciaba todos los poros de nuestra piel. A cada grupo de dos o tres personas se le había asignado una misión, un propósito. Unos se ocuparon de, en una distracción, arrojar un buen puñado de azúcar en su plato de sopa. Aguantó como un jabato el sabor dulce de su comida, casi ni se inmutó. Otros le mostramos viejas heridas y nos despachamos a gusto echándole en cara todo el mal que había sembrado. Tampoco con eso logramos que ni siquiera un ápice de arrepentimiento asomase en la expresión de su cara —explicó la mujer con el ceño fruncido—. Por su parte, Ane e Iñaki le llenaron el coche con basura que recolectaron en los contenedores del restaurante. Fue gratificante observar cómo tuvo que deshacerse de las cáscaras de plátano, restos de carne y otros desperdicios que plagaban los asientos del automóvil. A fin de cuentas, ese coche siempre había transportado inmundicias, la primera, él mismo. Iker tenía la misión de, con un trozo de manguera, aspirar y vaciarle el depósito de gasolina. Y en su chaqueta, Asun y Kepa, los más habilidosos para el dibujo, le pintaron a un niño desnudo sobre el que caía una especie de lluvia de cigarros encendidos, jeringuillas, insultos, fotos y ropa, elementos que personificaban el daño que, gratuitamente, habíamos recibido. Con esa representación queríamos simbolizar que todo el daño que infligió a sus semejantes, más tarde o más temprano, se iba a volver contra él, como al parecer así ha sido. Yo creo mucho en el karma —puntualiza mientras, con total naturalidad, se deshace la coleta que hasta ese momento había mantenido su pelo recogido en una tirantez obligada.

Esa liberación hace que las ondas de su cabello le caigan como nubes de algodón sobre los hombros mientras utiliza los dedos, en un gesto aprendido, con el efecto de un peine de púas dactilares que proporciona un mayor volumen a la ya de por sí frondosa melena.

Los policías escuchan con atención la confesión de Marta. Su voz modulada los mantiene completamente hipnotizados. Los dos atienden a la descripción que la mujer hace acerca del complot ocurrido aquella noche de abril, cumpliendo lo que, a todas luces, se había tornado en una pequeña venganza.

—¿Cómo se lo tomó él? —logró articular Robles.

—¿Él? Como siempre, riéndose de todos nosotros. Ante nuestra

sorpresa, aguantó hasta el final de la cena. Después, cuando quitó toda la porquería de los asientos de su automóvil, abrió el maletero y sacó una lata de gasolina. Ayudado por un embudo echó el contenido en el depósito y después arrancó el coche. Cuando hubo avanzado unos metros, se bajó del asiento delantero y retrocedió hasta donde nos encontrábamos. Le vimos cómo llevaba el recipiente en la mano, nos miró con repugnancia y se rio como un loco. Puedo hablar por los demás, sin temor a equivocarme, si les digo que todos sentimos una fuerte sacudida por el miedo. En aquel momento tuvimos un pensamiento conjunto, iba a rociarnos con el líquido inflamable y a prendernos fuego allí mismo, pero no fue eso lo que sucedió, con mano firme vertió la gasolina por encima de la basura que estaba desperdigada sobre el suelo, tiró también la chaqueta que habíamos estropeado y prendió una cerilla. Nos fulminó con la mirada, parecía completamente enajenado. Arrojó el fósforo sobre los desechos y una enorme bola de fuego envolvió el contenedor de residuos. En unos segundos todo quedó calcinado, pasto de las llamas. La mala suerte hizo que el fuego alcanzara el toldo y este comenzara a arder poniéndonos a todos en peligro. No sé cómo, pero logramos extinguir el fuego sin que se ocasionaran más desperfectos ni daños personales. Para cuando llegaron los bomberos ya solo quedaban restos de cenizas. Los empleados del restaurante, por supuesto, nos denunciaron. Terminamos la noche en el calabozo, excepto Rodrigo, que había abandonado el lugar montado en su flamante Mercedes. Ninguno fuimos capaces de acusarle como autor material del incendio. El terror infantil de tiempos pasados se había vuelto a instalar en nuestros corazones, pero esta vez era peor, porque el miedo había crecido, era un pánico adulto y ahora resultaba mucho más complejo deshacerse de él. Una vez más Rodrigo había ganado la partida, aquel día consiguió que guardáramos silencio y le cubriéramos las espaldas una vez más. No nos sentíamos orgullosos de lo que habíamos hecho y no queríamos que se descubriera cuál fue la mecha que hizo que Rodrigo explotara. Por eso, asumimos aquello como si hubiera sido una gamberrada provocada por la ingesta excesiva de alcohol, nada más.

—Después de ese suceso, ¿pensasteis en darle otro buen escarmiento? ¿Algo de lo que no se pudiera escapar esta vez? —ataca Ponce recobrando su táctica policial.

—No, para nada. Todo lo contrario. Nos sentimos tan mal después de aquello que decidimos no volver a juntarnos jamás. Vernos solo nos infligía

más daño. Si uno se queda clavado, mirando al pasado, se pierde todo lo que le está ofreciendo el presente. No debíamos permitir que él se volviera a apoderar de nuestras vidas, aunque realmente jamás había dejado de estar ahí. Ahora que ya nunca más podrá hacernos daño es cuándo por fin podremos dejar dormidos nuestros fantasmas.

—¿Cree que alguno de los que asistieron a esa cena tendría motivos suficientes para matar a Rodrigo? —interpela el inspector a Marta sin lograr darle el tono de dureza que hubiera deseado.

—¿Alguno, dice? Todos teníamos motivos y más ganas aún. Pero ninguno poseía la fuerza o el valor suficientes para llevarlo a cabo.

—Eso es difícil de valorar, tal vez alguno sí tenía el empuje necesario para ello —insiste Ponce.

—Estoy convencida de que ninguno de nosotros ha podido hacer tal desmán. A pesar de lo que pudiera parecer por lo que acabo de contarles, todos tenemos férreos valores y apreciamos demasiado la existencia: la nuestra y la de los demás. La mayoría contamos con capítulos trágicos en nuestra biografía y sabemos el bien tanpreciado que es la vida. Se lo aseguro.

Con la mente puesta aún en el relato que acaban de escuchar, los dos policías abandonan la casa despidiéndose de Marta e informándole de que tal vez tengan que volver a interrogarla o a requerir su presencia en dependencias policiales.

En el camino de vuelta a casa, Robles y Ponce analizan lo que han oído de boca de Marta y concluyen que si bien la mujer no encaja con el perfil de los indicios hallados en la escena del crimen, sí cuenta con los que son los tres principios fundamentales para perpetrar un asesinato: el móvil, los medios y la oportunidad.

## Capítulo dieciséis

### Cada vez más cerca

Raúl Ponce desciende del coche que Robles acaba de aparcar en doble fila, frente a un edificio de doce alturas, en uno de los barrios más nuevos de la ciudad. El inspector levanta la vista hasta la planta número ocho donde la luz encendida del salón le hace suponer que Paula aún le espera despierta.

Ningún compañero de la comisaría ha subido jamás a su apartamento, y así debía de ser si quería que su relación sentimental con la forense continuara siendo un secreto. Para sus colegas más cercanos era difícil no haber adivinado ya la relación que los unía, a pesar de que por admiración y, sobre todo por lealtad, ninguno de ellos había hecho un solo comentario al respecto.

—Llamaré ahora al hospital para ver cómo se encuentra Obleas, espero que nuestra visita no le haya alterado demasiado —reflexiona Ponce—. Mañana deberíamos intentar terminar la charla que hemos tenido que interrumpir hoy. El comisario me ha informado de que el juez va a dictar un auto de prisión preventiva con los cargos de tráfico de estupefacientes y posesión ilícita de armas. También habrá que hacer una visita al resto de los comensales de la famosa cena en Alierta. ¡Ah!, otra cosa, en cuanto llegues a comisaría, encárgate de sacar una copia del informe con las declaraciones que se hicieron sobre el incendio relatado por Marta.

—Ok, jefe. A primera hora me encargo sin falta. ¡Nos vemos mañana! —se despide Robles sacando la mano por la ventanilla mientras pisa el embrague para meter la marcha y acelerar hasta diluirse en la oscuridad de la avenida.

El portal del edificio engulle la figura del inspector dejando de nuevo la calle desangelada. El sonido del ascensor, al elevarse hasta el octavo piso, es el único ruido que hace intuir que existe vida en los alrededores. Al acceder al rellano de la escalera, el tintineo de las llaves pone en alerta a Paula, quien abre la puerta antes de que Ponce introduzca el metal dentado en la cerradura. La sonrisa que le regala la forense hace que el mundo, de repente, se convierta en un lugar más humano. El inspector se funde con ella

en un tierno abrazo, a la vez que agradece el aterciopelado roce que el pelo de la mujer ejerce sobre su rostro. Él hunde aún más la cabeza en la tupida melena y aspira su inconfundible aroma, una mezcla única de champú de camomila y perfume de agua de rosas. La mujer cierra la estancia dando un pequeño empujón con el talón de su pie descalzo en la puerta, sin soltar en ningún momento el musculado cuerpo que Raúl Ponce le ofrece. Entretanto, él vuelve a tomar aire con fuerza mientras besa el cuello largo y terso de su compañera. Tras una intensa mirada, sus labios se juntan en una arrolladora comunión de sus almas y ambos caen rendidos bajo el influjo de esa extraña sensación de felicidad que, unos minutos antes, imaginaban inalcanzable al hallarse inmersos en el caos de las calles y los cuerpos abiertos en canal sobre una mesa de acero.

Ponce es consciente de que su obligación sería la de llamar al hospital para conocer la evolución de Obleas, pero la adrenalina que los besos de Paula provocan en él destierra cualquier pensamiento que le lleve lejos del ancla de esos finos, pero torneados brazos, que le impiden vagar a la deriva de sus pensamientos. Sin mediar palabra desde que ambos hablaran por teléfono en el coche que conducía Robles por última vez, y sin necesidad de decirse nada más que lo que sus propias pupilas dilatadas se transmitían, las dos siluetas que se adivinan tras las cortinas del octavo piso van quitándose la ropa, despacio, sin apremio, con dulzura, mientras el cóctel narcótico de la pasión continúa haciendo su efecto. La serotonina, la oxitocina y las endorfinas liberadas actúan como opiáceos naturales que aceleran el corazón de ambos para, en unos desacompasados tamborileos, componer la sinfonía desafinada más hermosa del universo. Los jadeos y el vaivén de sus caderas hacen que, sobre todo Ponce, exorcice la rigidez de sus músculos y olvide por un momento quién es, cuáles son sus responsabilidades y lo que su figura representa ante los ciudadanos. Sus ojos, volteados por el placer, permanecen en blanco, de igual modo que lo hace su cerebro, concentrado ahora en adivinar con el tacto de sus dedos cada curva del cuerpo de Paula, en sentir la suavidad de una piel cincelada en mármol que, contra todo pronóstico, emana una calidez propia de un ser sobrehumano, de un ente con poder curativo capaz de calmar las tribulaciones que el policía guarda en alguna gaveta oculta de sus entrañas.

Tras saciar su sed de placer, ambos se quedan tumbados sobre la cama, embriagados de éxtasis y abandonados a una relajación que saben

durará tan solo unas horas.

Ponce mira de soslayo su reloj de pulsera, son las dos de la madrugada. Está claro que ya no son horas de comunicarse con el hospital. La ácida sensación de haber incumplido el deber se desliza bajo la lengua del inspector como una cápsula de cianuro en tiempos de guerra. Mejor tratar de dormir un rato y hacer esa llamada por la mañana, temprano, antes de salir a correr con la luz del alba. Mientras esto ocurre, Paula se gira para observar con disimulo el despertador que descansa encima de la mesilla de noche, no quiere que Raúl se cerciore de que está deseando volver al trabajo para lograr descubrir más pistas. Recuerda además que aún no le ha contado algunas de las particularidades halladas en el estudio realizado al cadáver. Mañana lo hará, cuando los dos se dispongan a desayunar, en un ambiente más propicio y con la mente completamente despierta. Es justo en este momento cuando él se vuelve en la cama y siente la proximidad del cuerpo desnudo de Paula, le da un beso en los labios y se aferra a su cintura, recostado de lado, para susurrarle al oído un suave «te quiero» y cerrar los párpados, extenuado por el trasiego de un día que debe dar por concluido antes de que se vuelva interminable. Al poco tiempo, la fuerte respiración de Ponce certifica que ha caído en un sueño profundo, sin embargo, Paula prosigue con su análisis de datos elaborando un repaso integral de todos los indicios encontrados en el examen realizado al cuerpo inerte de Rodrigo.

Por la noche, los sueños de ambos se alternan en sus vigilias. Ninguno de los dos logra descansar por completo. Sus subconscientes siguen trabajando de modo incansable y logran que algunas de las piezas encontradas encajen en el mosaico del caso dejando entrever la sombra de una figura a la que, muy pronto, Ponce pondrá rostro y nombre.

Tal y como se había prometido la noche anterior, el inspector realiza una llamada al hospital instantes antes de salir a correr pertrechado con sus ajustadas mallas, sus zapatillas de running, la camiseta de tirantes que le había regalado Paula las navidades pasadas con el lema «Sé valiente y sonríe», y el reloj de pulsera con contador de pasos, medidor de kilómetros, toma de pulsaciones y nivel de oxígeno incorporados.

Con el auricular del teléfono pegado a su oreja, escucha cómo la enfermera le pasa la comunicación con el médico de guardia. Este le indica que Arturo ha pasado buena noche, tranquilo, aunque aún duerme al haberle administrado un sedante debido a que, en el transcurso del día anterior,



recibió emociones fuertes que podrían haber interferido en la rápida recuperación del paciente. Le indica asimismo que el doctor Santolalla ha dejado expresamente indicado que el enfermo tiene prohibido recibir visitas en el día de hoy.

—Muchas gracias. Manténganos al tanto de cualquier variación que se produzca en el estado del señor Obleas y, por favor, comuníquenos el momento en que podamos realizarle algunas preguntas. Prometo que serán solo unos minutos. No obstante, si no tienen inconveniente, me volveré a poner en contacto con ustedes más adelante para seguir su evolución de cerca —finaliza Ponce la conversación.

Después de ello, Raúl siente más que nunca la necesidad de salir a correr y notar cómo el aire fresco de la mañana le golpea la cara. Se coloca los cascos de su MP4, da al *play* y comienza a sonar «Casta Diva», de la ópera «Norma», compuesta por Bellini e interpretada por María Callas. Es entonces cuando el suelo se vuelve esponjoso bajo sus pies, como si hubiera caído un telón sobre el escenario y toda la obra de la que hasta ahora era protagonista, repleta de crímenes, robos, incendios provocados y demás hechos delictivos fuera tan solo una representación teatral que hubiera terminado sin aplausos, sin vítores, solo con el sonido hueco del más absoluto silencio, para dar así paso a la extraordinaria voz de la Callas llevándolo en volandas hacia un lugar casi etéreo. Ojalá fuera así; millones de veces había imaginado un planeta que no conociera el mal, donde la vida resultara más sencilla y amable, aunque se le planteaba el dilema de cuál sería su rol en aquel mundo imaginario. Él, que desde niño había soñado con ser policía y nunca en toda su vida había hecho otra cosa que no fuera atrapar criminales. Pensaba que, tal vez, en esa otra dimensión, podría dedicarse a cantar, a fin de cuentas eso no se le daba del todo mal. Con esta idea todavía merodeando por su mente, Ponce acelera el ritmo de la carrera al compás *in crescendo* de la melodía. A lo largo del paseo marítimo se cruza con otros corredores que también han madrugado. La postal que se dibuja ante sus ojos es realmente extraordinaria. El mar luce de un color azul marino intenso y el sol emerge del agua como una gran moneda de oro.

El sonido emergente del dispositivo de música y la carrera estimulan la química de los circuitos neuronales de Ponce, la dopamina segregada le hace sentirse liberado y logra transportarle a otro planeta, uno muy lejano, donde la pureza de la esencia del hombre se hace tan palpable que duele. Le

tortura saber que pronto volverá a ver cuerpos lacerados, algunos con heridas abiertas por arma blanca, otros muertos a balazos, pero todos ellos inertes y cubiertos de sangre. Hombres y mujeres con grilletes en las muñecas, incapaces de empatizar con sus víctimas y con el odio reflejado en sus pupilas. Familias destrozadas en ambos bandos, sentencias judiciales lapidarias, historias de amor truncadas, cerebros que agonizan bajo el influjo adictivo de las drogas. En definitiva, criminales, tipos deleznable todos ellos. Toda una fauna del delito y de la transgresión a la que él tenía que hacer frente día tras día.

A Ponce se le escapa una arcada justo en el momento en que la alarma del reloj emite unos pertinaces pitidos. Este sonido le previene sobre la necesidad de dar media vuelta si aún quiere regresar a casa, desayunar, hablar con Paula y llegar a comisaría temprano para coordinar, con Robles y su equipo, el operativo para el día que acaba de comenzar.

## Capítulo diecisiete

### Las evidencias

Nada más poner un pie en la oficina, Ponce se dirige a su despacho donde encuentra un buen montón de carpetas sobre su escritorio. Todas ellas están repletas de informes acerca de la detención de trece personas por el asunto del incendio en Alierta. Aquellos legajos contienen las declaraciones, la demanda interpuesta por el restaurante, las copias de los recibos de los pagos de las fianzas, así como las fotografías que dejan constancia del delito y de cómo quedó calcinado el contenedor y el toldo que cubría el terreno que hacía las veces de terraza. Pero entre todos esos datos, hay uno que llama poderosamente su atención, la ausencia del nombre de Aurora. Por más que el policía se afana en rebuscar y leer entre líneas, el nombre de la mujer no aparece registrado entre los de los detenidos. Ponce hace mecánicamente una nota mental para preguntar a la interesada sobre el particular.

Era obvio que Robles, fiel a su entrega al cuerpo, había llegado de madrugada a la oficina para realizar el trabajo que el inspector le había encomendado la noche anterior. También tuvo la diligencia de sacar las fichas policiales de algunos de los componentes del grupo que extorsionaron a Rodrigo aquella noche de abril. A pesar de haber revisado minuciosamente los informes que ahora reposaban sobre la mesa del inspector, ninguno de los implicados daba la impresión de estar metido en asuntos punibles en la actualidad, ni tampoco existían pruebas que llevaran a sospechar que, alguno de ellos, fuera capaz de perpetrar un asesinato a sangre fría, tal y como había sido el caso.

Las noticias que esa mañana le había transmitido Paula, aún continuaban flotando en su cabeza como las migas de la madalena lo hacían en la superficie de la leche del desayuno. Lo mejor sería reunir a todo el equipo cuanto antes y poner en la pizarra de cristal cada una de las notas y las fotografías con las que contaban, como si fuera un puzzle. Por propia experiencia, Ponce sabía que una vez que se consiguen colocar las piezas de los bordes resulta más fácil completar el centro. Además, estaba comprobado científicamente que tener una visión tridimensional de los casos y exponerlos

en voz alta, resultaba un buen acicate para salir de los puntos muertos en los que muchas veces quedaban atascados los asuntos policiales, bien por la falta de pruebas, o bien por la carencia de ideas que les ayudaran a continuar avanzando en las investigaciones.

Cuando Ponce entra en la pequeña sala de reuniones, sus chicos ya se encuentran sentados en las sillas alineadas en filas. A la charla también asiste el comisario Méndez. Las presiones que está recibiendo desde jefatura hacen que siga muy de cerca cada progreso, por pequeño que este sea.

—Muy bien chicos, buenos días, hoy quiero haceros partícipes de los avances que hemos logrado en el caso Obleas. La mayoría ya estáis al tanto, pero hay algunas nuevas evidencias que quiero trasladaros. Paso a contároslas sin más dilación. Si alguien quiere aportar algo, que lo haga al finalizar mi discurso, por favor, a no ser que sea algo de especial relevancia y en relación a lo que se esté tratando en ese momento.

Tras esta breve introducción, un pequeño revuelo se produce en la sala. Algunos agentes abren sus libretas y se disponen a apuntar lo que consideren más importante de la exposición del inspector. Puede que, más adelante, repasando las anotaciones, se les venga a la cabeza alguna idea que aportar a la investigación o que logre establecer alguna conexión con los hechos.

—Bien, como ya sabéis, hace cuatro días que una mujer notificó la desaparición de su marido. La ausencia del hombre tuvo lugar la tarde del cuatro de octubre —resume mientras con un rotulador rojo apunta la fecha en el tablero—. La mañana siguiente, la mujer entró en comisaría visiblemente nerviosa y con intención de interponer la denuncia. Habló con la oficial García y le relató los acontecimientos que precedieron a la marcha del marido. Sin duda, lo más significativo era que, siempre ciñéndonos a las palabras de la mujer, el hombre salió de su casa portando una pistola calibre treinta y ocho. Según pudimos comprobar más tarde, el arma no estaba registrada a su nombre —explica a la vez que señala con el rotulador, como si fuera un puntero, una fotografía tomada en el bosque. En ella se ve el arma, en el suelo, situada junto al cadáver.

El inspector deja trascurrir unos segundos antes de proseguir con su disertación. De este modo, quiere tener a sus hombres tensionados y alerta. Ponce es un experto en comunicación y sabe que esta es la mejor técnica para mantener vivo el interés de cualquier público.

—Afortunadamente —prosigue—, logramos localizar a quien se la vendió. Nos hicimos con esta información gracias a que el pago se realizó a través de una tarjeta de crédito. Está claro que Arturo Obleas no tiene mucha experiencia en la compra de material robado y que tampoco es un experto en no dejar tras de sí rastro del delito cometido. Existen pistas y huellas que nos llevan directamente hasta él. Además, el chaval que se la suministró también era novato en estos tratos ilícitos. Lo localizamos en la frutería que regenta su madre. Fue a través del terminal de ese mismo comercio desde donde se realizó el cobro de la venta. En cuanto les apretamos un poco, no nos fue difícil hacer que madre e hijo confesaran. Últimamente, el chico alternaba con compañías poco recomendables, de ese modo logró que uno de sus colegas le proporcionara una pistola adquirida en la *deep web*, donde existe el mayor mercado de productos y servicios ilegales, como ya todos sabéis. El caso es que a ninguno de los dos se les ocurrió hacer la transacción en metálico y, gracias a eso, conseguimos relacionar el arma con el sospechoso.

Ponce hace una pausa y echa un vistazo rápido a su equipo. Todos parecen atentos y concentrados.

—Pues bien, continúo. Ese mismo día, un pastor hace un hallazgo de lo más macabro, se trata del cadáver de un hombre abandonado en las inmediaciones del embalse de Ulla. En un principio pensamos que podría tratarse del individuo que estaba en paradero desconocido, pero tras tomarle las huellas dactilares y cotejar los datos, comprobamos que este extremo no era cierto; no se trataba de Arturo Obleas. Identificamos el cuerpo como Rodrigo Suárez Lemán, un tipo que vivía rodeado de lujos, hijo de un gran empresario ya fallecido y al que no se le conocía profesión o actividad laboral alguna. Una vez en el terreno, observamos que el finado tenía una bala en la cabeza, pero basándonos en los análisis realizados por la Científica y la médico forense, dedujimos que no se podía hablar de suicidio. La argumentación se sustenta en la trayectoria que sigue la bala y en las marcas dejadas en la piel, que indican el modo y la distancia a la que fue disparado el proyectil —manifiesta Ponce, quien señala otra de las fotografías expuestas en el tablón de cristal. En ella se ven varias flechas y las aclaraciones de la forense como demostración de la evidencia que acaba de comentar el inspector.

De una caja de cartón, colocada sobre la mesa principal, Ponce extrae una bolsita de plástico que contiene una bala. Con los dedos índice y pulgar

haciendo pinza sobre el plástico, alza la mano para mostrar el elemento a su auditorio.

—Otro dato que desmonta la teoría del suicidio es el hecho de que el tiro que alcanzó a Rodrigo Suárez quedó alojado en la sien izquierda. Todos estaréis pensando que tal vez la respuesta sea tan simple como que el hombre era zurdo. Pues bien, tal y como se muestra en la foto marcada con el número tres —dice mientras vuelve a colocar la bolsita en el interior de la caja y señala, girándose hacia el tablero, una imagen varias veces ampliada de la mano de la víctima—, los dedos índice y corazón de su mano derecha están completamente amarilleados por la nicotina. Eso nos hace suponer, además de que era un gran fumador, que Rodrigo Suárez era diestro.

Algunos de los policías que se encuentran sentados frente al inspector toman apuntes de cada una de las afirmaciones que realiza su jefe, el resto siguen con atención las argumentaciones, guardando los detalles en su cerebro.

—Otra de las pruebas que avalan la hipótesis del homicidio, y que deshecha la del suicidio, es que el hombre no se hallaba solo en el bosque en el momento de su muerte. Se encontraron huellas de, al menos, otros dos sujetos que así lo atestiguan. Por último, y para ir terminando, diré que la autopsia revela que recibió varios golpes en el rostro. Esto apunta a que hubo una pelea. Pero también nos consta que recibió otro impacto brutal en el costado. Este último, casi con total seguridad, le dejó sin sentido. La violencia del impacto le provocó lesiones internas muy graves. Sin embargo, no fue esto lo que le ocasionó la muerte —aunque más tarde o más temprano este estado habría provocado su fallecimiento—, sino el disparo. Veréis, casualmente, este golpe fue efectuado por alguien que usaba su mano izquierda como extremidad principal y lo propinó cuando su víctima se encontraba de espaldas a él. Las marcas que se aprecian en el cuerpo de Rodrigo, causadas por una rama de grandes dimensiones, se centran en el costado izquierdo de su cuerpo con la consiguiente rotura del bazo y posterior hemorragia interna. Si quien le hubiera asestado tan certero y feroz golpe fuera una persona diestra, la marcas se verían a la inversa —vuelve a razonar el inspector haciendo referencia a otra de las fotografías que permanecen adheridas al panel de cristal y en la que se muestra el cuerpo desnudo de la víctima con una marca bien visible y de color violáceo.

Algunos cuchicheos sobrevuelan la sala, Robles mueve su cuello en

círculos tratando de relajar la tensión que se le acumula en las vértebras. La mayor parte de esta información es nueva para él y no entiende por qué Raúl Ponce no se la ha comunicado antes que al resto de sus compañeros. Casi no ha dormido en toda la noche buscando datos para que el inspector pudiera tener a primera hora de la mañana un informe detallado y, ahora, se encontraba con esto. Pero Ponce era así y, a pesar de estos rasgos de su carácter, Robles tenía la certeza de que su jefe confiaba en él al cien por cien. Aun así, y por más que trataba de no darle importancia, la rabia no dejaba de brotarle por los cuatro costados.

—Rodrigo Suárez fue un maltratador —dice de manera contundente el inspector mirando uno por uno a sus hombres—. Sus compañeros del colegio recibieron toda clase de humillaciones, vejaciones y amenazas cuando eran solo unos críos. Además, sabemos que el doce de abril, la mujer de Arturo, la víctima y algunos de los damnificados por la crueldad de este último compartieron mesa y mantel en una reunión de antiguos alumnos. En esa cena, todos se unieron para dar un escarmiento a Rodrigo.

En este punto, Ponce vuelve a hacer una pausa antes de continuar, con ello logra mantener la expectación de su auditorio, incluido el comisario.

—Boicotearon su cena poniéndole azúcar en lugar de sal, le pintaron la ropa, llenaron su coche de basura y le dejaron sin gasolina. Pero no contaban con que Rodrigo tuviera en el maletero una lata de combustible. Con ella pudo volver a llenar el depósito del coche y arrancarlo. Después roció la basura desperdigada por el suelo con el líquido inflamable y le prendió fuego. Tras provocar este incidente, él abandonó el lugar. Sus compañeros fueron acusados de causar el incendio —explica el inspector mientras pega en el tablón las fotografías que Robles había aportado esa misma mañana y en las que se podía ver el contenedor calcinado, así como los desperfectos del toldo y de la fachada del restaurante.

Algunos de los agentes se muerden los labios para no realizar preguntas.

—Por lo que se deduce de todo esto, no podemos descartar de la lista de sospechosos a los asistentes a esa cena. Es obvio que todos ellos tenían motivos suficientes para odiar a Rodrigo. Robles y yo estuvimos ayer en casa de Marta Calas, compañera de Aurora y Rodrigo, y una de las personas que acudieron a esa velada. Ella fue la que nos puso sobre aviso de lo ocurrido en aquel convite.

El inspector se vuelve hacia el tablero para mirar los retratos de las trece personas añadidas al listado de posibles sospechosos.

—¿Alguna pregunta? —interpela a sus hombres todavía dándoles la espalda.

—Según tengo entendido, hubo un segundo disparo. ¿Dónde fue a parar esa bala? —cuestiona uno de los agentes en voz alta.

—No fue un segundo disparo, porque tal y como se deduce de la cronología, este fue el primero que se efectuó. En la pelea que mantuvieron Arturo Obleas y Rodrigo Suárez, a Arturo se le escapó un tiro al aire. El equipo que estaba peinando el terreno encontró la bala incrustada en el tronco de un árbol. Los casquillos encontrados también pertenecen a la misma pistola, una treinta y ocho corta, el mismo modelo que adquirió Arturo Obleas. Posteriormente se efectuó otro disparo, el que quitó la vida a Rodrigo Suárez. Quien lo hizo trató de alterar la escena del crimen para que pareciera un suicidio. Por lo pronto, todas las pruebas que tenemos contra Arturo Obleas son circunstanciales, así que no tendrían validez en un juicio. Y el hecho de que sea diestro, aumentaría las posibilidades de su defensa.

—¿Y qué hay de los teléfonos? ¿Se han podido analizar? —plantea otra de las oficiales presentes en la sala.

—No los hemos encontrado aún. Seguimos rastreando el bosque y estamos pendientes de la señal que cualquiera de ellos pudiera emitir, pero ninguno de los dos móviles ha sido utilizado desde el pasado día cuatro de octubre. Están apagados desde entonces. Lo que sí obra en nuestro poder son los mensajes que ambos hombres se intercambiaron los meses anteriores y en las horas previas al suceso. La compañía telefónica nos los ha proporcionado gracias a la orden del juez. Todos ellos evidencian el perfil psicopático de Rodrigo, su relación con Aurora, los mensajes en clave sobre supuestas entregas de paquetería que se traducen en el tráfico de estupefacientes, amenazas sobre hacer daño a la mujer de Arturo si este los denunciaba, las advertencias de entregarle a la policía pruebas inculpatorias si abandonaba la red de narcotráfico y, sobre todo, en los últimos mensajes, se aprecia la desesperación de Arturo Obleas por dar por concluida esa relación, digamos, comercial, con Rodrigo Suárez. Tenemos a los de narcóticos trabajando en este frente, ahora que la banda está sin líder será más fácil desmantelar la organización. Puede que esto también nos ayude a esclarecer el caso. Aunque Rodrigo cuidaba mucho sus coartadas y nunca hacía entregas directas. Será



difícil relacionarlo con ese negocio.

—¿Se han interrogado al resto de sospechosos? —interviene otro de los agentes.

—No. Ahora haremos el reparto de los interrogatorios. Quiero que estéis con los ojos bien abiertos. Que no se os pase el más mínimo detalle. Es preciso que a última hora de la tarde me presentéis un informe exhaustivo. Grabad las conversaciones si os dan autorización para ello. Os necesito a todos al cien por cien.

El comisario abandona la estancia. Está satisfecho con el trabajo y esfuerzo de todos los hombres y mujeres que componen su equipo. Ponce es un policía excelente y confía plenamente en él, pero desde las altas instancias le tienen contra las cuerdas. Tendrá que pedirles un poco más de tiempo, aunque sabe que esto no será tarea fácil y que deberá argumentar muy bien su solicitud de una prórroga ante el alto mando. Para estos, Arturo Obleas era el culpable y, con eso, el caso estaba resuelto.

Mientras tanto, Ponce adjudica entre sus agentes las visitas a los domicilios de los sospechosos. López y García irán juntos a ver a Ane e Iker, mientras que Robles y él hacen una visita a la casa de Aurora. El inspector tiene intención, por un lado, de preguntar a la mujer por qué no comentó nada acerca de los incidentes ocurridos en el restaurante y, por otro lado, de informarse sobre la extraña ausencia de su nombre en los papeles de la denuncia. El resto de los integrantes en el sondeo ya tienen marcados sus objetivos, así que todos se ponen en marcha y la actividad policial vuelve a tomar las calles de la ciudad.

## Capítulo dieciocho

### Todo principio tiene un fin

El parque de coches de la policía queda prácticamente vacío. Todos los efectivos han salido hacia sus destinos para realizar las entrevistas con los sospechosos.

El inspector y el agente Robles se dirigen hacia la casa de los Obleas. En el vehículo oficial se masca la tensión.

—Has hecho un buen trabajo con los dosieres que has preparado hoy —felicita Ponce a su compañero.

—Gracias. Solo he hecho mi trabajo —responde Robles dándose cuenta de que su tono resulta más duro de lo que hubiera deseado.

—Sé que estás enfadado por la charla de esta mañana —afirma Ponce.

El sonido del tráfico exterior es lo único que se oye en el interior del automóvil. Tras permanecer varios minutos callado, Ponce retoma la conversación algo incómodo. Él no es hombre de reproches, pero tampoco lo es de disculpas.

—Mi intención era ponerte al día de los nuevos datos en cuanto nos viéramos. No fui conocedor de ellos hasta primera hora de esta misma mañana. Luego, el comisario me reclamó en su despacho y la reunión ya estaba convocada. Se hacía tarde, había que movilizar a prácticamente todos nuestros hombres en activo y había que hacerlo cuanto antes. Las presiones que se están recibiendo desde jefatura exigen resultados inmediatos. Supuse que lo entenderías.

—Lo entiendo —responde Robles parco en palabras.

—Bueno, ¿qué piensas?

—¿Sobre qué?

—Sobre el caso, por supuesto —aduce el inspector molesto por el comportamiento algo infantil que está demostrando su subordinado.

—No sé. Puede que contrataran entre todos a un sicario para que terminara con la vida de la víctima. ¿Hemos comprobado sus cuentas bancarias, que no haya alguna transacción sospechosa?

—Todavía no tenemos pruebas suficientes que avalen la presunta

culpabilidad de los compañeros de colegio, pedir una orden de registro al juez, ahora mismo, es una pérdida de tiempo.

—¿Sospechas de alguien en particular? —pregunta Robles normalizando la conversación.

—Puede ser alguien que todavía no está en nuestra lista de presuntos asesinos.

—Claro, por eso no vas a hacer tú mismo los interrogatorios —reflexiona Robles—. No crees que hayan sido ellos.

—Confío en mi equipo.

—Ya...

El edificio donde viven Aurora Riu y Arturo Obleas se presenta como un gigante con veinte ojos que tras sus párpados de persianas vigilan a los policías. Una mujer que sale justo en ese momento del portal les facilita la entrada. Poco después se encuentran ante la puerta de acceso a la vivienda del matrimonio, tocan el timbre que suena como una delicada campanilla y, casi al mismo tiempo, Aurora aparece delante de ellos con el abrigo puesto y el bolso colgando del brazo.

—Buenos días —saluda el inspector—. ¿Iba a salir?

—Buenos días —contesta ella con un deje de fastidio en la voz—. Sí, me disponía a acudir al hospital.

—Tan solo necesitamos hacerle un par de preguntas. Si quiere podemos acercarle y así charlamos en el coche, de camino a ver a su marido —propone Ponce.

—No es necesario, gracias. Si tan solo nos va a tomar unos minutos, puedo atenderos en casa —dice haciendo un gesto con la mano que invita a entrar a los dos policías.

—Gracias por dedicarnos su tiempo —agradece el agente Robles.

—Vosotros diréis —apremia ella sin quitarse el abrigo ni soltar el bolso.

—¿Por qué no nos habló del incendio que se produjo en el restaurante el día que estuvo cenando con Rodrigo y sus compañeros de clase? —acierta a preguntar el inspector sin más preámbulos.

—No creí que fuera importante.

El inspector pone los brazos en jarra, apoyando las palmas de sus manos a cada lado de su cintura. El abrigo y la americana se desplazan hacia atrás al efectuar este movimiento, ello hace que, bajo las prendas, asome el

arma que Ponce lleva bajo su axila.

—Rodrigo Suárez aparece muerto, con un tiro en la cabeza, ¿y usted no cree que lo que ocurrió aquella noche fuera relevante? —pregunta el inspector mostrando su incredulidad.

—Trátame de tú, por favor.

—¡Vamos, conteste a la pregunta! —Ponce eleva el tono, perdiendo los nervios y demostrando su impaciencia.

—¿Qué tiene que ver eso con la muerte de Rodrigo? —insiste la mujer.

—Eso ya se verá. Pero no es muy normal que todos ustedes le acosaran esa noche en Alierta.

—Eso no fue acosarle.

—Ah, ¿no? Entonces qué es lo que fue.

—Un pequeño toque de atención. ¿Cuántas veces no has explicado a un amigo o a un familiar el dolor por el que estás pasando y, hasta que él no sufre algo parecido, no es capaz de sentir empatía? Para saber lo que de verdad se siente ante el padecimiento o la adversidad hay que pasar por ello.

—¿Eso fue entonces? ¿Un ojo por ojo? ¿Un quid pro quo?

—¿Ves? Tú tampoco lo entiendes.

Claro que lo entendía. Raúl Ponce sabía exactamente por lo que habían pasado esos críos. Con tan solo diez años se prometió que dedicaría su vida a luchar contra todos los que de una manera u otra maltrataban a sus semejantes. Desde muy pequeño se interesó primero por los comics de policías y después por los libros de novela negra. Con once años pidió a su madre que le apuntara a clases de judo y defensa personal, a partir de ahí, su vida comenzó a cambiar, dejó de ser «Baúl Panceta», un niño gordito y solitario al que, algunos de sus compañeros, insultaban de una manera cruel y excesiva.

—Entonces, ¿nos confirma que en esa cena se extorsionó a Rodrigo Suárez y que estuvo usted allí durante el incendio?

—¿Extorsionar? Vamos, hombre —dice con un pequeño gesto de condescendencia—. Lo que ocurrió allí fue algo más parecido a unas novatadas universitarias. No compares el dolor con la molestia.

—El caso es que el resto de comensales fueron denunciados y acabaron la noche durmiendo en el calabozo. Sin embargo, Rodrigo y usted no aparecen en la denuncia.

La mirada de la mujer se vuelve opaca. Resulta imposible adivinar qué está pensando. Los dos policías esperan una justificación que satisfaga su curiosidad.

—Me fui con él en el coche.

—¿Se fueron juntos? —repite Ponce abriendo los ojos en actitud de asombro.

—Sí, eso he dicho. Nos fuimos en el coche. Me obligó a subir. Dijo que, si no quería que ardiera todo, me metiera en el coche y cerrara la boca. Los demás estaban demasiado ocupados intentando sofocar el fuego como para ayudarme. Así que me senté en el asiento del copiloto y salimos a toda velocidad de allí.

—¿A dónde la llevó? ¿Le hizo algo?

—Eso que más da ahora, él ya no está y no podrá causar más daño —Aurora se gira para abrir de nuevo la puerta de la vivienda—. Y ahora, si no les importa, quiero ir a ver a mi marido.

El teléfono de Ponce suena sacándoles a todos de ese embarazoso momento. Los dos policías se despiden de la mujer y esta cierra la puerta permaneciendo en el interior de la vivienda. El inspector responde a la insistente llamada de su móvil. Quien quiera que fuera parecía tener prisa en transmitir el mensaje.

—¿Dígame? Sí, soy yo —habla Ponce al terminal—. Buenos días de nuevo, señor comisario. Robles y yo salimos en este mismo momento de la casa de los Obleas.

Robles no consigue escuchar lo que el comisario Méndez responde al otro lado de la línea telefónica.

—Un momento, señor comisario. No le oigo bien, estamos dentro del ascensor y la voz se oye entrecortada.

Cuando alcanzan la planta baja, Raúl Ponce retoma la conversación.

—Ajá. Ajá. Sí. De acuerdo. Entendido.

El inspector cuelga la llamada y Robles ansía desde lo más profundo de su corazón que, esta vez, Ponce comparta con él no solo la información recibida, sino también sus meditaciones.

—Han dado el alta a Arturo —anuncia—. Se lo han llevado hace algo menos de media hora en un furgón a la cárcel de Biguri.

—Entonces habrá que notificárselo a Aurora.

—Ella ya lo sabe. López se lo dijo en cuanto el juez ordenó su

internamiento.

—Pero...

—Está claro que su intención ahora no era la de visitar a su marido en el hospital. Da la vuelta en aquella rotonda —ordena al agente que es quien está al volante—. Esperaremos al otro lado de la calle para ver a dónde se dirige en realidad.

El coche avanza por la estrecha calle de dos direcciones hasta llegar a la rotonda, allí da un giro de ciento ochenta grados y vuelve por el carril contrario. Aparcan el vehículo a unos metros de distancia y esperan ver salir a Aurora del portal. Justo en el momento en que la mujer abandona el edificio, el teléfono del inspector comienza a emitir su habitual ritual de sonidos intermitentes avisando de que hay una llamada entrante. En la pantalla aparece el número de la comisaría. Robles pone en marcha el motor y, a una distancia prudencial, sigue el mismo trayecto que el coche de Aurora.

—Inspector Ponce al habla.

Tras escuchar lo que su interlocutor tiene que decirle, Raúl Ponce saca su arma reglamentaria y comprueba que todo está en orden.

—¿Pasa algo? —pregunta Robles al ver el comportamiento nada usual del inspector.

—Si no me equivoco, creo que ya sé a quién va a ver la señora Riu.

La confirmación no se hace esperar. El coche que precede al de los policías se frena ante la clínica de su psicoanalista. La mujer abandona el coche en doble fila y desaparece entre las cuatro paredes del consultorio.

La cara de sorpresa de Robles contrasta con la de satisfacción que muestra Ponce. Los dos esperan estacionados, también en doble fila, pero una calle más atrás, para no ser vistos. Tan solo diez minutos después, la mujer de Obleas atraviesa la calle para montar de nuevo en el pequeño utilitario que solía compartir con su marido.

—¿La seguimos? —pregunta el agente a la espera de instrucciones.

—Vete tras ella. Si hace algún movimiento extraño, avísame, pero mucho me temo que te llevará hasta la prisión de Biguri —dice su jefe mientras pone los pies en la acera.

—¿Tú no vienes?

—No, me quedo esperando al doctor Carlos Perviú.

—Pero aún quedan horas antes de que finalice la consulta —le advierte Robles.

—O mucho me equivoco, u hoy acabará antes.

No ha terminado de emitir esta frase cuando Perviú se muestra ante sus ojos ataviado con un abrigo de lana y un sombrero de tela, estilo panamá, cubriendo su cabeza. El hombre camina con paso rápido. Al andar, manifiesta una cierta cojera que hace que sea más fácil seguirle la pista.

—Vete tras Aurora. Yo voy a ver qué sorpresa nos tiene guardada nuestro psicólogo favorito —dice despidiéndose de forma apresurada, para no perder ninguno de los dos la referencia de sus objetivos.

Aquel hombre casi parece un gigante entre la muchedumbre. Los peatones andan embutidos en sus plumíferos, encogidos de hombros y con los brazos cruzados, como si con eso consiguieran guardar mejor el calor de sus cuerpos. La envergadura del doctor sobresale de la del resto de viandantes. Camina erguido, con su desacompasada zancada, facilitando su persecución a cierta distancia.

Desde la oficina le habían notificado el descubrimiento de que el psicólogo Perviú trabajaba en el colegio al que asistieron Aurora y los demás sospechosos cuando eran unos chavales. Eso significaba que también había tratado a Rodrigo, por lo que conocía a todas las personas implicadas en el caso.

Al llegar al número diecinueve de la calle Urbietta, el hombre introduce la mano en el bolsillo izquierdo de su abrigo para sacar un manojito de llaves. Una de ellas abre el portón de hierro que guarda la casa. Ponce, sin quitar ojo a la entrada, marca el número de comisaría por segunda vez esa mañana. Pide a uno de sus agentes que compruebe la dirección que consta como domicilio particular de Carlos Perviú. Trascorridos unos breves instantes, el agente confirma que, el psicólogo, vive en la calle Urbietta número diecinueve, en el tercero centro. Después de despedirse y dar las gracias, Ponce cruza de acera para acercarse al portal. Llamar a su piso podría ponerle en alerta y, sin una orden judicial para registrar la vivienda, poco más podía hacer que hablar con él e intentar ponerle nervioso y esperar que cometiera algún fallo que lo delatara. Aunque, tal y como habían comprobado un par de días antes, el psicólogo sabía representar muy bien su papel de convidado de piedra, sin exteriorizar ni una sola de sus emociones.

Cuando ya había tomado la decisión de subir a hacer una visita al terapeuta, Ponce ve salir a este con una bolsa de basura en la mano en dirección a uno de los contenedores de residuos próximos.

—¡Caramba! Doctor Perviú, ¡qué casualidad encontrarle por aquí!

—¡Inspector! —exclama el hombre sobresaltado por la presencia del policía.

—Por lo que veo, se disponía a tirar la basura. Pero, le hacía mejor ciudadano. Observo que no recicla y que, además, se deshace de los desperdicios a unas horas que no son las reglamentarias.

—Son unas sobras de pescado, el olor es insoportable. Ese tufo a podrido estaba impregnando de un aroma repugnante toda la casa, por eso, si me permite, voy a deshacerme de ello antes de que nuestras ropas acaben oliendo igual —miente el doctor con un mal disimulado descaro.

—A mi gato le encanta el pescado podrido. Si se lo llevo, le haré feliz. —Sigue jugando Ponce.

—Oh, vamos, no me parece muy elegante que se lleve usted los restos de mi comida —argumenta el psicoterapeuta con una mano puesta en el contenedor.

—Por favor, no me obligue a ir a buscar una orden para requisar toda la porquería que está en el interior del contenedor —aduce el inspector en tono serio.

Contrariamente a lo que el policía había pensado, el hombre le entrega la bolsa de una manera sumisa. El inspector no le quita el ojo de encima mientras mira el contenido.

—Tal vez se haya equivocado de desechos. Aquí no huele a pescado, aunque sí que huele a podrido. Estos móviles de los que va a desprenderse deben ser llevados a un punto limpio, las baterías son muy contaminantes.

—Son unos móviles viejos, no tienen batería.

—Ya, pues a mí me parecen unos modelos bastante recientes.

—Por mi cumpleaños me regalaron uno nuevo. Mejor cámara, mayor capacidad, más rapidez, ya sabe. Hoy en día la tecnología avanza muy rápido —argumenta a la desesperada.

—Sí, en eso estoy de acuerdo. ¿Podría enseñarme su teléfono, señor Perviú?

—Por supuesto —dice ofreciéndole un terminal de última generación que sostiene con su mano izquierda.

—¿Es usted zurdo, doctor?

Antes de que el hombre pueda responder, una segunda pregunta cae sobre él como un mazazo.



—¿Cómo se hizo esos arañazos en la muñeca? —le interroga el inspector señalando unos rasguños que el ofrecimiento del teléfono ha dejado a la vista.

El doctor estira la manga de su abrigo, de manera instintiva, en un vano intento de tapar lo que ya es evidente.

—Por cierto, bonitos zapatos de ante, aunque un poco estropeados —finaliza Ponce con una sonrisa triunfal mientras del interior de la bolsa extrae dos carteras de cuero que guardan la documentación de Rodrigo Suárez y Arturo Obleas.

## Capítulo diecinueve

### Caso cerrado

Para cuando Robles llega a la calle Urbieta, dos coches patrulla y varios agentes acordonan la zona. Perviú está esposado y ya le han leído sus derechos.

Los curiosos se han arremolinado alrededor del cordón policial y observan la escena como si del rodaje de una película se tratara. La expectación es máxima, corren ríos de tinta y saliva sobre el crimen del psicólogo y acerca de la inocencia del, hasta ese mismo momento, denostado Arturo Obleas. Las informaciones que se dan, en muchos casos, son contradictorias, pero al público poco le importa ya eso. El criminal ha sido capturado y la tranquilidad vuelve a asentarse en sus rutinas diarias. Las conversaciones de bares y hogares aún giran con fervor en torno a los hombres del bosque, que pronto serán olvidados. En pocas semanas nadie hablará ya de ellos.

En una esquina, observando cómo Carlos Perviú es introducido en uno de los coches patrulla con las manos esposadas a la espalda y cuidando de que su cabeza no golpee contra el techo, está el héroe de la jornada, el inspector Raúl Ponce. Los apretones de manos y las felicitaciones no se hacen esperar, sin embargo, aún quedan por atar algunos cabos sueltos. Estaba claro que si se confirmaban todas las sospechas y las pruebas de ADN arrojaban un resultado positivo, aquel hombre de dimensiones enormes y expresión de hielo sería el asesino que andaban buscando. El número de calzado coincidía con el encontrado sobre el terreno boscoso, junto al cadáver. La ostensible cojera del hombre podía perfectamente haber causado la desigualdad en las pisadas halladas. Además, estaba el hecho de que también era zurdo, como el homicida, y a esto cabía añadir que tenía relación con la víctima. Por otra parte, en su poder se habían hallado los móviles de Arturo Obleas y Rodrigo Suárez, así como las carteras con sus respectivas documentaciones. El hombre había sido pillado en el momento preciso en que pretendía desprenderse de todo ello. Los arañazos que mostraba en la muñeca probablemente eran fruto de un forcejeo con la víctima. El análisis genético comparándolo con los restos de piel encontrados bajo las uñas de

Rodrigo confirmarían este punto. Solo quedaba una cosa que a Ponce se le escapaba, aún no había conseguido averiguar cuál era el móvil que podía haber movido al terapeuta a cometer el asesinato. Cualquiera de los sospechosos que andaban barajando tenía mil motivos más en su haber para hacerlo que él. A pesar de ello, las evidencias eran tantas que, con total seguridad, Perviú no iba a librarse de pasar una larga temporada en prisión.

—Enhorabuena, jefe —felicita Robles a su superior.

—Ha sido un trabajo de todos —dice el inspector por toda respuesta.

—¿Cómo supiste que era él? —pregunta Robles demostrando su curiosidad.

—Vamos a tomar un café y te lo cuento.

Ambos hombres entran en una cafetería cercana. Los clientes dan muestras de admiración hacia los policías. Sus rostros, junto al del asesino, están reflejados en las pantallas del televisor que, a todo volumen, emite el momento de la detención del culpable.

—Me preguntabas cómo lo supe —retoma la conversación—. Cuando fuimos a la consulta del psicólogo me fijé en que al ofrecernos asiento lo hizo extendiendo la mano izquierda, ya entonces aprecié que tenía unos rasguños en el antebrazo y observé que llevaba el reloj en la muñeca derecha, claro que, entonces, ninguno de estos datos tenían un significado especial.

—¿Cuándo lo relacionaste?

—Al saber esta mañana que el terapeuta había ejercido como psicólogo en el colegio de Aurora. Entonces hilé todo, que era zurdo, el peso, la cojera, las heridas en su antebrazo, el conocimiento de todos los implicados, incluido Rodrigo, todo encajaba.

—Tal vez Perviú sea la última pieza de la venganza. ¿Crees que todo esto está orquestado por alguien?

—No lo sé. La verdad es que no lo sé. Y, cambiando de tema, o más bien continuando con el mismo, ¿has podido seguir a Aurora hasta la cárcel?

—No, jefe. Lo que quiero decir es que sí que la he seguido, pero la mujer de Obleas no ha ido a ver a este a la prisión. Simplemente ha hecho un par de compras en el mercado y ha regresado a casa.

—Ajá.

El teléfono del inspector vuelve a sonar desde el interior del bolsillo de su abrigo. Su interlocutor le hace saber que el psicólogo se ha declarado culpable del asesinato de Rodrigo. Ha contado cómo se sucedieron los hechos

y después ha firmado su declaración. Al ser un caso tan mediático, esta misma tarde pasará a disposición judicial.

—¿Volvemos a la oficina?

—Vete tú. Yo iré a pie. Necesito pensar y poner en orden mis ideas.

—De acuerdo, nos vemos allí más tarde.

—Sí, nos vemos luego.

Las calles están prácticamente vacías, las arterias principales de la ciudad toman aire antes de que los tubos de escape y los ruidos se adueñen de nuevo de ellas. Los pocos transeúntes que se atreven a enfrentarse al frío implacable de la costa lo hacen ataviados con sus abrigos de colores oscuros: marrones, grises o negros. Llevan los cuellos de las prendas subidos hasta las orejas y asegurados en su mayoría por las bufandas anudadas al cuello. Las manos en los bolsillos, así como el paso atento para no resbalar con las hojas caídas de los árboles son factores comunes en prácticamente todos los peatones. Ponce piensa que de haber continuado unos días más en el bosque, con este clima, Arturo no habría sobrevivido.

Durante el largo paseo, las aceras comienzan a llenarse de movimiento. Los escolares, con su alegría, tiznan de colores el cielo gris que un día más amenaza con regar el suelo de una lluvia fina. La vida continúa su alocado devenir de existencias ajenas, aprovechando que las hojas del tiempo siguen cayendo en el otoño de un mundo que, ni aun juntando las desgracias propias y extrañas, dejará de girar.

De repente, Ponce recuerda que no ha avisado a Paula sobre la resolución del caso, aunque estaba seguro de que la noticia ya habría llegado hasta sus oídos.

El reloj de la catedral marca las seis y veinte de la tarde. Una hora más que prudencial para regresar a la comisaría donde los ánimos ya estarán más calmados. Además, quiere llegar a tiempo de echar un vistazo a las entrevistas que han efectuado sus hombres a los que, hace tan solo unas horas, eran tratados como sospechosos de cometer el acto violento del asesinato de Rodrigo Suárez. Y, por supuesto, leer hasta la última coma del alegato de culpabilidad suscrito por el doctor Perviú.

A unos escasos treinta metros se puede ver el edificio blanco donde se ubica la comisaría. Ponce está tentado de echar a correr. La premura por conocer los pormenores de la declaración le hace apretar el paso hasta el punto de que casi tropieza con dos peatones que caminan por delante de él.

Tras pedir disculpas y acelerar aún más si cabe la marcha, el inspector empuja la puerta que da acceso a las instalaciones. Con solo poner un pie en el interior, comienzan a sonar los aplausos. Hoy es el héroe. El comisario le estrecha la mano y le conduce hacia su despacho para elogiar su labor. No hay nada que moleste más a Ponce que las alabanzas y sus compañeros lo saben. Él solo desea sentarse detrás de su mesa y ver los archivos del caso, seguir trabajando, a fin de cuentas lo único que había hecho hasta ahora era cumplir con su obligación, ser fiel a la promesa que un día hizo de proteger a los ciudadanos y, de esa manera, protegerse a sí mismo.

Tras las loas de su equipo y un par de copas de champán después, Ponce se dispone por fin a leer la confesión de Perviú. En ella explica cómo asqueado de oír de boca de Aurora el mal que les estaba haciendo aquel hombre, y después de recordar las infamias que Rodrigo había llevado a cabo en el colegio y que él había sido incapaz de evitar, decidió acabar con esa tortura. En un principio solo se trataba de darle un susto, una advertencia, pero la casualidad quiso que los acontecimientos se pusieran de su lado. Siguió a Rodrigo hasta el bosque, una ubicación ideal para dar una lección a ese cobarde. Perviú observó cómo no paraba de enviar mensajes y temió que alguien le descubriera. Por eso esperó un largo rato oculto tras un árbol, con intención de cerciorarse de que Rodrigo estaba allí solo. Justo cuando ya se había decidido a salir de su escondrijo y actuar, fue cuando apareció Arturo Obleas, el marido de Aurora. Enseguida los dos hombres comenzaron a proferirse insultos y, seguidamente, se enzarzaron en una cruenta pelea. En mitad de toda la gresca se oyó con claridad una fuerte detonación. Perviú cuenta entonces cómo la bala perdida casi le alcanza. Tuvo la fortuna de que el tronco tras el que se encontraba guarecido hiciera de escudo, evitando el impacto. Al parecer Arturo portaba consigo un arma de fuego y en el fragor de la lucha se le había disparado efectuando un tiro al aire. En el intercambio de golpes que siguió a la deflagración, ambos individuos acabaron cayendo por un terraplén. Arturo pareció quedar sin sentido, postrado en el suelo. Fue entonces cuando Rodrigo volvió a subir por el desnivel para alcanzar la pistola que había quedado a unos cuantos metros de donde se encontraba Arturo desvanecido. Rodrigo empuñó la pistola y apuntó desde la distancia a su rival, era evidente que se disponía a matarlo. Ahí es cuando Perviú describe cómo salió de su escondite, arremetiendo contra Rodrigo. Este último, al principio pareció sorprenderse ante su presencia, aunque después

se mostró tranquilo y relajado. Cuando Rodrigo se aproximó apuntándole con el arma, Perviú, más fuerte y corpulento que su adversario, se abalanzó sobre él para intentar desarmarlo. Rodrigo se defendió como pudo, arañándole el brazo y mordiéndole el hombro, entonces se agachó para recoger la pistola que había quedado caída en el suelo, ese fue el momento que Perviú aprovechó para hacerse con una rama de gran tamaño y asestarle un fuerte golpe en la espalda. Cayó fulminado. Tras unos instantes de pánico, se le ocurrió la idea de simular un suicidio, se puso los guantes y agarró el arma por la culata. A continuación intentó ponerla en la mano de Rodrigo y presionar el gatillo, lo cierto es que le resultó complicado, la laxitud del cuerpo del hombre le impedía sujetar con fuerza sus dedos alrededor del percutor. Al fin sonó una explosión y la sangre le salpicó la ropa. Durante unos segundos se quedó inmóvil, bloqueado, hasta que un mensaje llegó a uno de los móviles y le recordó que sería mejor apagar y requisar los teléfonos. Después les quitó la documentación, así si alguien los encontraba, ganaría algo de tiempo antes de que los cuerpos fueran identificados. Una vez hubo recogido los objetos, volvió sobre sus pasos. Se había cuidado de poner en marcha una aplicación en el móvil que guardaba la ruta seguida para poder después encontrar el camino de vuelta. Una vez estuvo fuera del bosque, huyó en su vehículo dejando atrás un escenario de crimen y desconcierto.

Ponce relee otra vez la declaración, en ella no consta nada sobre la droga aprehendida en el coche de Arturo.

—¡López! —chilla el inspector desde el interior del despacho—. ¿Quién tomó la declaración de Carlos Perviú?

—Fue García, jefe.

—Dile que venga, por favor.

Al instante la cabeza de la oficial García se asoma a través de la puerta.

—¿Me has llamado?

—Sí. ¿Llegaste a preguntar al detenido por la droga incautada en el vehículo de Arturo Obleas?

—Sí. Negó que fuera suya.

—Gracias.

—De nada, inspector.

## Capítulo veinte

### Una semana después

La calefacción está a todo gas en casa de los Obleas. Aurora anda en ropa interior por las habitaciones, mientras sobre la cama descansan dos de los vestidos de manga larga que suele usar en la época de invierno. Uno de ellos es más recatado, el otro exhibe un generoso escote a pesar de ser de una tela algo más abrigada. De fondo suena en la radio una vieja canción de los años ochenta. Aurora la tararea mientras da unos pequeños pasos de baile frente al espejo.

Hace una semana que Arturo y Carlos están en la cárcel y hoy es el primer día que, por fin, no hay periodistas acechando en la calle. En los dos últimos días ya solo quedaban un par de reporteros haciendo guardia ante la casa. Las fuertes lluvias caídas en la provincia y las riadas que estas habían provocado, así como el estado catastrófico de algunos pueblos cercanos, habían pasado a ser portada en los periódicos sustituyendo al caso del terapeuta asesino.

Todavía no había reunido el valor suficiente para ir a ver a su marido. Hoy era día de visita y se había propuesto acercarse hasta la prisión de Biguri. El agente López se había ofrecido, en un espontáneo gesto de amabilidad, a llevarle hasta allí. Miró el reloj, aún le quedaban unos veinte minutos antes de que él la viniera a buscar.

Se probó uno de los vestidos y giró un par de veces sobre sí misma para ver el efecto. Le dio la sensación de que era muy sobrio, se desvistió de inmediato y eligió la segunda opción, la más escotada. Admiró el reflejo que el espejo le devolvía. Para haber rebasado de largo los cuarenta aún tenía buen tipo, pensó. Era una pena que se equivocara tanto a la hora de elegir a los hombres. Consciente de su atractivo, sabía que podría enamorar a cualquiera, sin embargo, ella siempre escogía la pareja errónea. Con un movimiento de su muñeca, como si lanzara una canasta al aire, desechó esos pensamientos. Recordó las palabras de Perviú sobre la gestión de sus emociones y lo que le había aconsejado acerca de no fijarse solo en aquellos hombres que la protegieran, como si siempre buscara un amor paternal, más

que uno carnal. Después de visitar a Arturo, si se lo permitían, intentaría también ver al psicólogo.

Extendió una suave cobertura de sombra de ojos en tonos arena sobre los párpados. Después, dibujó una fina línea por encima y otra por debajo de sus pestañas y se aplicó una capa de rímel para potenciar su mirada. Se aplicó unas pinceladas de colorete en las mejillas y observó la imagen que le devolvía el espejo, aún le faltaba el último toque, se pintó los labios de un carmín rojo intenso y, ahora sí, se mostró satisfecha con el resultado.

Tras ponerse unas medias, ni muy tupidas, ni muy delgadas, eligió unos zapatos de tacón que hacía siglos no había utilizado. Echó un vistazo hacia la calle a través de las cortinas; López estaba abajo esperándole. Unos últimos retoques en el pelo y ya estaba lista. Se colocó el abrigo y metió las llaves y el monedero en el bolso. Antes de salir, apagó la radio y bajó en el ascensor con la última melodía que había escuchado todavía sonando en su mente.

—Estás muy guapa —dice el policía mientras le abre la portezuela del coche para facilitarle que se acomode en el asiento.

—Muchas gracias.

—¿Preparada para ver a Arturo?

—Sí, tengo muchas ganas. Espero que él también esté preparado.

—Seguro que está deseando verte.

—Seguro.

Durante los kilómetros que los separan de la vecina localidad de Biguri, los dos hablan de las graves inundaciones que están asolando la provincia y sus dramáticas consecuencias. Afortunadamente, parece que los meteorólogos anuncian una mejora del temporal. Varios agentes, voluntarios y bomberos han pasado las últimas veinticuatro horas ayudando sin descanso a los vecinos. Otro de los temas de conversación que mantienen durante el trayecto se centra en la inseguridad causada por la reciente escalada de robos en pisos y camarotes de la ciudad. El agente le da unos pequeños consejos para evitar que los ladrones sepan cuándo un piso se halla deshabitado o vacío.

Así, entre un tema y otro, el viaje llega a su fin. Ante ellos se yergue la prisión con sus alambradas y su torreta presidiendo el paisaje. Aurora siente un estremecimiento que le pone los vellos de punta. Estar a punto de traspasar el control de acceso a la cárcel le provoca un baño de realidad que



le descompone el estómago, pero es ineludible acabar lo que empezó hace ya algunos meses.

López se despide de Aurora mientras el guarda de la entrada le solicita el documento nacional de identidad. Ella lo extrae de su bolso y firma la hoja de registro de entrada. Después pasa por el arco de seguridad y una vez dentro, pregunta si es posible ver también a Carlos Perviú. Tras darle permiso para visitar a ambos presos, Aurora atraviesa los pasillos que conducen a la sala de encuentros. La mujer se siente algo turbada ante las miradas que le dirigen varios reclusos que abandonan su charla para pasar a hablar de ella con cierto descaro. Quizás debiera haber elegido el otro vestido, más apropiado, recapacita. Pero ya es tarde para lamentos, hoy es un día importante, es la jornada en la que culmina su obra y ya nada importa lo que los demás opinen.

—¡Aurora! —grita Arturo cuando ve a su mujer sentada en una de las mesas repartidas por la estancia.

El hombre se abalanza sobre ella para estrecharla en un abrazo que le abarca por entero. El vigilante le advierte de que está prohibido el contacto físico y que, de continuar con esa actitud, se verá en la obligación de dar por terminada la visita.

El detenido se aparta obediente de su mujer y se sienta al otro lado de la mesa.

—¿Por qué has tardado tanto en aparecer? —le reprocha su marido. Aunque en realidad la frase suena más como una súplica que como una recriminación.

—No he podido venir antes.

—Da igual. Lo importante es que ya estás aquí —dice con una sonrisa.

—Imagino que sí. ¿Cómo te tratan aquí dentro?

—No me va mal, a fin de cuentas mi delito es de los más comunes —dice él bajando un poco la cabeza a la par que lo hace su tono de voz.

—¿Y eso te deja más tranquilo? —pregunta Aurora con el rostro ensombrecido por la tristeza.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo puedes pensar eso? Además, la droga incautada en el coche no era mía, no debería de estar aquí encerrado —argumenta dolido.

—¿Ves a Perviú? —cambia ella de tema.

—No demasiado. Estamos en módulos distintos. Alguna vez hemos coincidido en el patio. Pero he preferido no hablar con él. No quiero que se me relacione con el crimen que cometió. Bastante tengo ya —reflexiona mientras aparta la mirada de los ojos de Aurora—. Muchos creen que el psicólogo y yo fuimos cómplices en el asesinato. Ojalá nunca me hubiera dejado llevar por la codicia y la desesperación. No tendría que haber aceptado los trapicheos de Rodrigo —dice volviendo a mirar a su mujer.

—Fue tu elección. Pudiste no hacerlo y sin embargo no lo dudaste.

—¡No tuve alternativa! —trata de defenderse Arturo ante las duras acusaciones de Aurora.

—No te equivoques Arturo. Todos tenemos elección. Somos producto de nuestras propias decisiones.

—¿A qué te refieres?

—Yo también tengo que cargar con mis equivocaciones. Confié en ti.

—Sabes muy bien que yo no conocía a Rodrigo, no sabía las consecuencias que relacionarse con él acarrearían. Debiste prevenirme —le acusa Arturo sin evitar mostrar el dolor que le está causando la conversación.

—¿Prevenirte de qué? Si hubieras permanecido fiel a nuestros principios, nunca habrías aparecido en escena.

—¿En escena? ¿Crees que esto es una película? Porque te aseguro que para mí es muy real.

—Cuando me encontré con Rodrigo aquel día en el supermercado, no soporté su amabilidad para conmigo.

Las facciones de Aurora se tensan. La mujer apoya los codos sobre el tablero y adelanta el tórax todo lo que la mesa que los separa le permite para acercar su cara a la de Arturo, en actitud intimidatoria.

—Tal vez él hubiera olvidado todo lo que nos hizo pasar, pero nosotros no, de ningún modo —continúa hablando mientras exhala el aliento sobre el rostro de Arturo que ha quedado a unos escasos centímetros del de ella—. Nosotros estábamos marcados para siempre, psiquiatras, psicólogos, pastillas, traumas, suicidios, fobias, trastornos emocionales, depresiones, insomnio, ese era nuestro aterrador día a día, y él, sin embargo, tenía la desfachatez de aparecer de nuevo en nuestras vidas como si todo lo sucedido en aquellos años fuera solo fruto de nuestra imaginación, o como si hubiera consistido en un puñetero juego de niños.

La rabia que destilan sus palabras hace que Arturo sienta una punzada

de remordimiento. Él no había sido consciente de todo el sufrimiento que su mujer llevaba guardado durante estos años.

—Quería redimirse y pedir perdón, o al menos eso fue lo que me dijo un día que quedamos en un bar. Pues bien, nosotros lograríamos que expiara sus culpas. Por eso organizamos la cena en Alierta.

Arturo no daba crédito a lo que estaba escuchando. Tenía la sensación de encontrarse sentado frente a una total desconocida. Su mujer no era así, al menos no la mujer con la que él había convivido durante estos años.

—Catorce de nosotros seguíamos manteniendo el contacto —prosigue—. Cuando les dije que me había topado con Rodrigo y la normalidad con la que este se había mostrado ante mí, la indignación fue el denominador común en el grupo. Estuvimos de acuerdo en que se merecía un escarmiento. Aunque pudiera parecer una acción pueril, necesitábamos hacer algo que desterrara nuestros fantasmas infantiles. Por eso decidimos imitar algunas de las bajezas que él nos hizo cuando éramos niños y frágiles. La idea final era tan simple como dejarle sin gasolina en el coche y abandonarle desnudo en mitad de la noche, nada extremo. Pero todo se torció.

—Lo que hicisteis fue una auténtica chiquillada —dice Arturo echándose hacia atrás en la silla para tomar distancia.

—Tienes razón —confirma ella con una mueca en la comisura de los labios, rojos por el carmín—. Deberíamos haber sido más contundentes. Tal vez entonces todo hubiera tenido otro final.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si no hubiéramos sido tan inocentes, habríamos sabido que Rodrigo seguía siendo el mismo monstruo de siempre. Se burló de nosotros como nunca antes lo había hecho. Prendió fuego a todo y llenó el depósito vacío de su coche con una lata de gasolina que llevaba en el maletero. Con el caos que se originó, nadie estaba pendiente de él, ni de mí, me obligó a subir en el automóvil, condujo hasta un lugar apartado —Aurora vacila antes de terminar la frase—, y allí me forzó.

—¡Aurora! ¡No me contaste nada de todo eso! —explota horrorizado.

—A quién, ¿a ti? Ya me habías decepcionado lo suficiente. Juraste protegerme y, cuando salimos del centro de rehabilitación, prometimos luchar contra cualquier persona que traficara con droga. Pero tú —dice con un gesto de repugnancia—, tú te pusiste a vender cocaína, tiraste por tierra todos nuestros principios, todo aquello por lo que siempre habíamos luchado.

—Lo siento, lo siento tanto.

—Ya es tarde, Arturo. Hasta llegaste a pensar que tenía una relación con Rodrigo, ¿y tú dices que me conoces?

—No sé qué decir —balbucea él con las manos cubriéndose el rostro.

—No digas nada —sentencia ella levantándose del asiento—. Fui yo la que puso la droga en el coche para que la encontrara la policía, y fui yo quien avisó a Perviú de que Rodrigo y tú ibais a veros en el bosque. Rodrigo me lo dijo.

—¿Fuiste tú la que me inculpaste? ¿Por qué? —pregunta desecho en lágrimas.

—¿Aún no lo entiendes? Te lo he dicho, todos somos el producto de nuestros actos. Tú, Rodrigo, Perviú, yo, nadie escapamos a nuestras determinaciones. Contrariamente a lo que la gente suele creer, lo más difícil de las decisiones no es tomarlas, sino aceptar sus consecuencias —finaliza dándose media vuelta y alejándose de la mesa en la que Arturo permanece noqueado—. Debías pagar por lo que hiciste.

—¡Aurora!

—Adiós, Arturo —se despide ella en voz baja, mientras camina hacia la puerta de salida, dándole la espalda.

Aurora regresa a ver al funcionario que está en la garita de entrada a la prisión. Debe firmar un nuevo registro para realizar la visita a Carlos Perviú, quien permanece confinado en otro de los módulos de la cárcel.

Un sonido metálico le indica que una de las compuertas ha sido abierta. Al otro lado, un guardia le espera para cachearle a pesar de haber pasado por el arco detector de metales y haber dejado el bolso en la cinta transportadora para que, otro funcionario, viera por rayos equis el contenido del mismo. Las medidas de seguridad son mucho más estrictas en esta ala. Aquí se encuentran encerrados peligrosos asesinos, violadores y toda clase de criminales de la peor calaña. Las visitas a los reclusos se realizan a través de un cristal. Aurora permanece a la espera, sentada en una de las cabinas.

Perviú aparece ante la mujer con aspecto demacrado. La imagen que muestra dista mucho de la del hombre elegante y de buena planta que se podía ver en las terapias. Los cercos grisáceos que rodean sus ojos hacen que estos parezcan aún más pequeños de lo que son y que apenas se les aprecie el color. El andar desgarrado contrasta con el que, hasta hacía solo unos días, era un caminar altivo, seguro, a pesar de la cojera que ahora parecía incluso

más acentuada.

Cuando al fin el psicólogo toma asiento en la incómoda silla de plástico que se encuentra en el lado de los presos, los dos descuelgan los auriculares que les permiten comunicarse.

—Ya creí que no vendrías.

—Pues ya ves que te equivocabas.

—Estás guapa —dice él frotándose los diminutos ojillos con la manga de su jersey.

—No se puede decir lo mismo de ti, Carlos.

—¿Cómo estás?

—Me encuentro bien. Ahora que todo ha terminado y que cada uno está donde debe estar.

El hombre mastica estas palabras como si tuviera la boca llena de arena. Su estancia en prisión se le estaba haciendo muy cuesta arriba. La verdad era que si había aguantado hasta ahora con algún atisbo de ánimo había sido gracias a la esperanza que albergaba de volver a ver a Aurora, aunque tuviera que ser separado por aquellos cristales.

—Lo hice por ti —dice el psicólogo poniendo la palma de la mano apoyada sobre el cristal.

—No te confundas, yo no te pedí que hicieras nada —le rebate Aurora sin corresponder a su gesto.

—Pero lo que te hizo aquella noche, merecía un castigo. En cada reunión que manteníamos mostrabas tu desesperación, no dejabas de repetir que deseabas que él estuviera muerto. Hasta planeabas diferentes maneras de terminar con él sin dejar rastro. El asesinato perfecto, decías.

—Tan solo eran formas de liberar la frustración que llevaba dentro. Algo terapéutico. Jamás insinué que acabaras con su vida.

—Pero...

Perviú duda por un instante de qué palabras escoger para expresar la confusión en la que, ahora mismo, se ve atrapado debido a los comentarios vertidos por Aurora. Antes de proseguir con la conversación, Perviú se cambia el auricular del oído derecho al izquierdo, como si lo que oyera por este otro órgano fuera a cambiar la realidad de lo que estaba escuchando.

—Insinuaste que podríamos haber estado juntos.

—A veces, lo que uno dice, no tiene nada que ver con lo que el otro interpreta. Por eso, más bien fuiste tú quien creíste entender aquello que

querías oír. Hace años me hablaste de la transferencia de amor en la terapia. Me ilustraste sobre la posibilidad de que un paciente se sintiera enganchado a su terapeuta. Explicaste con tu exquisita oratoria que el espacio donde se desarrolla la sesión se convierte en una burbuja donde uno deja de sentirse juzgado, donde el paciente es aceptado tal cual es, donde la empatía y la comprensión pueden confundirse con una relación de cariño y atracción. No es habitual que suceda, dijiste. Sin embargo, olvidaste hablarme de la transferencia inversa. Ya entonces pensaste que yo te admiraba, cuando en realidad era en ti en quien afloraban esos sentimientos.

—Solo quería lo mejor para ti.

—¿Y creíste que lo mejor para mí eras tú?

Aurora suelta una carcajada que hace que Perviú tenga que alejar el auricular de su oreja. De inmediato la mujer cambia la expresión y muestra un rictus que empuja hacia abajo la comisura de sus labios, en un reflejo de la profunda tristeza que le provocan sus palabras. Mira directamente a los ojos del hombre que permanece sentado enfrente sin entender nada de lo que está sucediendo. Con un dedo acusador, le señala a través del sucio cristal repleto de huellas dactilares correspondientes a otros encuentros.

—Mataste a mi hermano —sentencia.

—¿De qué estás hablando?

—Él era un ángel, un ser vulnerable que no soportaba el acoso. En el colegio lo enviaron a tu consulta, pero tú no le diste suficiente importancia. Cosas de críos, esto le hará más fuerte, dijiste. Hasta que terminó suicidándose, ya ves, cosas de chavales —dice Aurora con sorna—. Debiste ver las señales. Tenías que haberte dado cuenta del dolor que él sentía. De que la única forma posible de liberarse de todo era a través de la muerte.

—Yo estaba recién salido de la universidad. No tienes ni idea del impacto emocional que en mí causó su fallecimiento.

—Todavía a día de hoy sigues pensando más en ti que en los demás —contesta ella con desprecio.

—Ni yo ni nadie hubiera podido evitarlo, Aurora, créeme.

—Ahora ya está todo en su sitio. Tranquilo. Su acosador no hará más daño a nadie y tú estás encerrado. Por lo que a mí respecta, tú no serás juzgado por el asesinato de Rodrigo, lo serás por el que cometiste hace años y, al fin, se hará justicia.

Aurora deja el auricular colgando del cable, este hecho impide que

pueda escuchar las súplicas que quedan ridículas en la boca muda de Perviú. La mujer sale de la cabina y se dirige una vez más hacia la puerta que conduce a la calle. El guardia de turno la cachea de nuevo, pero ahora ella está más relajada. Casi disfruta con el manoseo del hombre que desliza sus dedos por todo el contorno de su cuerpo buscando la ocultación de algún objeto prohibido.

En la garita, firma la hora de salida del centro penitenciario. Fuera permanece López con la radio del coche encendida. En la emisora suena esa canción de los años ochenta. Aurora afronta sonriente la casualidad del destino.

—¡Hola! —saluda López con energía—. ¿Cómo ha ido todo ahí adentro? Supongo que no ha sido fácil.

—Ha ido bien —responde Aurora metiéndose en el vehículo y subiendo el volumen de la radio—. Vámonos de aquí —ordena mientras baja el parasol del asiento del copiloto y desliza la pestaña que deja al descubierto el pequeño espejo que le permite retocarse los labios.

—De acuerdo. Tú mandas. Volvemos a casa.